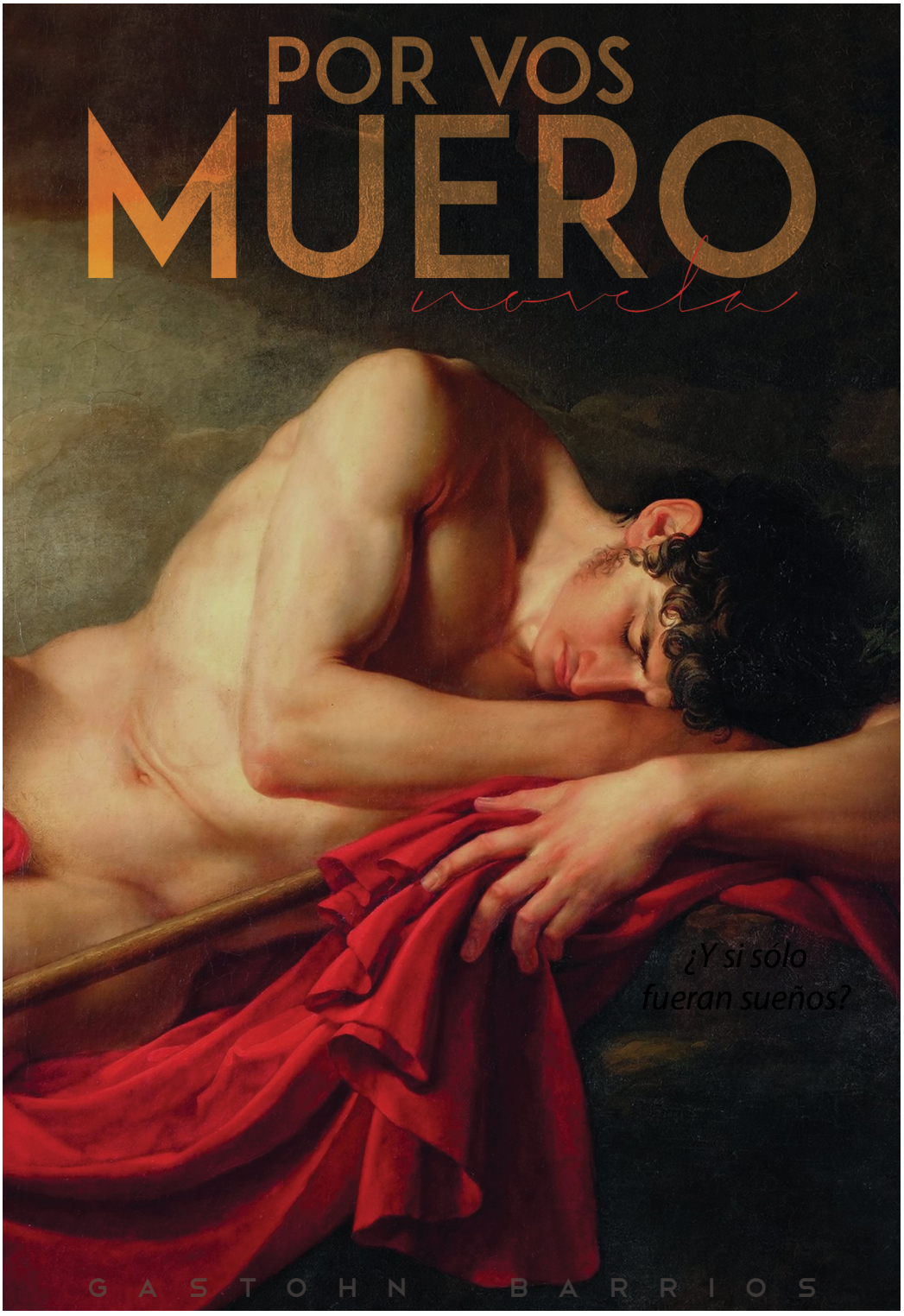
POR VOS MUERO

Gastohn Barrios



Capítulo 1

Escrito está en mi alma vuestro gesto,

y cuanto yo escribir de vos deseo;

vos sola lo escribisteis, yo lo leo

tan solo, que aun de vos me guardo en esto.

En esto estoy y estaré siempre puesto;

que aunque no cabe en mí cuanto en vos veo,

de tanto bien lo que no entiendo creo,

tomando ya la fe por presupuesto.

Yo no nací sino para quereros;

mi alma os ha cortado a su medida;

por hábito del alma mismo os quiero.

Cuanto tengo confieso yo deberos;

por vos nací, por vos tengo la vida,

por vos he de morir, y por vos muero.

GARCILAZO DE LA VEGA

Capítulo 2

Primera Parte

ECOS

1.

Todo era oscuridad. Todo negrura. Escuchaba el sonido del viento colándose entre las ramas, algún pájaro lejano soltando su trino a la bastedad de la pampa. Lo demás era silencio. Un silencio tenso, cargado de sensaciones contradictorias. No entendía muy bien lo que sucedía, aunque algo de mí parecía comprenderlo. No podía moverme. Tenía las manos amarradas entre sí, por detrás de mi espalda. Una sensación urgente me apelaba a liberarme y a salir corriendo de donde me encontraba. Sin embargo, era inútil. Sabía que lo era. Debía seguir allí, sentado sobre aquella pequeña superficie, dura e incómoda. Se me dificultaba la respiración, parecía que algo cubría todo mi rostro y no me permitía completar ese simple ejercicio. Sin embargo no era así, podía sentir la humedad del aire rozando la comisura de mis labios; aunque el interior de mi boca estaba tan seco, que la lengua, al buscar saliva, se pegó en la pared curva de mi paladar.

Quería ver, pero no podía. Algo sí me tapaba los ojos. Parecía ser un paño, un trozo de tela, vieja y rústica, que raspaba mi piel y que olía a podrido. Llevaba el olor de la muerte. No estaba jadeando ni sollozando, pero sabía que lloraba. Únicamente yo conocía aquel llanto silencioso que me desbordaba incontenible, nadie más podía verlo porque el tosco algodón de la venda absorbía esas lágrimas con la voracidad de un animal sediento, impidiéndoles escapar de su celosa prisión. Volví a esforzarme por focalizar algo con la vista, aunque más no fuera alguna silueta, una sombra. Necesitaba que un poco de luz se filtrara por aquel tejido mugriento. Pero todo continuaba apagado. Como si se tratara del más absoluto vacío, que semejaba adentrarme en alguna dimensión que yo no conocía, pero que, al mismo tiempo, me resultaba familiar y que, de cierta manera, esperaba.

De repente, un estruendo me ensordeció. Sentí una quemazón lacerante abrirse paso desde mi vientre hacia mi interior. Ardía. Dolía. Un millar de punzadas desgarraban mi carne, como si los dientes de una jauría de perros hambrientos estuviera alimentándose de mis vísceras. Mi cuerpo se arqueó como el gajo de un árbol al quebrarse, vencido por el tiempo y por el peso de su propia existencia. Caí de rodillas, me encontré con la inflexibilidad de una superficie que me aguardaba, cercana. Era tierra. Pude darme cuenta al sentir el sabor amargo y metálico del polvo en el

momento en que mi cara también se topó con ella. Algo viscoso, tibio y húmedo llegó reptando hasta acariciarme el lado del rostro que yacía contra el suelo.

Poco a poco, todo ímpetu fue abandonándome. El dolor también lo hizo. La sensación no era de tristeza o de pérdida; por el contrario, era más bien liberadora. Intenté tomar aire. Al hacerlo, escuché el sonido ahogado de su paso al querer encontrar mis pulmones. Algo le entorpecía la llegada a destino. Entonces, una mezcla de tos y de arcada intentó abrirse camino. Tampoco pudo. Mi respiración se apagaba. Dentro de su clausura, intenté cerrar los párpados, me entregaba. No recuerdo si llegué a conseguirlo. En ese instante, la oscuridad renegrida en que había estado sumido, comenzó a dar lugar a cierta albura, que fue haciéndose más y más fulgente, hasta convertirse en una luz enceguecedora y cálida que me envolvía. Ya no sentía la aridez de la tierra reseca raspar mi mejilla. Tampoco el peso de mi cuerpo, que apenas un segundo atrás parecía ser de una tonelada, desparramado contra el piso duro. ¿Flotaba? Podía ser. Aunque, en ese ambiente velado en que me encontraba, no parecía haber arriba o abajo. No había dimensiones.

Nunca había sentido esa sensación tan certera de ser, sin que fuera necesario estar en ningún lado.

De pronto, visualicé aquel rostro. El mismo de siempre. Aquel hombre me contemplaba de la manera en que solía hacerlo, como se mira algo muy querido, algo que se hecha de menos. En sus labios fue dibujando una sonrisa acogedora, que se sentía como si hubiera sido la bienvenida a un sitio muy añorado, aunque, en algún punto, perdido. Yo también le sonreí. Quise hablarle, preguntarle quién era, pero no encontré voz alguna. Extendió una mano hacia mí. Yo hice lo mismo con la mía, pero no pude alcanzarlo. Me desesperé. Lo tenía tan cerca. ¿Por qué nunca podía tocarlo? Quería hacerlo. Lo deseaba tanto que hasta sentía el dolor en la carne por la inutilidad del intento.

Del mismo modo en que había llegado, su imagen fue desvaneciéndose. Sin más.

Volví a sentir aflicción, desesperanza.

La luz también me había abandonado.

¿Dónde se habían ido? Quería ir con ellos.

Sentí frío, mucho frío. El aire estaba tan denso y helado que no se podía respirar. Creo que tampoco deseaba hacerlo, ya no quería. Apenas necesitaba sentir aquello que había sentido hasta hacía tan sólo un

momento.

Precisaba volver el tiempo atrás.

Me desesperaba y me ahogaba pensar en no volver a verlo.

Capítulo 3

2.

Me desperté agitado, con la frente bañada en sudor, aún sintiendo la intranquilidad y el dolor en el cuerpo. Busqué la hora en el reloj digital sobre la mesa de luz, eran las tres y media de la mañana. Respiré hondo, sabía que me costaría volver a conciliar el sueño. Siempre era lo mismo. Casi todas las noches se repetían aquellas pesadillas y ese mismo rostro, cuya fisonomía conocía mejor que la de cualquiera de las personas con las que convivía día a día.

Volví a hundir la nuca en la almohada, clavando los ojos en el techo pintado de blanco, tan insulso, tan genérico, cuyas escasas imperfecciones conocía al dedillo. Había pasado incontables madrugadas en vela, escudriñándolo.

Intenté centrarme un poco en ese instante, en el presente.

Viré levemente la cabeza hacia la derecha.

Aunque podía escuchar su respiración, pesada y rasposa, sentí la necesidad de verificar que allí estaba. No tenía en claro si quería encontrar su rostro a un metro y medio del mío. Ya no conseguía dilucidar si su presencia me resultaba un aliciente o una carga. Tantas veces, en los últimos tiempos, había deseado que desapareciera de mi vida y tantas otras me había jurado que no podría seguir si él no formaba parte de ella.

"¿Adónde hemos llegado?", me pregunté, mientras recorría con la mirada su perfil perfecto, sus labios entreabiertos, que alguna vez había deseado tanto, y su mandíbula, delineada por aquella barba color castaño claro.

Qué lejos habían quedado esos tiempos en que el cariño mutuo parecía obvio y la necesidad de contacto no era un mero recuerdo, tan difícil de encontrar en los vericuetos de nuestra imperfecta memoria.

Regresé la mirada hacia el cielorraso. Allí me encontré con la imagen fantasmagórica de aquel otro rostro. La comparación fue inevitable, también lo fueron las dudas. ¿Cómo podía una figura imaginaria resultarme más cercana que el hombre con el que había compartido casi cuatro años de mi historia?

Me pregunté si acaso la imaginación no era el recurso que mi mente estaba utilizando para escapar de una relación dolorosa y tóxica, que

últimamente tan pocas veces conseguía darme algún sosiego.

Sentí la tristeza apretando mi garganta, mis ojos humedecerse.

"Debés dejar de tenerte lástima y tomar las riendas de tu vida de una buena vez", me diría María Luisa, mi psicóloga.

Tan fácil era decirlo, tan simple le debía resultar a ella formular esa frase. Tan difícil, sin embargo, para mí era dejar atrás una parte tan importante de mi existencia. Se sentía como si pretendiera tirar a la basura cuatro de los veintitrés años que había vivido. Que era, justamente, el tiempo en que pensé que lograría ser yo mismo, en que me animaría a dar ese primer paso en la búsqueda en tratar de conocer quién era realmente yo, sin depender de mi familia e intentando no sentir más culpas.

Giré una vez más en la cama, dándole la espalda a él y cuidando de no hacer ningún contacto físico para no despertarlo. Aunque sabía que en unas pocas horas cuando me levantara para dirigirme al trabajo, él seguiría durmiendo. Tal vez, hasta continuaría toda la mañana tirado en la cama. Ya no volveríamos a tocar ese asunto, prefería evitar a toda costa un conflicto. Porque hacía un tiempo que cualquier tema, hasta el más trivial, provocaba una pelea entre nosotros. Debía hacer mi mayor esfuerzo por mantener la tranquilidad en esa, que era nuestra casa.

Yo me merecía esa paz, aunque desde niño me había costado trabajo encontrarla.

A las ocho y media, como ocurría en cada jornada laboral, sonó el despertador. Estiré el brazo aún dormido, buscando a tientas para silenciar la alarma. Me incorporé, apoyando la espalda en el respaldar de la cama y vi que Julián ni se había enterado. Sentí el cansancio de la noche mal dormida en cada músculo del cuerpo y en la parte de atrás de la cabeza. No lograba recordar en qué momento de la madrugada había conseguido reencontrar el sueño. Sea como fuera, ya no había vuelto a visualizar al hombre desconocido ni a aquella pesadilla oscura que solía atosigarme.

Tenía un largo día por delante.

En aquel momento, deseé tener que prepararme para encaminarme hacia una oficina, como hace la mayoría de la gente. En cambio, mi trabajo me demanda mucha energía física y debía encontrarla aunque no existiera un ápice de ella en mí. Quizá, un buen desayuno de frutas, proteínas y un café bastante cargado, pudiera darme el empujón que necesitaba para

comenzar ese día.

Cuando finalmente salí a la calle, noté que la ciudad me aventajaba en vitalidad. A las nueve y media, Buenos Aires ya lleva largo rato de ajetreada rutina y el pico de tránsito y de personas en circulación ya comienza su curva descendente.

Miré hacia el cielo y agradecí que por fin hubiera llegado la primavera. Un día soleado y de temperatura agradable, sería remedio suficiente para una mala noche.

Otra mala noche.

Calcé la mochila en mi espalda, me coloqué el casco y me dispuse a pedalear los quince minutos que separaban el edificio en que vivía del Teatro Colón. Traté de mentalizarme en positivo, quería llegar a la clase matutina del mejor humor posible, aunque tuviera que hacerlo esquivando los autos guiados por conductores mal educados, que se creen dueños de la calle y que jamás respetan la prioridad del ciclista. Intenté borrar ese pensamiento, diciéndome que, a esa altura, ya debía estar acostumbrado. No dejaría que nada me arruinara el día, lo que yo todavía no sabía era que ese, sería el día que iniciaría un cambio irreversible en mi vida.

Capítulo 4

3.

Al entrar al camarín del teatro para cambiarme, José, uno de los bailarines con los que lo comparto, me recordó que ese día llegaría un repositor español para observar la clase y elegir el elenco para una de las obras que estrenaríamos cerca del fin de la temporada, en un ciclo de danza neoclásica que solía ofrecerse anualmente para abonados y público.

—¿Era hoy? —pregunté, quejándome.

—Sí, hoy. ¿Dónde tenés la cabeza?

—Me gustaría saberlo, la verdad. Igual, no sé para qué me preocupo, por supuesto que no me van a elegir, siempre eligen a los mismos.

—Nunca se sabe, hay que estar preparado —contestó mi compañero, tomando sus zapatillas justo antes de abandonar el cuarto para ir a hacer el precalentamiento corporal antes de los ejercicios.

Suspiré y me paré frente al espejo donde solía prepararme antes de cada función. Me observé por un largo rato. Fruncí la boca y volví a bajar la mirada.

Por supuesto que no me elegirían.

La clase comenzó con normalidad, a cargo del maestro de cada mañana. Aunque la presencia de la directora del Ballet Estable, su secretaria y otros dos hombres que nos observaban atentamente había logrado ponerme un poco nervioso, intenté disimularlo. Siempre me ponía así cuando venían los representantes de los distintos coreógrafos para montar sus creaciones en nuestra compañía. Intentaba no mirarlos y dejar los ojos fijos en el viejo maestro que nos iba marcando las distintas posturas y ejercicios en la barra.

Luego, llegó el turno de los movimientos de centro, que también se desarrollaron de acuerdo a la rutina normal de trabajo. Al igual que la tercera y última parte de la clase técnica, usualmente llamada Allegro. Sin embargo, en ese momento, el que parecía ser el repositor, un hombre de porte intimidante con barba y cabellera entrecana, abandonó la silla en donde se encontraba sentado y se ubicó cerca del centro del salón, para estudiarnos con mayor detenimiento. El maestro continuó repitiendo todos los ejercicios de cada día: suspensión en el aire, saltos a dos y una pierna, coordinación de brazos y cabeza, giros con y sin traslación, combinación

de ambos, estrechat quatre, pas assemblé battu, pas jeté battu, entrechat cinq, etc. En fin, todo lo que repetimos hasta el hartazgo, cual entrenamiento deportivo para tratar de mantenernos en el mejor estado físico posible.

Agotado, ojeé el reloj dispuesto sobre una de las paredes de la sala, que indicaba que ya casi había llegado el final y que tendríamos un período de descanso. Sequé el sudor sobre mi boca con el revés de una de mis manos y me agaché para acomodar una de las polainas que solía usar en ensayos y clases y que se me había bajado. Al volver a incorporarme, vi que el maestro le hacía un gesto de asentimiento al español, que no nos había quitado los ojos de encima ni por un segundo. El anciano sonrió al recién llegado y pareció entregarle la batuta de la dirección de la compañía. Éste se presentó, dando algunos pasos hacia el grupo de bailarines y diciendo llamarse Manolo Rubio.

Manolo llevaba un rictus tenso. Aunque apenas debería estar pisando los cuarenta, su rostro aparentaba más edad. Cargaba un marcado acento ibérico y con cada gesto que hacía parecía querer marcar que no estaba allí para hacer amigos. De inmediato y sin mediar ninguna otra palabra, comenzó a hacer marcaciones coreográficas, que los bailarines debíamos imitar.

José me lanzó una mirada rápida, arqueando las cejas. Yo le respondí encogiéndome de hombros. Aquello era bastante inusual, generalmente se limitaban a observar nuestros movimientos y técnica durante los ejercicios, después hacían una pequeña reunión in situ con los directivos del ballet y deliberaban sobre quienes ellos creían más capaces de llevar adelante cada rol requerido para la obra que debía ser montada.

Las indicaciones del señor Manolo eran bastantes precisas y, por sus correcciones y repeticiones, me dio la sensación de que estaba queriendo que hiciéramos partes específicas de la coreografía que nos debían enseñar en los días venideros.

Casi que había comenzado con el armado de la pieza.

¿Ya le habría echado el ojo a los que elegiría o nos seguía probando?

Me maldije por no estar lo suficientemente descansado para tal desafío, aunque intenté blanquear mi mente y repetir al detalle cada indicación impartida por él.

El hombre iba asintiendo al pasar por delante de cada uno de nosotros y si encontraba algún mínimo detalle a pulir, lo señalaba. Cosa que hizo conmigo en un par de oportunidades, provocando que mi confianza se

desplomara a niveles que no recordaba.

Intenté quitarme presión repitiéndome que no me preocupara porque no tenía nada que perder y que en el cúmulo de humanidades que integraban el cuerpo de baile, difícilmente irían a prestar atención a los errores mínimos que pudieran aparecer.

En el camarín, aquella inusual clase técnica fue el comentario de todos, remarcando que era evidente la puntillosidad y la exigencia de los repositores. Destacando, además, cuán extraño resultaba que no hubieran mencionado a los elegidos para cada rol al terminar la clase, tal como solía ocurrir. Parecía ser que recién nos enteraríamos de tal cosa al finalizar el ensayo de la tarde, que se centraría en otra de las tres obras que se presentarían en el mismo ciclo, en ese caso la creación de un coreógrafo francés.

Aquellas horas fueron livianas, ya que mi participación era escasa en dicha puesta. Varias veces consulté el reloj de mi celular mientras esperaba muerto de aburrimiento a que llegara mi parte. Quería abandonar cuanto antes el teatro y relajar un poco mi mente. Sin embargo, debía quedarme hasta el final de la jornada, que era cerca de las seis de la tarde. Todo por media hora de revisión, ya que a los varones nos habían dejado para última hora por tener menos tiempo de coreografía.

No era que tuviera apuro por volver a mi casa, que hubiera sido como estar con prisa para llegar a un frente de batalla. Aquel era un jueves y, como todas las semanas, me tocaba ir a terapia y prefería tener un tiempo de descanso entre una cosa y otra, sentarme un rato en una plaza o algo así. Pero por cómo veníamos de atrasados, ya sabía que debería pedalear a lo kamikaze entre el tránsito de la hora pico para llegar en horario al consultorio de mi psicóloga, ya que odiaba llegar tarde y nunca sabía cómo disculparme cuando sucedía.

—¿Ya viste la convocatoria que pegaron en la cartelera? —se acercó con una sonrisa burlona Mario, otro de mis compañeros de camarín.

—Después la miro —respondí con desgano, adivinando que le habrían dado un lugar destacado y estaba viniendo a restregarmelo en la cara.

—Yo que vos voy ahora —insistió.

Levanté la mirada desde el piso de la sala de ensayo donde estaba sentado, intentando buscar la expresión de sus ojos.

“No puede ser”, pensé.

Mario hizo un gesto con su cabeza, animándome a que fuera de una

buena vez a mirar la lista de roles.

Fue lo que hice.

Me detuve frente a la pizarra y demoré en enfocarme sobre la papeleta membretada. Cuando lo hice, vi que lo que tanto temía estaba plasmado allí. Justo frente a mí. Con mi nombre y apellido.

Había sido elegido para uno de los roles principales.

Quedé petrificado, debía haber un error.

No podría decir si fue en ese mismo segundo, o cinco minutos después, cuando sentí un par de palmadas golpear mi hombro derecho. Giré la cabeza, asustado, y vi que era el viejo maestro que nos impartía diariamente la clase y que también asesoraba a la directora sobre algunos asuntos de la compañía. Caí en la cuenta de que, debido al estado de shock en el que había quedado, me había ausentado de la realidad por un instante. No sabía si el anciano había decidido sorprenderme o si se había quedado parado un buen rato tras de mí y, al ver que no reaccionaba, intentó llamar mi atención.

—Te felicito. Ya era hora —dijo, con una amplia sonrisa complaciente.

Aún absorto, me limité a asentir con la cabeza y a fingir que le devolvía ese gesto de cordialidad, aunque apretando los labios.

Volvió a palmearme el hombro y se fue alejando por los laberínticos pasillos del subsuelo del teatro. Yo regresé a la cartelera, a releer hasta el cansancio aquella maldita lista. Insistí en que debía de haber algún error en el nombramiento.

¿Me habrían confundido con otro bailarín?

Si no hubiera sido porque el eco del llamado al ensayo llegó desde la distancia, rebotando entre paredes y tuberías, me hubiese acercado hasta la oficina de la directora para preguntar qué había pasado y hacerles ver que se habían equivocado.

Capítulo 5

4.

Después de quitarme la ropa de ensayo, me pegué una ducha rápida y me preparé para abandonar el teatro. Todavía no sabía cómo manejar la noticia que había recibido, aquella idea había estado dando vueltas en mi cabeza desde que la había leído. Sabía que para cualquier otra persona ese hubiera sido el día más feliz de su vida, pero yo nunca conseguía disfrutar de mis logros. La nueva responsabilidad me aterraba.

Mientras me colocaba la ropa de calle, agradecí que mis compañeros de camarín se hubieran marchado enseguida y poder disfrutar de aquel silencio tranquilizador. Tenía pocas oportunidades de estar solo y lo precisaba.

Al tomar la mochila y el celular para salir, un impulso inexplicable me hizo sentir la necesidad de llamar a Julián y contarle la novedad. Tal vez, alguna palabra suya conseguiría esclarecer mis pensamientos. Busqué su número en la agenda del teléfono y lo marqué. El tono de llamada sonó una y otra vez, lo hizo hasta caer en la casilla postal; corté cuando la contestadora me dio el tono para iniciar mi mensaje. Me di cuenta de inmediato que había sido una mala idea. Una sensación de vacío me había invadido y me sentí aún peor de lo que estaba antes de intentar comunicarme.

Miré la hora. Eran las seis y cinco.

Me pregunté qué estaría haciendo, eso me intranquilizó. Tuve el presentimiento de que estaba con alguien, de que me estaba engañando. Viéndolo desde hoy, puede parecer una locura perseguirse de esa manera por una llamada no respondida. Sin embargo, había un largo historial que respaldaba mis sospechas. Sentí como si un puño apretase mi estómago y me pregunté cuánto más podría soportar de aquello.

Tomé la bicicleta de su estacionamiento en la Plaza Vaticano, saludé con un gesto al guardia de seguridad que la cuidaba y me dispuse a pedalear hasta Colegiales, donde se ubicaba el consultorio de María Luisa.

Mientras iba recorriendo las calles del centro en dirección oeste, imágenes aleatorias de los últimos años de mi relación comenzaron a llegarme. Tantas peleas, tantas discusiones. Tantas veces lo había sorprendido mintiéndome, engañándome. Toda vez, terminaba siendo yo el culpable; por controlarlo, por querer saber qué hacía con su tiempo. Según él, era yo el que provocaba su comportamiento; lo hacía con mis inseguridades,

con mis temores, con mi absurda desconfianza. Siempre, indefectiblemente, la culpa recaía sobre mí. Y yo, en mi debilidad psíquica de entonces, terminaba creyéndolo.

"Quizá, si no tuviera esta necesidad de que las cosas sucedan de la manera correcta. Si no lo quisiera todo perfecto. Tal vez, si no tuviera tanto temor a la mentira y al desprecio, todo sería distinto", pensé.

Cómo podía saberlo.

—¿Qué tal la semana? —preguntó mi psicóloga, mientras me acomodaba en el sillón de su sala.

—Normal —respondí, encogiéndome de hombros.

Ella frunció el ceño y recargó el peso de su cuerpo hacia adelante, hacia donde estaba yo.

—Tu expresión me dice una cosa y tu boca otra —señaló.

Volví a repetir el gesto con los hombros.

—A ver, contame…

Tomó una lapicera de su mesa auxiliar y la dispuso sobre la hoja del cuaderno que tenía en su regazo. Nuevamente se recostó sobre el respaldo de su poltrona, esta vez dibujó una leve sonrisa, estaba aguardando mi respuesta.

—No hay muchas novedades. En casa las cosas continúan igual, en el trabajo peor.

—¿Por qué? ¿Tus sueños?

—Siguen repitiéndose.

—¿Pensaste lo que te propuse?

—No mucho.

—Yo creo que podría ayudarte, pero si lo vamos a hacer tenés que estar seguro.

—No creo en esas cosas, María Luisa.

—¿Confiás en mí?

—Sí...

—Bueno, yo sí creo en lo que te propuse. Y estoy convencida de que puede ayudarte.

—No lo sé. Dejame pensarlo un poco más.

—Está bien, debe hacerse cuando vos estés verdaderamente listo.

Asentí.

Me observó por un minuto.

—Te noto un poco intranquilo. ¿Es por el trabajo? ¿Pasó algo que no me hayas dicho aún?

—Hoy me eligieron para un rol principal en el teatro.

—¡Muy bien! ¡Te felicito!

—Creo que lo voy a rechazar.

Dejó de anotar en su cuaderno y me miró sobre el armazón de sus anteojos.

—¿Qué te hace sentir la necesidad de hacerlo? —inquirió.

—No me siento preparado.

Pensó por unos instantes. Luego revisó sus notas.

—Empezaste a tomar clases de ballet a los ocho años, a pesar de la oposición de tu papá. Le insististe a tu madre, porque siempre pensaste que era lo que más te gustaba hacer. A los dieciocho años dejaste atrás Mendoza, y tu familia, para venir a probar suerte en el Teatro Colón, te tomaron inmediatamente. Hace cinco años que formás parte del cuerpo de baile, ¿por qué pensás que no estás preparado?

—No lo sé, podría hacerlo mal. Eso me devastaría.

—También podrías hacerlo bien y eso te generaría la confianza que estamos precisando.

Bajé la mirada.

—Creo que debés empezar a confiar en el mundo, Martín. Hay algo que tiene en una prisión a tu confianza, la confianza en vos mismo y en quienes te rodean. Supongo que el que te hayan escogido fue decisión de una o varias personas calificadas, ¿no?

—Sí, la dirección del ballet y los representantes del coreógrafo que enviaron desde España.

—Entonces, saben lo que están haciendo…

—Supongo.

—¿Y creés que si no te vieran capaz, te hubieran elegido? ¿Creés que pondrían en riesgo el éxito del espectáculo depositándolo en manos de alguien que podría hacerlo fracasar?

Se quedó mirándome, aguardando otra vez mi contestación. Yo sopesaba sus palabras, no sabía qué decir.

—Supongo que no.

—¿Entonces? ¿Por qué no confiás en ellos? Por algo llegaron donde están, ¿no te parece?

Asentí mientras seguía analizando lo que me decía.

—Prometeme que lo vas a intentar —continuó—. Por lo menos para ver qué pasa.

Volví a repetir el gesto con mi cabeza, tenía la mirada clavada en sus zapatos de gamuza y sin tacones.

—Martín, no está mal equivocarse. Todos cometemos errores, es lo más normal. Pero si no comenzás a tomar riesgos, vas a quedarte estancado en donde estás hoy y ya me has dicho que eso no te hace bien, que querés cambiar. La única forma de avanzar es probando cosas nuevas.

—Sí, lo sé. Es que a veces me siento paralizado y no sé cómo hacer.

—Todos nos paralizamos. A vos los cambios te aterran, como siempre te digo, tenemos que dar pequeños pasos, uno por vez, hasta llegar adonde queremos.

—¿Qué te dijo Julián de esta noticia? ¿Tus padres?

—Mis viejos aún no lo saben. A Julián quise llamarlo un par de veces, pero

no me atendió.

—Y eso te puso mal.

—No consigo confiar en él.

—Otra vez la confianza.

—Ya me engañó tantas veces, que siento que lo hace a propósito, para molestarme.

—¿Lo has vuelto a hablar?

—Es imposible tocar el tema. Cada vez que lo intento, se desata el hecatombe.

—¿Consiguió trabajo ya?

—No lo está buscando, ni siquiera ya llama a las agencias para ver si hay castings.

—¿Qué pensás de eso?

—No lo sé…

—¿Qué es lo que te hace bien de tu relación?

Me encogí de hombros.

—Yo no te voy a decir lo que debés hacer, porque las decisiones de su vida las debe tomar uno mismo, pero me gustaría que me contaras qué te mantiene unido a Julián, por qué pensás que vale la pena esta preocupación.

Mi mente se llenó de imágenes, cosas que mi novio y yo habíamos pasado juntos. En algún momento habíamos sido felices. En un principio, tenerlo conmigo me hacía sentir especial, aún sucedía. Que un chico tan lindo se fijara en mí y me eligiera para ser su pareja, había sido casi como ganarme la lotería. Antes de que sucediera me parecía tan improbable. Entonces, recordé cuando me escuchaba, cuando me hacía caso. Eso ya no sucedía. En el comienzo, el que yo fuera tres años mayor que él parecía importarle, siempre me consultaba antes de hacer cualquier cosa. ¿En qué momento todo se había deteriorado entre nosotros? ¿Con la primer mentira? No, tenía que ser después. La primer mentira había sido el día mismo en que nos habíamos conocido, cuando me dijo que era mayor de edad y realmente no lo era. Quizá no debí restarle importancia a semejante detalle, me podría haber metido en graves problemas. Yo tenía casi veinte y él tan sólo diecisiete. Si alguien me hubiera denunciado,

hasta podría haber ido preso y a mí me aterraban terriblemente las cárceles y la policía. Pero no pensé en eso. Cuando me enteré ya era demasiado tarde, ya me sentía enamorado. Quise creer que había faltado a la verdad porque quería estar conmigo. Necesitaba tanto que alguien quisiera estar conmigo. ¿Qué mal tenía una pequeña mentira? Lo había hecho por mí, porque me quería. El que hubiera mentido no tenía nada que ver con el ser egoísta, con pensar sólo en él. ¿O acaso tenía todo que ver con eso y aquello era un indicio claro de lo que iría empeorando con el paso del tiempo?

Capítulo 6

5.

Estaba corriendo.

El viento castigaba con violencia mi rostro, se sentía áspero, como si llevara consigo partículas de tierra o de arena, pero, sobre todo, se percibía helado. Tan frío que mi piel parecía que se iría a resquebrajar en cualquier momento.

Estaba oscuro, no tenía idea de dónde me encontraba. En la carrera, intenté buscar algún punto de referencia a mi alrededor, pero no alcancé a distinguir nada. Otra vez, me rodeaba la más aterradora negrura, aunque en esta oportunidad nada cubría mis ojos.

Mi corazón latía con fuerza, tanto, que todos mis sentidos me decían que estaba en un grave peligro. De inmediato, tuve la certeza de que algo o alguien me estaba persiguiendo, por eso huía. En ese mismo instante, también noté que, a pesar de la percepción primaria de haber estado corriendo, en realidad estaba montando un caballo. Su enorme cabeza maciza se mecía delante de mí buscando el impulso para el galope. Sus largas crines se agitaban en mi dirección cada vez que sus patas golpeaban con bravura contra la tierra, cuyo sonido resonaba y se perdía en el vacío. Me sorprendió la destreza que yo demostraba para dominar al animal, aunque mis acciones se sentían naturales, como si fueran algo que estaba acostumbrado a hacer. Nos movíamos en zigzag, tratando de despistar a nuestros perseguidores.

Grité su nombre, que ahora no lo recuerdo. Intentaba animar al caballo a que se diera prisa, a que buscara energía en su musculosa anatomía para correr aún a mayor velocidad. No escuchaba ni veía a nadie detrás de nosotros, pero algo me decía que estábamos a punto de ser alcanzados.

Sentí un dolor agudo en ambas manos, que asían en puños las riendas de cuero reseco. Era el frío, que calaba como cuchillos afilados en cada centímetro de mi cuerpo y agrietaban mis palmas.

—¡Vamos! —grité— ¡Vamos!

Y volví a agitar las dos correas con las que conducía, que golpearon sonoramente el aire.

En ese momento, me pregunté dónde estaría el hombre que aparecía siempre en mis sueños, aunque no lo sentía como a un ser imaginario o

alguien a quien no conociera, por el contrario, al pensar en él, tenía la certidumbre de estar pensando en el ser más próximo a mí sobre la faz de la Tierra. Al evocarlo, me invadía el sentimiento claro de necesitarlo. Al igual que toda vez que nos sentimos en peligro imploramos por la presencia de quien sabemos que puede protegernos, yo quería que él viniese en mi rescate. Quise llamarlo a viva voz, pero no conseguí recordar su nombre. Eso me desesperó. No era posible que no me acordara, se sentía alguien tan próximo, tan presente.

De repente, el animal detuvo su corrida. La inercia con la que veníamos, me hizo perder la estabilidad y provocó que mi cuerpo siguiera su trayectoria hacia adelante. Sentí mi cuerpo despegarse de la montura y elevarse en el aire. Con la fuerza del desespero que provocan las situaciones límite, estiré los brazos y me aferré como pude del pescuezo del caballo, que relinchó en el mismo segundo en que mi pecho golpeó contra él. Nuestras respiraciones sonaban al unísono, agitadas, nerviosas. La condensación de nuestras exhalaciones, cortas y rápidas, formaba un vapor blancuzco que se desprendía de nuestras bocas y subía rápidamente en busca del cielo. Era el resultado de la temperatura extrema que nos azotaba, que parecía capaz de matarnos si seguíamos expuestos por mucho más tiempo.

Sin embargo, nos quedamos inmóviles en ese mismo sitio. Ambos estábamos muy cansados, pero también sabíamos que estábamos en peligro.

Una luz potente llamó mi atención, más adelante.

Era la luna.

Un disco brillante y perfecto que pendía desde un telón apagado, oscuro, sin vida. No la había notado antes, aunque su presencia parecía ahora algo imposible de no haber sido visto.

Un rugido feroz y ensordecedor sonó de repente.

De alguna manera, supe que eran olas que golpeaban con violencia contra una pared impenetrable de piedra, justo debajo de nuestros pies. Busqué con la mirada y vi que estábamos al borde de un acantilado. Nos habíamos detenido justo antes de caer. Un paso más y nos hubiéramos precipitado más de cien metros hasta las profundas y heladas aguas del océano, que se agitaban con enojo mientras se estrellaban incesantemente contra la barrera irregular que formaba aquel despeñadero.

En la lucidez inexplicable que a veces se tiene en los sueños, supe que no tenía salida, que en cualquier momento me alcanzaría aquel peligro inminente, que no había visto, pero que podía sentir en cada célula, con

cada sentido.

Tan súbitamente como había aparecido, el sonido bravío del mar se acalló. Ya no escuchaba nada más que el viento silbando al rozar los lóbulos adormecidos y dolientes de mis orejas. Noté, entonces, el mismo dolor punzante en las plantas de mis pies. Ya no estaba sobre el caballo, había desaparecido. Mis pies descalzos se hundían dos centímetros en una capa de nieve blanda y fresca. Mis labios temblaban, al igual que todo mi cuerpo. Una sensación contradictoria de rigidez y de urgencia había comenzado a entumecer mis músculos, reptando como una serpiente que se arrastraba desde abajo hacia arriba.

Frente a mí, había huellas marcadas en la nieve que se alejaban en sendas hileras hasta ser devoradas por la densa oscuridad. Podrían haber sido mías, pero sabía que no lo era así. Eran de alguien que se había alejado y que yo quería que regresara. Sentí el impulso de correr y seguirlas, pero no podía moverme, todo se ralentizaba.

El barranco seguía tras de mí, quería alejarme, pero no podía.

Continuaba en peligro, aunque mi corazón ya no latía con la misma premura. Se iba apagando, poco a poco. Al igual que mis ojos, que se esforzaban por cerrarse.

Un haz de luz se desprendió de la luna. Al igual que un foco en un teatro, fue trazando una cortina vaporosa que iba descubriendo lentamente el camino recorrido por las huellas, que se adentraban en un edificio de madera, que había quedado destacado en la negrura, al igual que un actor parado en medio de un escenario. La cruz en el remate de su campanario, me indicó que se trataba de una capilla. Una tenebrosa capilla, cuyas maderas roídas y sueltas formaban ventanas que parecían ojos enfurecidos y cuyas puertas se abrían cual fauces de un chacal rabioso y hambriento.

Tenía miedo.

Estaba aterrado.

Era esa construcción la que me había estado persiguiendo. En mi ensoñación, eso no carecía de lógica.

Decidí enfrentarla, no tenía más remedio.

Parecía que respiraba. Semejaba un animal agazapado, a punto de atacarme.

Una figura humana apareció en medio de la boca abierta. En principio, pareció sólo una sombra, pero cuando dio dos pasos hacia adelante, la luz

de la luna lo alcanzó y pude distinguir su rostro. Era el hombre que había estado buscando. El joven que aparecía en casi todos mis sueños. Sus ojos parecían suplicantes, estaban llenos de lágrimas. Me miraban con la expresión de quien se ha resignado a un destino fatal e inevitable.

Traté de alcanzarlo, pero seguía sin poder moverme.

Su cabeza se movió con lentitud hacia un lado y hacia el otro. Estaba negando, aunque no entendí lo que quería decirme.

Repentina e ilógicamente, el viento cambió de dirección. Ya no venía desde el mar, me embistió con poder incontenible desde adelante.

La capilla se deshizo en un millón de tablas de madera que volaron por los aires.

La luna se apagó.

Ya no podía ver al hombre.

Uno de los escombros me alcanzó a la altura del esternón, empujándome con brutalidad hacia atrás. La sensación de la nieve bajo mis pies despareció. Estaba cayendo por el despeñadero.

Caía y caía.

Veía cómo el mar se iba alejando a medida que descendía.

Cuanto más trayecto recorría, las aguas más se hundían.

Quise despertar, pero no pude.

Volví a desesperarme.

Supe que seguiría cayendo. Por siempre. Que debería vivir en perpetuidad con la agonía de saberme al borde de la muerte, pero sin poder morir realmente.

Capítulo 7

6.

El primer ensayo de la nueva obra se llevó a cabo en la sala que se encuentra bajo la avenida 9 de Julio y que lleva el mismo nombre. No voy a negar que estuve un poco nervioso en un principio, pero el repositor español parecía haber venido mucho más relajado que el día anterior y su asistente era una chica simpatiquísima que estaba atenta a cada pequeño detalle y que se comunicaba con voz dulce y cargada de ese acento ibérico que siempre resulta tan agradable, eso me relajó.

Al terminar el día de trabajo, nos entregaron a los bailarines que cubríamos los roles principales un DVD que contenía la pieza completa y que deberíamos usar en nuestros hogares para estudiarla durante ese final de semana.

Cuando abrí la puerta del departamento, agotado por el largo día de trabajo y porque había tenido que esperar una hora en una bicicletería, para poder arreglar una de las ruedas de mi bici que había descubierto pinchada al querer volver a casa, me encontré con Julián sentado frente a la computadora, me saludó apenas levantando su mentón y volvió inmediatamente a su perfil de Facebook. Parecía que había estado chateando con alguien, porque el sonido típico del MSN se oyó un par de veces y él cerró la aplicación sin siquiera responder.

—Te llamó tu mamá —dijo, sin voltear para mirarme.

No sé porqué extraje el celular de mi bolsillo para buscar alguna llamada perdida.

—¿Cómo sabés? No me aparece nada.

—No… te llamó hace quince minutos al fijo —blanqueó los ojos.

—¿Y atendiste?

Dejé la mochila sobre la mesa y me acerqué hasta él, interrogándolo con la mirada.

—Claro.

—Cuántas veces te dije que si suena el teléfono no lo atiendas, porque deben ser mis viejos. Nadie más tiene ese número.

—Es el teléfono de donde yo también vivo y si suena y se me antoja atenderlo, lo hago —se lo notaba molesto.

—Pero Julián, qué les voy a decir ahora si me preguntan quién sos.

—Le decís que soy tu pareja. Estamos en 2009, no en 1930. Yo no tengo por qué estar escondiéndome por tus problemas mentales.

Su actitud me enfurecía, se me ocurría egoísta y poco considerada.

Yo sabía perfectamente el año en que vivíamos y también sabía que, a esas alturas, la mayoría de los jóvenes gays ya no tenía problemas en abrirse ante su familia. Él mismo le había contado a su madre cuando apenas tenía dieciséis años que prefería las relaciones con hombres antes que con mujeres. Pero yo era yo, y mi familia era algo que sólo yo conocía; él no tenía derecho a presionarme y decirme cómo manejarme para con ellos.

Cuando perdimos a mi hermano, yo pasé a ser hijo único. Lo que más me aterraba era defraudarlos. Tenía miedo de la reacción que podían llegar a tener si algún día decidía enfrentarlos y decirles mi verdad. Sabía que me querían, pero ¿serían capaces de comprenderlo? ¿De aceptarlo? Anticipaba a mi padre retirándome la palabra y, lo que era peor, a mi madre llorando, temiendo por mí; diciendo que no podría entrar al Reino de los Cielos debido a la vida que llevaba.

Entonces, la pesadilla que había tenido la noche anterior regresó a mi memoria, llena de detalles como si se tratara de una película que había acabado de ver en la televisión.

"¿Y si esa capilla que me perseguía representa a la férrea devoción católica de mis padres? ¿Y si ese hombre que siempre se me aparece en sueños es Dios, queriéndome decir algo?" —pensé.

—¡Ey! —gritó Julián, trayéndome de vuelta a la realidad.

—¡¿Qué pasa?!

—¿Vas a atender el teléfono o lo atiendo yo?

El timbre del aparato sonaba con insistencia a un metro y medio de mí. De algún modo, no lo había escuchado hasta ese momento.

—Hola —tomé el tubo inalámbrico que estaba sobre el escritorio y me

alejé buscando privacidad.

—Hola, hijo. Me había preocupado —era otra vez mi madre.

—¿Por qué, mamá?

—Porque te llamé a la hora de siempre y no estabas.

—Es que pinché una goma de la bici.

—Ah, ¿y la pudiste arreglar?

—Sí, por eso me demoré.

—Ah… ¿Y quién es el chico que me atendió?

—Julián, mamá. Un amigo.

Vi los ojos claros del aludido dirigidos hacia mí, cargados de rabia.

—¿Lo conozco?

—Creo que ya te lo he nombrado —justamente, esa conversación era la que quería evitar.

—Ah, ¿y qué hacía en tu casa si vos no estabas?

—Mamá, es un amigo. Varios amigos tienen la llave del departamento, ya lo sabés. Me estaba esperando.

—¿Es bailarín?

—No, mamá, es modelo.

Julián se levantó con brusquedad de la silla en que estaba sentado, pasó por mi lado sin despegarme esa mirada odiosa que me clavaba desde hacía un minuto, abrió la puerta del pasillo sin decir una palabra y se fue dando un portazo.

Sabía que eso no era bueno, no sólo porque tendríamos una discusión a su regreso, sino porque cuando se iba así demoraba varias horas en volver y durante ese período de tiempo era capaz de hacer cualquier cosa.

—¿Hay alguna foto de él en tu Facebook? —preguntó mi madre.

—No sé, mamá, no me acuerdo. Ya te dije que no andes chismeando mis

redes sociales.

Por supuesto que no había una sola foto de Julián en mi Facebook ni en ningún otro sitio público y las dos o tres veces que mis padres vinieron de visita desde que compartíamos departamento, los portarretratos con imágenes de ambos habían sido escondidos. Gracias al Cielo, ellos nunca habían querido alojarse en mi casa, porque si no, no sé lo que hubiera hecho.

—Bueno, che, no me hables así que soy tu madre, si te molesta que te llame me lo decís y no lo hago más.

—Ay, mamá, no seas dramática. No me molesta que me llames, pero tengo veintitrés años, vivo sólo desde los dieciocho y lo que sí me molesta es tener que estar dando explicaciones.

—Acá me dice tu padre que estás raro últimamente.

Suspiré.

—Decile que yo también lo quiero.

—No sé de dónde aprendiste ese sarcasmo —renegó ella.

—Mami… acabo de llegar de trabajar, estoy cansado; no tengo ganas de discutir. ¿Pasó algo?

—No —reconocí en su voz que se sentía ofendida—. Simplemente te llamaba para ver cómo te había ido en ese ensayo ese que me contaste, que te eligieron de protagonista.

—Somos varios principales, no hay un protagonista. Pero muy bien, gracias por preguntar.

—¿Cuándo es el estreno?

—El veintiocho de noviembre.

—Es en noviembre, Jorge —hablaba con mi padre.

Blanqueé los ojos y volví a suspirar.

Miré hacia la puerta de entrada como si estuviera esperando a que se abriera, aunque sabía que Julián no aparecería por un buen rato. Quizá, recién lo hiciera a la madrugada.

—Vamos a sacar los pasajes para ir a verte —continuó mi madre.

—¿Seguro?

—Claro. Hace mucho que no te vemos bailar en el Colón.

—Bueno, pero falta un montón igual; vayamos hablando.

—No, escuchame… vamos a sacar los pasajes ahora, porque sino después salen más caro.

—Hagan como quieran, mamá —me resigné—. Va a ser un gusto verlos.

—Sí, porque parece que si nos quedamos esperándote acá, en Mendoza, nos vamos a morir sin verte.

—Mamá, estuve hace dos meses ahí. Ojalá pudiera viajar todos los fines de semana, pero no tengo la plata; además, trabajo.

—El hijo de Rosa…

—Bueno, mami —la interrumpí—. Escuchame, te tengo que dejar; me tengo que poner a estudiar para el rol; mañana también tengo ensayos.

—¿Y tu amigo?

—Mi amigo ya se fue.

—¿Tan pronto?

—Chau, ma.

—Bueno, besos.

—Besos.

—Te quiero.

—Yo también.

—Te manda un beso papá.

—Mandale otro.

—Chau.

Me dejé caer en el sillón y solté todo el aire que tenía en mis pulmones.

Estaba agotado.

Volví a buscar mi celular y marqué el número de mi novio. Al segundo tono, cayó en la casilla de voz. Había cortado.

Llevé una mano a mi frente y luego restregué mis ojos con los dedos pulgar e índice.

Sentía que ya no tenía energía para todo eso.

Dos años y medio de vivir con ese estrés permanente me estaban socavando de una manera que parecía irreversible. Por más que la buscaba, no conseguía encontrar una solución para el dilema en que se había convertido mi vida. Muchas veces sentía que ya no aguantaba esa persona en que Julián se había convertido, aunque mucho menos posible me parecía dejarlo ir.

¿Dónde conseguiría otra persona capaz de amarme?

Tenía que haber una solución para el embrollo en que nos habíamos metido. Seguramente, si ambos nos esforzábamos un poco podríamos achicar cualquier diferencia.

"Porque cuando hay amor, no hay obstáculo que no pueda ser superado", pensé.

Capítulo 8

7.

Había pasado una hora y ni noticias de Julián.

Otras dos veces me había cortado el teléfono. No quería insistir más, sabía que eso sólo conseguiría empeorar las cosas.

Me acerqué hasta la PC y busqué allí alguna pista de donde se podría haber metido. Nada. Había cerrado su cuenta de Facebook y se había deslogueado del MSN. Revisé la carpeta de archivos recibidos y tampoco había indicio alguno.

La papelera estaba vacía.

Cierta sensación de impotencia me embargó. Estaba casi seguro de que había sido muy cuidadoso en cubrir cualquier rastro que pudiera inculparlo.

Miré a través de la ventana del balcón hacia la calle, como si hubiese estado buscando algún pensamiento que echara algo de luz sobre aquel sentir tan oscuro que me llenaba.

Ojalá, en ese momento, hubiese sido capaz de darme cuenta de lo equivocado que estaba toda aquella situación, de que era tan grave mi búsqueda, casi desesperada, de evidencias que pudieran corroborar mis sospechas, como todo lo que él estaba haciendo.

Viéndolo desde hoy, puedo comprender que cuando el amor lastima de esa manera, ya ha dejado de ser un amor sano, para convertirse en algo que va envenéndonos poco a poco y que, por más que uno se desespere por querer retenerlo o curarlo, ya es muy difícil la vuelta atrás. Lo único que uno consigue es ir muriendo día tras día, hasta que termina convertido en apenas una sombra de lo que alguna vez ha sido. Una versión lastimada y oscura de nosotros mismos.

Si tan sólo lo hubiera sabido entonces.

Volví a consultar el reloj y vi que otra hora, que parecía veinticuatro de ellas, había transcurrido. Ya había caído la noche y supuse que la mayoría de la gente se encontraría cenando. A mí, toda aquella situación me había

quitado por completo el apetito.

Saqué la ropa húmeda del día de ensayo de mi mochila y la coloqué dentro del cesto que acumulaba las prendas que había para lavar.

Busqué el recipiente vacío en el que había llevado mi almuerzo. Al hacerlo, encontré el DVD que nos habían dado en el teatro para que veamos y estudiemos.

Sin saber qué más hacer, volví al sofá, tomé el control remoto del reproductor y coloqué el disco para ser visto.

La calidad de la imagen no era demasiado buena ni nítida. Por su textura, parecía haber sido transferida desde un VHS.

Lo primero que apareció en la pantalla fue un grupo de bailarines con mínimas prendas color piel, de espaldas al público, avanzando hacia el fondo del escenario, imitando una cámara lenta.

No había música.

Entonces, una voz profunda, de claro acento español, comenzó a recitar lo que parecía un poema:

Estoy continuo en lágrimas bañado,

rompiendo el aire siempre con sospiros;

y más me duele no osar deciros

que he llegado por vos a tal estado.

Una melodía ancestral, que me transportaba hasta un tiempo lejano comenzó a sonar y, con ella, una bailarina se desprendió del grupo y comenzó a contornear su cuerpo con el inconfundible lenguaje de la danza contemporánea.

Sin embargo, algo había robado mi atención de lo que ocurría en la pantalla.

Aquellas palabras.

Nunca las había oído y, sin embargo, parecía que mis pensamientos iban

adivinándolas antes de que cada sílaba pudiera ser escuchada.

¿Dónde las había aprendido?

“Seguramente, será algo que estudiamos en la escuela”, pensé.

La danza y la música continuaron su curso en la TV, aunque recién volví a ellas después de un tiempo, cuando aquella voz retomó su recitado:

Canción, yo he dicho más que me mandaron

y menos que pensé;

no me pregunten más, que lo diré.

¿Qué texto era ese?

¿Por qué me provocaba esa melancolía?

¿De dónde venía esa tristeza?

Una extraña sensación de aromas y de pertenencia me había ido llenando al ir escuchando el recitado. Al igual que un simple y efímero olor puede transportarnos hacia algún punto de nuestro pasado, ese conjunto de vocablos me remitía hacia algo, que, sin embargo, no conseguía dilucidar.

“Ya lo voy a recordar”, me dije.

La obra continuó y, mientras la veía, mi mente seguía trabajando en busca de más pistas que me sacaran de tan grande intriga.

Cambio de vestuario, cambio de bailarines; bellos movimientos y melodías se fueron sucediendo por casi media hora. Y, con ellos, más palabras, más poemas.

Me convencí de que al terminar de ver el video iría a Internet a buscar la procedencia de tales textos, que me causaban un estado extraño, contradictorio.

Pero, entonces, el último poema, justo antes del final, llegó:

En esto estoy y estaré siempre puesto;

que aunque no cabe en mí cuanto en vos veo,

de tanto bien lo que no entiendo creo,

tomando ya la fe por presupuesto.

Yo no nací sino para quereros;

mi alma os ha cortado a su medida;

por hábito del alma mismo os quiero.

Cuanto tengo confieso yo deberos;

por vos nací, por vos tengo la vida,

por vos he de morir, y por vos muero.

Mis ojos estaban húmedos y temblorosos.

Mi corazón golpeaba dentro del pecho de una manera que no lograba comprender. Había repetido aquellos versos de memoria y estaba seguro de que nunca los había dicho antes.

Sentí aquello como una epifanía. Como si se hubiera tratado de mi más pura verdad. Una verdad oculta, que no había conseguido descubrir hasta ese preciso instante.

Se me había erizado la piel.

Tenía las manos heladas y una sensación de vacío en el estómago.

Mi rostro estaba surcado por lágrimas silenciosas que no cesaban de caer. Y no comprendía el por qué.

—Por vos nací, por vos tengo la vida, por vos he de morir, y por vos

muero —repetí.

Capítulo 9

8.

Aquella noche Julián llegó pasada la medianoche. Para ese momento, hacía muy poco que me había acostado y me esforzaba por continuar con la lectura de un libro, aunque mis pensamientos no me permitían concentrarme en ello.

Había vuelto a ver el video.

Había buscado los poemas en Internet.

Había descubierto que todos eran de la autoría de Garcilaso de la Vega, escritos cinco siglos atrás. Leí los que aparecían en la obra, como también algunos otros. De nuevo esa sensación confusa. Las palabras me eran más que conocidas, pero también sentía que era la primera vez que las leía.

No podía quitarme eso de la cabeza.

¿Cómo era posible tal contradicción?

Al escuchar el sonido de las llaves ingresando en la cerradura de la puerta de entrada, apagué la luz del velador y fingí que dormía. Cualquier otra vez, me hubiera levantado y lo hubiese enfrentado; le hubiera exigido la verdad. Si había algo que me ponía mal, era vivir en la mentira. Prefería saber a qué me enfrentaba en vez de estar elaborando conjeturas, que de cualquier manera me hacían daño. Mucho.

Sin embargo, en esa oportunidad, preferí evitarme el mal momento, cerrar mis ojos y sumergirme en los vericuetos de mis propios pensamientos.

La madrugada avanzaba y no conseguía conciliar el sueño. Tampoco dilucidar si se debía a que mi mente no parecía dispuesta a relajarse para otorgarme algo de descanso o si el malestar era a causa del nauseabundo olor a alcohol que desprendía la persona con la que compartía la cama.

Finalmente, no sabría decir en qué instante, me quedé dormido.

Por una vez, no me atormentaron las mismas pesadillas que venían persiguiéndome desde hacía años.

En cambio, soñé con un día de sol pleno, lo cual era muy infrecuente.

Recuerdo encontrarme en un campo abierto, de altos pastizales amarillentos que se mecían armónicamente con el paso de una brisa leve.

Se oían risas lejanas, como en un eco.

Una sensación de bienestar y de armonía me llenaba.

Al levantar la cabeza veía nubes nítidas e impolutas que contrastaban con un cielo azul profundo. Había montañas lejanas con picos cargados de nieves eternas. El sol acariciaba mi piel y se sentía casi como un abrazo protector y amoroso.

Las risas se repitieron y noté que pertenecían a un hombre, un hombre joven. Lo busqué con la mirada, pero no alcancé a verlo. No necesitaba hacerlo. Me distraje con el paisaje que me rodeaba y que parecía envolverme. Una pradera inmensa que tenía como marco aquella cordillera que parecía diminuta en la distancia.

Me recosté en la grava.

Cerré los ojos y pude sentir los músculos de mi rostro acomodándose para formar una sonrisa.

Aunque no había visto el mar por ningún lado, estaba seguro de encontrarme cerca de la costa. Se podía percibir el salitre marino suspendido en el aire y, si agudizaba el oído, alcanzaba a distinguir el murmullo incesante de las olas lambiendo tierra firme.

Qué sensación tan placentera.

Qué bienestar me causaba estar allí.

Mi cuerpo continuaba tendido sobre el suelo, tratando de permitir que la naturaleza me embargara, que aquella felicidad tan simple y cotidiana fuera capaz de llenar cada milímetro de mi ser.

Entonces, la figura difusa de una persona pareció posicionarse entre los rayos del sol y mi rostro, asomándose a pocos centímetros de mí. Podía adivinar el contorno de su cabeza a través de la piel de mis párpados cerrados.

Dejó escapar una risa leve, era el mismo joven que había oído reírse

antes. Cuando lo hizo, sentí su aliento dulzón rozar cálidamente mi cara.

Respiré hondo.

Era reconfortante.

Aquella figura me daba seguridad. A la vez que la sentía familiar, cercana.

Volví a sonreír.

Y cuando menos lo esperaba, escuché su voz, que se sintió como si fuera un arrullo.

—Gianni —dijo.

De alguna manera, sabía que me estaba llamando. Me embargó la sensación de que toda mi vida encontraba sentido cuando esa voz rasposa y alegre pronunciaba mi nombre.

Nunca lo había escuchado en ningún otro sueño, pero lo reconocí de inmediato.

Abrí mis ojos y lo vi.

Era el hombre de siempre, sonriéndome. Mirándome de la manera más tierna, como nunca nadie me había mirado.

Capítulo 10

9.

El jueves siguiente llegué al consultorio de la psicóloga con un nudo en la boca del estómago y mucho más nervioso de lo habitual. María Luisa me recibió en el ingreso del edificio, donde dejaba mi bicicleta, y, ni bien nos adentramos en el lobby, me preguntó si me había ocurrido algo.

—No, nada —aseguré, mientras abordábamos el ascensor.

Siempre he sido pésimo mintiendo y sé muy bien que me resulta imposible ocultar el estado de ánimo en que me encuentro. Cualquiera puede darse cuenta, con apenas una mirada, si algo me ha caído mal o si me gusta demasiado, inclusive si es la primera vez que me tiene enfrente.

Nos acomodamos en nuestros respectivos lugares en la sala y, mientras tomaba su cuaderno de notas, me miró por sobre el marco de sus anteojos con una sonrisa cordial.

—Bueno, ¿me vas a contar qué te tiene tan incómodo?

—No… nada… —dudé.

—Estamos acá para ayudarte. Si hay algo que te intranquiliza, deberíamos darle prioridad y trabajar sobre eso. Sea lo que fuera.

Tragué saliva y sentí mi cuerpo hundirse un poco más en lo mullido de los almohadones en los que me encontraba sentado.

—Es sobre los sueños —lancé.

—¿Otra vez los mismos? —quiso saber.

—No exactamente.

—A ver, contame.

Me achiqué un poquito más en el sofá.

—¿Viste la obra para la que me eligieron como principal?

—Sí…

—Decidí aceptar el rol e intentarlo.

—¡Muy bien! Te felicito. Va a ser un gran paso, vas a ver.

—Sí, lo sé. La obra se llama Por Vos Muero, es de un coreógrafo español muy importante llamado Nacho Duato.

Me miraba con el ceño fruncido, intentando entender hacia dónde estaba yendo.

—Tiene unos poemas recitados por Miguel Bosé que acompañan la música —continué—. Hay algo con ellos. Me siento muy raro desde la primera vez que los escuché, parecía que me los conocía de memoria, pero estoy seguro de que nunca antes los había leído ni escuchado.

—¿Y a qué pensás que se deba lo que sentís?

—No lo sé. Pero no puedo sacármelos de la cabeza y se me aparecen en sueños, como si quisieran decirme algo. Sueños que ahora no sólo son pesadillas, también he tenido algunos lindos. Y el hombre… ese hombre ha comenzado a hablarme, nunca lo había hecho antes. Su voz también me resulta muy familiar. Y, cuando estoy despierto, durante el día, escucho en mi mente esos mismos poemas recitados por él. Tiene un timbre muy particular que no pareciera que tuviera que ver con el rostro que veo; sin embargo, nunca tuve dudas de que esa voz le pertenecía, desde la primera vez que la oí.

—¿Y por qué creés que pasa eso? —insistió.

Mi pulso se aceleró de sólo pensar lo que estaba a punto de decir. Había sido un duro debate interno durante varios días.

"Ya lo has decidido", me animé.

—Pensaba en que, tal vez, podríamos intentar averiguarlo con lo que me habías propuesto.

—¿La hipnosis?

—Sí…

—Yo creo que es lo mejor, Martín. Quizá no sea nada de lo que sospechamos y pueda resultar algo que has guardado desde tu infancia. Si lo intentamos, estoy segura que nos va a ayudar a clarificar lo que te está ocurriendo, y, una vez que lo podamos ver más claro, vas a notar un cambio radical en tu día a día, en tus relaciones personales. Debemos

tratar de liberar eso que tanto está queriendo hacerse presente en tu vida y que aún no sabemos si está alojado en tu subconsciente o en el supra-consciente.

Bajé la mirada, buscando conciliar la razón y la incertidumbre.

—Está claro que la decisión debe ser tuya —prosiguió—, pero como profesional te lo recomiendo. Creo que ha llegado la hora de que sepas qué o quién intenta decirte algo.

Asentí, mientras retorcía los dedos de mis manos por los nervios.

—Es que me resulta absurda la idea de las vidas pasadas —traté de retractarme.

Ella hizo una mueca casi imperceptible con sus labios, era una sonrisa que dejaba ver que no ponía mucha fe en esas palabras que le decía.

—¿Cuándo querés comenzar? —preguntó.

—No sé.

—¿Ahora?

Me encogí de hombros, sobrepasado por las dudas.

—Lo he hecho muchas veces. Vas a estar muy seguro, no te vas a arrepentir.

Creo que, en realidad, lo que tenía era miedo. No al arrepentimiento, sino a descubrir algo que me causara dolor, aún más incertezas, mucha más inseguridad.

—¿Confiás en mí? —inquirió, con la voz cargada de paciencia y de templanza. Reclinándose levemente hacia adelante y apoyando su mano tibia sobre el dorso de la mía.

—Sí, confío.

—Muy bien, vamos a intentarlo entonces.

—Está bien —acepté.

Me pidió que me quitara el calzado para poder estar más cómodo y que me recostara sobre el sofá de tres cuerpos.

Cerró las cortinas de la puerta-ventana, haciendo que la habitación se sumiera en una luz a medias. Echó unas gotitas de esencia en un hornillo

que siempre estaba encendido y caminó unos pocos metros hasta un armario, donde buscó algo con la mirada durante algunos segundos. Tomó lo que parecía un walkman y volvió hacia mí, mientras corroboraba con la mirada que me encontrara en una posición cómoda.

—Me gustaría grabar las sesiones para que vos también puedas escucharlas cuando lo desees —dijo, mientras volvía a tomar asiento.

Asentí de nuevo con la cabeza.

No me era posible encontrar ninguna palabra en ese momento, no creía poder hacerlo.

Capítulo 11

10.

María Luisa era una señora de cuarenta y pocos años, había perdido a su marido en un accidente de tránsito y no tenía hijos. Vivía sola en el mismo departamento en que trabajaba, en la calle Gurruchaga del barrio de Palermo. Eso era todo lo que yo conocía de su vida personal.

Había llegado a ella a través de la recomendación de un compañero del ballet, que, además, era uno de los pocos con los que mantenía algo próximo a una amistad. A él lo había ayudado a lidiar con su sexualidad y a asumirla hasta el grado de que dejara de ser un tormento.

Un día, en que salió el tema de las batallas que yo estaba teniendo con el mismo asunto, me insistió para que iniciara terapia y me recomendó intentarlo con quien tanto lo había hecho progresar en esa materia.

Demoré bastante tiempo en decidirme, me habían educado para pensar que solamente los locos precisan de ese tipo de ayuda. Sin embargo, había acabado de conocer a quien sería mi primer pareja, Julián, y eso había sumado más dilemas a mi existencia. Ya no sabía cómo manejar solo todo lo que me estaba pasando.

La primera vez que la vi, me llamó la atención su fisonomía. Cabello largo, suelto y platinado por incipientes canas, generosos ojos color cobre, complexión muy delgada. Coloridas ropas de gaza, holgadas, tipo hindú; un llamativo colgante multicolor que más adelante descubriría que era un dije que representa a los siete chacras. Ni una gota de maquillaje en todo el rostro.

En principio, las sesiones se limitaban a mi principal preocupación y el tema que me había llevado hasta allí; aunque para abordarlo recorríamos todo el camino que había transitado hasta ese momento, desde mi primera infancia hasta lo que era mi presente.

Después del primer año, mi relación de pareja se había ido haciendo más y más problemática y pasó a ocupar la mayor parte de nuestras conversaciones. Hasta que comenzaron a ocurrir las pesadillas. Y a hacerse recurrentes. Entonces, empezó a hablarme de la terapia de hipnosis. Hasta ese instante, sólo había escuchado que se hiciera ese tipo de prácticas en espectáculos de circo, por lo que me negué de lleno. De vez en cuando, ella volvía a sugerirlo y yo a decir que no. Mientras tanto, había estado informándome sobre el asunto, pero nunca había llegado a convencerme de que podía ser un camino para encontrar la solución a mis

temores. Eso, hasta esas últimas semanas, en que me ocurrieron todas las cosas que ya mencioné y que provocaron que llegara a un punto límite.

Ya no encontraba respuestas en ningún otro lado.

Desde el sofá, la observé verificar que la cinta dentro del grabador estuviera virgen y después acomodarlo en el borde de la mesa auxiliar, en el punto más próximo a mí. Me sonrió y me preguntó si estaba listo. Respondí afirmativamente. Me pidió que cerrara los ojos y que centrara el pensamiento únicamente en mi respiración.

—Cada vez que exhalo, siento que voy liberándome de todas las preocupaciones. Todas las tensiones, toda las ansiedades que tengo acumuladas en el cuerpo se van yendo con el aire —dijo.

Fue repitiendo eso mismo cada vez que vaciaba mis pulmones. Luego de unos minutos, me pidió que visualizara cómo cada uno de mis músculos se iban ablandando.

—Empezamos por el extremo de la cabeza, vamos siguiendo por el rostro, liberamos la mandíbula. Continuamos con la relajación de los músculos del cuelo, el trapecio, los hombros, el pecho, la espalda; seguimos por cada fibra hasta llegar a la punta de los dedos de los pies.

Yo obedecía cada cosa que me decía, e iba sintiendo cómo mi cuerpo, poco a poco, se iba liberando de su propio peso.

—Ahora —siguió—, vamos a encontrar una luz que brilla intensamente en mi cabeza, dentro de mí. Esa luz se va extendiendo por cada una de mis células, como una onda que se mueve hacia mis extremidades; barriendo cualquier tensión que todavía quede en mi sistema. Limpio mis órganos, todo mi organismo de cada mínimo indicio de ella. Siento el cuerpo completamente envuelto por esa luz, que me va elevando y me lleva hasta otro tiempo; hacia mi pasado, hasta cuando comencé a cargar todo aquello de lo que preciso liberarme.

En ese punto, yo sentía que había entrado en un estado de sueño leve y que no era capaz de poseer voluntad sobre mi cuerpo.

—Voy a contar hasta uno, comenzando desde el diez. Con cada número, voy perdiendo conciencia de lo que me rodea y me concentro más en la voz que me habla. Al escuchar el uno, no podré oír nada más que la guía de esa voz. Diez… Nueve…

En la grabación, se escucha a María Luisa contando, lenta y pausadamente. Al terminar, un largo silencio de varios minutos, donde el único sonido que logra percibirse es mi respiración, profunda y cíclica. Después, vuelve a oírse su voz.

—Voy a ir regresando en el tiempo, desandando día a día, año a año, hasta que los recuerdos sean cada vez más lejanos al presente.

Silencio.

—¿Puedo verme en el pasado? —continúa.

—Sí, puedo verme —mi voz suena grave, cargada de aire y como si casi no modulara al hablar.

—¿Qué es lo que estoy viendo?

—Salimos de la escuela con mi hermano, él me pregunta si tengo ganas de conocer su lugar favorito en el mundo; dice que sabe que me encantará. Yo le digo que sí, me toma de la mano y corremos varias cuadras hasta salir del pueblo. Es un descampado, hay un grupo de árboles, uno muy grande. Me enseña como trepar, me ayuda a hacerlo. Llegamos hasta una rama, la más alta. Yo me siento orgulloso de haber podido subir hasta ahí. Miro a Oscar y pienso que quiero ser como él cuando sea grande. Desde donde estamos sentados se ve la cordillera, los picos con nieve. Señala y me dice que para ese lado está el Aconcagua y del otro lado, Chile. Yo pienso que él es muy inteligente y que tengo mucha suerte de que sea mi hermano. Siento una conexión muy fuerte con la imagen que veo frente a nosotros, con las montañas.

—¿Cuántos años tenés?

—Siete años.

—¿Y Oscar?

—Doce.

—¿Te hace feliz estar ahí con él?

—Sí —me río—. No quiero volver a mi casa.

—Podemos quedarnos un rato en ese lugar y disfrutar de ese momento. Vivenciarlo.

Varios minutos de silencio.

De pronto, comienza a escucharse un sollozo, es mío. Es un llanto cada vez más sentido. Incontenible. Es como si no pudiera retener un gran dolor dentro de mí y precisara expresarlo a viva voz.

—¿Qué sucede? ¿Por qué llorás?

—Es Oscar…

—¿Qué tiene?

—Mi mamá llora, mi tía no la puede consolar. Mi papá está callado, se ha encerrado en su cuarto, está con la cabeza apoyada contra la pared. Es Oscar…

—¿Qué pasó con tu hermano?

—Se pegó un tiro, fue un accidente, se había ido de cacería. Mi hermano…

Mi voz suena desgarrada, casi gritada. Se nota que estoy muy alterado. No puedo parar de llorar.

—Martín, esto es sólo un recuerdo. Esa experiencia dolorosa está en tu pasado. Ya no estás en la casa de tus padres. Has podido continuar con tu vida. Ya no tenés ocho años, sos más grande.

Oscar había fallecido bajo el fuego de su propia escopeta, una tarde en que había salido a cazar junto a un par de sus mejores amigos. Aquello ocurrió un año después de que me mostrara la copa de ese árbol al que solía subirse para contemplar la espectacularidad de la Cordillera de Los Andes.

En la cinta, transcurren varios minutos en que ninguno de los dos habla.

Nuevamente sollozos.

—Martín…

—¿Sí?

—¿Qué te sucede?

—Un cura me acaba de pegar un cachetazo. ¡Lo odio!

—¿Dónde estás?

—En el patio de la escuela. Dice que no me podía sentar en esa silla, que soy un maleducado. Me golpeó. Yo sabía… Siempre les tuve miedo a los curas.

—¿Por qué les tenés miedo?

—No sé… No puedo explicarlo, pero me aterran. Extraño a mi hermano. Él me hubiera defendido. Él siempre me defendía.

Nuevamente lloro desconsoladamente.

María Luisa se toma un minuto, respira hondamente.

—Martín, ya no estás en la escuela. Has crecido; ya sos un adulto. Te mudaste a Buenos Aires, pudiste cumplir tu sueño de ser bailarín. Trabajás en el Teatro Colón. Es el año dos mil nueve —en este punto, su voz sonaba suave, casi inaudible—. Estás ahora en mi consultorio. Estás descansando apaciblemente en el sofá, te sentís protegido y seguro.

Mi lamento dejó de oírse.

Ella volvió a hacer una pausa.

—Voy a contar de nuevo desde diez hasta uno. Entonces, despertarás. Cuando lo hagas, recordarás lo que me contaste y hablaremos sobre ello. Estarás bien. Todo lo que viviste son sólo recuerdos. Diez…

Cuando volví en mí, aún me sentía afligido. Mi corazón estaba algo acelerado y tenía sensación de temblores en el cuerpo.

María Luisa detuvo la grabación y se quedó un instante observándome, con su cuaderno tomado con fuerza entre ambas manos. Supuse que, además del registro en casete, también había estado tomando notas.

—¿Cómo te sentís?

—Bien. Un poco… no sé.

—Es normal la confusión. Revivimos emociones fuertes. Cuando te sientas listo, podés incorporarte y charlamos.

Nos quedaban quince minutos para terminar mi horario de terapia. Los

ocupamos hablando de Oscar y de mi temor a los sacerdotes.

Ella sabía que había perdido un hermano siendo muy chico, pero yo nunca había querido hablar de cómo había sucedido. Llegamos a la conclusión que esa debía ser la causa de mi pavor hacia las armas de fuego. Yo conjeturé que, quizá, por eso tenía siempre aquella pesadilla en que sentía perdigones adentrándose en mi pecho. Tomó nota, pero no hizo ningún comentario al respecto.

Luego, me preguntó si alguna vez había sido abusado por alguno de los sacerdotes de la escuela católica a la que había asistido.

Lo negué enfáticamente.

—¿No es posible que ese recuerdo haya sido reprimido? —quiso saber.

—Supongo que no. Debería recordar algo así.

Apretó los labios.

—¿Seguís temiéndole a los curas?

—No sé si es temor, pero prefiero evitarlos.

—Está bien —pensó unos instantes—. Yo te diría que la semana que viene volvamos a intentarlo. Me gustaría encontrar la raíz de ese temor. Si hay algún trauma escondido, la hipnosis nos lo va a develar.

Estuve de acuerdo.

Ya había logrado dar el primer paso, sólo restaba seguir intentándolo.

—¿Y el hombre de mis sueños? —recordé.

—Es verdad, no hemos llegado hasta él. En el momento en que tu mente esté lista, nos guiará por su cuenta a su encuentro.

Capítulo 12

11.

La semana que siguió fue bastante complicada. Mucho trabajo, muchas horas de ensayo, y no encontraba paz ni descanso al regresar a casa.

El sábado, a pesar del agotamiento, trasnoché y descansé muy poco. Julián se encaprichó en que quería ir a una de las discos gays más populares de la ciudad. Yo detestaba ese ambiente, pero no me quedó más remedio que acompañarlo; si no lo hacía, de cualquier manera iba a salir, y únicamente Dios podía saber el estado en que terminaría. Sin mi presencia, se excedería con el alcohol y las drogas, y lo peor no era que iría a parar, con toda seguridad, a la cama de cualquiera. Sin embargo, mi mayor temor no era ese, sino que la madrugada lo encontrara tirado en la calle, donde cualquiera pudiera aprovecharse de su estado. Ya había ocurrido antes.

Además, Julián cargaba desde muy chico una depresión que encubría con violencia a veces desmedida y una vida desenfrenada, con las que trataba de disimular su tendencia a la autoflagelación y, lamentablemente, al suicidio. Varias veces, desde el inicio de nuestra relación, me había relatado todas las oportunidades en que había estado al borde de quitarse la vida en su pasado. La primera había ocurrido cuando tenía apenas trece años, la misma edad que tenía mi hermano cuando ocurrió su fatal accidente. Por esa razón, toda vez que él desaparecía yo quedaba con el corazón en la boca, temiendo siempre lo peor.

Sentía la necesidad de estar permanentemente a su lado, protegiéndolo; tratando de que no siguiera destruyéndose. Aunque eso, casi siempre, representara un precio muy alto para mí y, sin darme cuenta, terminaba siendo yo el lastimado, el que sufría las consecuencias.

Al sentarme en su sofá, la psicóloga me preguntó cómo me había sentido después de la primera experiencia con la hipnosis. Quería saber si aquello había destrabado algo en mi manera de sentir, si me sentía más liberado. Le dije que no había notado ninguna diferencia en lo que respectaba a mi día a día.

Entonces, me preguntó si me parecía bien que iniciáramos cuanto antes la regresión, para que tuviéramos más tiempo para trabajar y tratar de

obtener mejores resultados que los previos.

Estuve de acuerdo.

Se levantó de su poltrona y fue hasta el armario a buscar el grabador. En el camino de vuelta, quiso saber si había tenido alguno de los sueños recurrentes durante la semana que había pasado.

—Sí, la mayoría fueron pesadillas que ya había experimentado.

Asintió, sin decir nada más.

Posicionó el walkman y se dispuso a comenzar con la hipnosis.

Repetimos el mismo proceso de la semana anterior.

—Ahora, quiero que vayamos al momento en que ese sacerdote te abofeteó —dijo—. A partir de ahí, vamos a regresar, día por día, hasta el instante en que pisaste por primera vez tu escuela parroquial. Vamos a recorrer todo ese tiempo y nos detendremos si sentimos algún tipo de contacto no debido con uno de esos adultos; algún diálogo, algún toque fuera de lugar. Cualquier indicio o acto que nos haga sentir incómodos, molestados.

Se oye un silencio en la grabación.

—¿Podemos verlo? —insistió ella, al cabo de unos minutos— ¿Hay algo que me haya hecho daño?

Yo lo negué, le dije que no había experimentado nada de eso. Pero que, sin embargo, desde el primer día de mi jardín de infantes, cuando vi a un hombre vestido con una sotana, había sentido miedo. No sabía por qué, ya que no tenía memoria de haberlos visto antes.

—Está bien —se resignó—. Entonces, vamos a ir hasta cuándo se inició ese temor. Vuelvo a esa época. La busco dentro de mí.

Pasan varios minutos en que ninguno de los dos dice palabra alguna.

—Veo caballos —digo—. Muchas carretas estacionadas en un predio. Hace calor, tengo mucho hambre. Hace días que no como. Pasa mucha gente a mi lado, pero nadie me mira. Sus vestimentas son pomposas. Quiero que me miren, necesito que me compren algo. Pero pasan a mi lado como si fuera un perro que duerme en la calle. La calle es de tierra, hay mucho

polvo suspendido en el aire, es por los carruajes.

—¿Estás en Mendoza? —pregunta.

—No. Estoy en Buenos Aires.

—En Buenos Aires no hay calles de tierra.

—En esa época había.

Silencio.

—¿Qué más ves?

—Mis cuadros.

—¿Qué cuadros?

—He pintado dos cuadros sobre unos trozos de madera que encontré tirados. He pintado las lavanderas del río. Quiero que alguien los compre para poder conseguir comida y algunas de las pinturas que se me están acabando. Hace calor, tengo hambre. Parece que la estación de trenes no es un buen lugar para venderlos, yo pensaba que sí.

—¿En qué estación estás?

—En la del Ferrocarril del Sud, frente al Mercado de la Constitución.

—¿Estás en Plaza Constitución?

—No se llama así todavía.

Una nueva pausa.

María Luisa se toma un tiempo para seguir hablando; seguramente, para pensar con cuidado la pregunta que me haría a continuación.

—Y vos, ¿cómo te llamás?

—Mi nombre es Giancarlo Rossi.

—Giancarlo Rossi —repite, antes de hacer una nueva pausa—. ¿En qué año nos encontramos? ¿Podés verlo?—su voz se escucha cautelosa, como si hablara con cierto resquemor.

—Es el año 1896, lo dicen las tapas de los diarios.

Capítulo 13

Segunda Parte

OTROS TIEMPOS

1.

Giancarlo Rossi nació en el año 1873, en un pequeño pueblo del norte de Italia llamado Crema. Oyó hablar por primera vez de la Argentina cuando tenía diez años. Sor Pietà, la única de las monjas que lo trataba bien y que le caía en gracia, le había contado sobre una tierra lejana donde su hermano se había radicado hacía algún tiempo. Le describió llanuras inmensas, donde se podía andar por miles de kilómetros sin toparse con ningún cerro, ninguna montaña, ninguna piedra estéril. En ese lugar, la tierra era tan rica, que si se te caía una semilla o el carozo de una fruta, al otro día podías encontrar una planta germinada. Le dijo que allí la población de vacas y de cabras era tan grande, que superaban en una proporción de cien a uno a los pobladores humanos, y que, por eso, se decía que en ese sitio no existía el hambre y que todos los chicos que lo habitaban tenían leche, carne, pan y quesos de sobra para poder alimentarse cuanto y cuando quisieran.

Al escucharla, el niño abría sus ojos sorprendido e imaginaba que si hubiera tenido la suerte de nacer en ese lugar tan increíble, no hubiera tenido que pasar por todas las penurias que había sufrido en sus pocos años y que, quizá, si hubiesen vivido en una tierra tan próspera como aquella, sus padres no se hubiesen visto en la obligación de dejarlo en la puerta de una iglesia cuando era apenas un recién nacido.

Cuando la religiosa se retiró, él observó al resto de los chicos, huérfanos o abandonados, que jugaban harapientos y famélicos en el patio del viejo orfanato y se prometió una vida mejor que la que le había tocado en suerte.

"Cuando sea grande, yo también cruzaré el mar y viviré en ese pueblo; allí, todo será distinto", pensó.

Esa idea nunca se disipó de sus fantasías y se fue haciendo más y más presente a medida que iba creciendo.

Tuvo la suerte de que un día un reconocido pintor de la región de Lombardía, un tal Giuseppe Caccianiga, fuera contratado por el convento. El viejo cascarrabias había llegado a trabajar sin nadie que lo ayudara a montar los andamios para pintar el fresco religioso en el techo de la

pequeña iglesia, por lo que el joven Giancarlo fue designado por la madre superiora como su asistente forzado. A pesar de los retos, los insultos y los malos tratos, al terminar su labor, el célebre don nadie le propuso un puesto fijo de trabajo en el que debía hacer lo mismo que había hecho durante los últimos meses. Sin dudarlo un instante, el adolescente aceptó la propuesta. Lo único que quería era abandonar esas húmedas paredes de piedra en donde había estado prisionero desde el inicio de sus días.

Giuseppe no le pagaba casi nada, pero durante el tiempo que permaneció a su lado le enseñó con dedicación los oficios de su arte.

Al promediar sus dieciocho años, Giancarlo supo sacar provecho de su simpatía y de su buena apariencia, para caerle en gracia a un par de damas influyentes del área donde residía, las que le encargaron una serie de pequeños retratos con los que empezó a juntar algunas liras para poder cumplir su gran sueño: comprar un pasaje en alguno de los tantos buques que zarpaban desde la península itálica, abarrotados de miserables almas que cruzaban el mundo en busca de mejores días.

Finalmente, a inicios del año 1894, partió desde Génova a bordo de un navío llamado Plata, en el que tardaría más de dos meses en llegar hasta su tan anhelada tierra de riquezas y abundancia.

Las cosas en Buenos Aires tampoco fueron fáciles. En aquella época, la capital argentina estaba desbordada de gentes que, como él, llegaban desde los más variados rincones del planeta. A pesar de las promesas del gobierno local de brindar ayuda a los recién llegados, pasado el período de un semana en que se los alojaba de manera gratuita en el hotel llamado "de los Inmigrantes", la gran mayoría quedaba a la buena de Dios. Muchos arribaban con contactos locales, por lo general familiares o amigos que habían llegado antes que ellos y que les facilitaban un trabajo o un techo donde guarecerse hasta que vinieran tiempos mejores.

Giancarlo, sin embargo, no conocía a nadie.

A través de un genovés llamado Rocco que había conocido durante la larga travesía en el barco, pudo conseguir alojamiento en uno de los tantos conventillos que florecían como hormigueros en el barrio portuario de La Boca.

Había viajado con el dinero justo, por lo que de inmediato tuvo que salir a buscar un empleo y aceptar lo que fuera que surgiera. Así, durante dos años, se desempeñó como estibador en el puerto, recolector de estiércol en las calles de su propio barrio y ayudante del almacenero de la cuadra donde vivía. Sin embargo, lo que ganaba le resultaba apenas suficiente para pagarse una pieza donde dormir, para comer más o menos

dignamente y para hacerse una que otra escapada al centro un sábado cada tanto. Durante las noches solitarias y frías se dio cuenta que añoraba el tiempo en que podía malvivir de su arte. En realidad, moría de ganas de volver a pintar. Poco a poco, fue desempolvando los pinceles y comprando el material que le fuera posible para revivir su pasión y matar el tiempo libre retratando escenas de la vida cotidiana de la ferviente ciudad que lo acogía.

Una tarde, una vecina del conventillo, una señora de conocida ocupación libertina, sevillana de nacimiento, pero que todo el mundo conocía como "la gallega", vio de casualidad una de sus pinturas, al pasar frente a la puerta entreabierta del cuarto del joven.

—No sabía que era usté un artista —le dijo.

—Solía serlo —respondió él, avergonzado—. Ahora sólo pinto cuando no tengo nada más que hacer.

—Pues mire usté, yo creo que debería hacelo siempre. Se haría usté millonario. Aquí los rico tienen musho dinero, compran cualquié cosa.

—Grazie —ironizó riendo.

—Oiga, que yo no digo que usté pinte cualquié cosa. Bah, yo no entiendo naa de pintura, pero se ve lindo ese cuadro de ahí. Pa mí, que le dan unas buena moneda.

—Pero dona Engrazzia, ¿cómo llego yo hasta los ricos que tienen mucho dinero?

—Hombre, que é Engracia, con sonido de sol —lo regañó.

—Disculpe…

—Pues no sé… haga como yo, ofrezca su mercancía en la calle, pal mejó postor.

—¿Usted dice nel porto?

—No sea burro, hombre. En el puerto quién le va a comprá, tiene que ir a un luga del centro, donde haiga musha gente de bien. Persona que se vistan elegantemente, no en esta puerca miseria donde vivimo nosotro.

Esa noche, después de la cena, quiso hablar con Rocco sobre el asunto. Él había podido hacer muchos amigos en la ciudad, había comenzado a vestirse mejor y a adoptar hábitos caros; algo debía saber sobre gente de

dinero.

—Pitture? —se sorprendió.

—Certo, quadri d'arte vere e proprie.

—Io non so niente di quadri.

—Pero algo de personas con plata tienes que saber —insistió en su propia lengua—, te he visto rodeado de hombres que se nota que no les faltan los pesos. Y la semana pasada me han dicho que en breve dejarías el conventillo para mudarte al centro, debes estar ganando bien. Quien lo hace, siempre se rodea de gente rica.

—Pues sí, estoy ganando bien —se enorgulleció—, y ya no preciso convivir con esta gentuza.

—Por eso te lo digo —pensó por un instante—. Pero dime, Rocco, ¿no hay un puestito para mí en ese lugar que tú trabajas?

—No creo que a ti te interese lo que yo hago —respondió, haciéndose el misterioso.

Giancarlo observó a su amigo apoyado contra la pared, que no prestaba atención a que se le ensuciaba el traje nuevo, lo vio portando un sombrero a la moda, a pesar de ser de noche, y fumando un cigarrillo importado. Deseaba la misma suerte para él.

—¡Pues, claro que me interesa! Haría cualquier cosa para salir de este agujero.

Rocco lo miró de lado, casi despectivamente, parecía estar analizando a su paisano. Dio un par de pitadas más a lo que restaba del cigarro, lo arrojó a la vereda con mucha gracia y se dispuso a contarle de qué se trataba tan lucrativa labor que realizaba. Al finalizar, le aseguró que si él estaba dispuesto a arriesgarse, vería la manera de meterlo en la banda, ya que "el jefe" lo apreciaba mucho.

Giancarlo permaneció en silencio al terminar de escucharlo.

—¿Y? ¿Qué me dices? —insistió, con aire de dueño del mundo.

De pronto, se había dado cuenta de que no estaba tan dispuesto a hacer lo que fuera para conseguir dinero.

"No he cruzado el Atlántico para terminar preso", pensó.

—A eso sí que no me animo, paisano.

El otro se rio de lado, conservando el gesto de superioridad, y negó con la cabeza, mofándose.

—Es algo que sólo los hombres como yo, dispuestos a todo, somos capaces de realizar.

—Pero, ¿no piensas en que puede atraparte la policía? ¿Y si en un robo alguien te reconoce? ¿No tienes miedo a echar por la borda todo lo que has venido a buscar?

—De lo único que tengo miedo, es de tener que trabajar doce horas por día para ganar cuatro monedas de hambre como tú; y encima tener que soportar a un ruso miserable como tu patrón —expresó.

Por la manera en que habló parecía ser algo que hacía tiempo tenía ganas de decir, a Giancarlo y a todos los pobres que se sometían a semejante yugo, sin rebelarse ante el sistema.

—Es algo pasajero —se defendió el otro.

—Algo pasajero que te tiene atrapado hace casi un año. Antes cargabas bolsas, juntabas mierda… ¿para eso viniste hasta acá? No te entiendo…

Él tampoco podía entender las actividades delictivas de su allegado. Sin embargo, sintió que las palabras que le estaba diciendo poseían una gran cuota de verdad. No se había sacrificando tanto tiempo para alcanzar el otro lado del mundo y seguir pasando miserias.

Tenía que arriesgarse, tenía que hacer una jugada osada con la que pudiera dar un golpe de timón a su destino.

Aquella noche, bajo la tenue y titilante luz de un farol de aceite, se volvió a hacer otra promesa: que al día siguiente le presentaría la renuncia al almacenero y que trataría de ganarse la vida vendiendo sus cuadros. Ya lo había hecho antes en la empobrecida Italia, no le podía ir tan mal en América. Era hora de que saliera en busca de aquello por lo que había venido.

Capítulo 14

2.

Al terminar la regresión de aquel día, María Luisa y yo tuvimos una breve charla sobre lo que había sucedido, no pudimos explayarnos mucho porque se nos acababa el tiempo. Antes, al igual que había hecho la semana anterior, por sugestión poshipnótica, me había pedido que recordara cuanto había dicho mientras estaba "ausente".

Ella se mostraba entusiasmada con lo que había escuchado; yo, sin embargo, me sentía algo consternado.

Todos hemos oído hablar sobre vidas pasadas, pero de ahí a tomarlo en serio hay una distancia enorme y, en mi caso, no era algo que realmente creyera que fuera posible. Todavía tenía demasiadas dudas sobre el asunto. Según mi psicóloga, había vivido un par de experiencias similares con otros pacientes, y que, aunque lo había intentado con muchos más, muy pocas veces había conseguido resultados satisfactorios. También, observó que, según ella, algo de mi vida pasada estaba pidiendo a gritos ser revelado. Me preguntó si estaba dispuesto a incrementar las sesiones a dos semanales, porque quería buscar exhaustivamente lo que fuera que me estaba llamando. Me animó a que le dijera que sí, ya que me aseguraba que mi vida presente mejoraría considerablemente con el tratamiento.

Monté en mi bicicleta rumbo a casa, sintiéndome ausente, como ido; es decir, estaba ahí: veía a los autos, me detenía en los semáforos en rojo y esquivaba a los peatones que se me cruzaban en mitad de la calle, pero mi mente parecía flotar en otra dimensión, en ese otro tiempo en el que, supuestamente, había vivido.

¿Acaso era eso posible?

¿Eran realmente recuerdos de otra vida lo que estaba narrando, o sería el resultado de una mente fantasiosa que había leído demasiado y que era capaz de fabular convincentemente?

En el edificio donde vivía, el sector destinado a guardar las bicicletas estaba en el subsuelo, junto a los depósitos de agua y las bauleras de todas las unidades. Cada propietario le da a ese minúsculo espacio la

utilidad que mejor le pareciera; yo, como la mayoría de los porteños, guardaba allí todo lo que no usaba en mi día a día. Acumulaba desde ropas de otras estaciones del año, a trajes de ballet de uso infrecuente, hasta documentos antiguos, cosas con desperfectos, cajas vacías; en fin, que todo lo que no quería tener en el diminuto apartamento en que vivía, lo condenaba al frío y a la humedad de ahí abajo.

Mientras aseguraba mi bici con el candado numérico, me acordé que en algunas de las tantas cajas acumuladoras de objetos de la baulera debía tener guardado mi antiguo walkman Sony. Después de mucho revolver, primero por ese aparato, después por un par de pilas de la medida correspondiente, saqué de la mochila el casete que María Luisa me había entregado y me senté en el helado piso de cemento alisado para poder escucharlo con la tranquilidad y en la soledad que siempre reinaba en ese rincón escondido de la edificación.

Al terminar de escuchar por segunda vez la grabación de ese día, volví a sumirme en el mismo estado de incredulidad que había tenido casi dos horas atrás y me repetí otra vez más la misma pregunta que había estado haciéndome desde entonces: ¿sería todo eso cierto?

Me quedé un largo rato allí, en silencio e inmóvil, analizando las diferentes posibilidades, sin poder terminar de convencerme de nada.

De repente, uno de esos recuerdos que creemos olvidados llegó repentino a mi mente.

Cuando tenía diecisiete años, el último que conviví con mis padres, hice un viaje con ellos, que, a la luz de los acontecimientos, cobraba una especial importancia que no había sabido ver en aquel momento. Ni bien puse un pie en el aeropuerto de Fuimicino, me sentí como en casa. Luego, algo de cada lugar que fuimos recorriendo en ese país me hizo sentir acogido. Nunca, en los veinticinco días que duró nuestra travesía, me sentí un extraño, un extranjero que visitaba por primera vez una tierra distante. Lo más raro fue que conseguía comprender perfectamente lo que las personas me decían en italiano, sin nunca haber tenido contacto previo con el idioma local. Mi madre lo atribuyó a que me había mandado a estudiar inglés siendo muy pequeño, “se te agiliza el cerebro para comprender otras lenguas”, aseguraba. Lo cierto, era que esa cualidad inesperada nos ayudó mucho en el recorrido por la península y que, con el correr de los días, se me fue haciendo fácil también hacerme entender, no llegué a hablar la lengua de Da Vinci, pero había adquirido suficientes vocablos como para comunicarme con comodidad.

Recuerdo haberlo conversado con ellos durante una cena en Florencia.

—¿No les pasa que se sienten como si estuvieran en su propia tierra?

Mis padres se miraron divertidos.

—Puede ser, pero lo mismo me pasó en España —aseguró mi papá.

Mi ascendencia familiar, tanto por parte de padre como de madre, es cien por ciento española. Sin embargo, yo no me había sentido de esa manera tan particular al visitar la Madre Patria.

—No sé… a mí, es la primera vez que me pasa —expliqué.

—Es que nuestras costumbres son muy tanas —intervino mi mamá—. Nos juntamos los domingos para comer pasta, la pizza, las milanesas, la nonna, el Vaticano. Nos han criado casi como italianos viviendo en Sudamérica.

Y un poco de eso es verdad, por lo que di por concluido el asunto. Después de todo, no era más que otro tema pasajero de una charla sin sentido.

Sin embargo, y ese era el recuerdo que había vuelto esa tarde cuando estaba sentado en el piso de la baulera, dos semanas más tardes, algo muy extraño iba a suceder.

Habíamos salido a recorrer Roma y después de visitar el Coliseo, fuimos caminando por la Via del Fori Imperiali hasta la Piazza Venezia y nos topamos con el imponente Monumento a Vittorio Emanuele II. Como todo turista, nos aventuramos a subir esas interminables escaleras de mármol blanco, a acercarnos a las incontables estatuas, a sacarnos cuanta foto se pudiera y a disfrutar de las increíbles vistas romanas desde ahí arriba. Luego, decidimos visitar el museo a la Unificación de Italia, en la cima de dicho monumento, pasando por las colosales columnas corintias. Nos tomamos nuestro tiempo para recorrer cada rincón del llamado Altare della Patria y, cuando vimos que ya no había más nada para ver, decidimos seguir con nuestra caminata previa. Entonces, no me acuerdo muy bien cómo, pero descendiendo por uno de los costados del gigantesco monumento, nos topamos con el Museo Nazionale dell'Emigrazzione Italiana. No parecía gran cosa, pero algo me llevó a pedirle a mis padres que entráramos. Sentí curiosidad, aunque esa parte de la historia nada tenía que ver con nosotros, que proveníamos de la otra gran península europea.

Lo que pasó fue inexplicable y hasta hoy mi madre lo recuerda con sorpresa. No pude parar de llorar desde el mismísimo instante en que nos adentramos en aquel lugar. Cada fotografía, cada carta, cada documento,

cada pequeño objeto que se exhibía para intentar contar los años de masivas migraciones desde Italia hacia, principalmente, América, me llegaba de un modo que no tenía forma de describir. Mamá llegó a asustarse, porque la congoja que me había invadido era tal, que demoró varios días en abandonarme.

Recuerdo, incluso, que, al no poder explicar lo que sentía, me excusé diciendo:

—Es que, en esa época, se partía para siempre. Una vez que te ibas casi no había vuelta atrás; y tardabas meses en llegar de un punto a otro, no como ahora que te subís a un avión y en doce horas llegás. Entonces, cuando decidías irte, era como si terminara una vida y comenzara una nueva.

Pero, ¿cómo sabía yo aquello?

¿De dónde había sacado tales conceptos si siempre había vivido en mi propio país?

Como todo, el tiempo fue pasando y aquella anécdota se perdió en los intrincados laberintos de mi cerebro. Hasta esa tarde, en que volvió como una revelación hasta mí, diciéndome: "ahora sabés por qué te pasó aquello; ahora tenés frente a vos la explicación".

¿Era realmente así?

¿Había sido yo también un inmigrante italiano de finales de siglo diecinueve?

¿Recordaba mi alma el doloroso desarraigo y la pérdida terrible que representa dejar atrás la tierra que nos vio nacer?

Y si así era, ¿qué había sido de la vida de ese joven italiano que se aventuró a cruzar la inmensidad de un océano buscando cumplir el sueño de toda su existencia?

¿Por qué sentía, de pronto, de nuevo, esa tristeza y esa melancolía tan grande que había encontrado en Italia?

¿Era de aquella época también el hombre que se me aparecía en todos y en cada uno de mis sueños? ¿Quién había sido él?

Eran demasiadas dudas y necesitaba encontrar con urgencia las respuestas a todas ellas.

De repente, sentí que no sería capaz de esperar hasta mi próxima sesión de terapia. Los pocos días restantes hasta que llegara el lunes, se me iban

a hacer interminables.

Capítulo 15

3.

Tres meses atrás, Giancarlo había escogido los cuadros que más le gustaban del pequeño atelier montado en su cuarto, los había colocado bajo el brazo y se había subido con ellos al tramway tirado a caballos que lo llevaría desde La Boca hasta la recientemente inaugurada estación terminal del Ferrocarril del Sud. Había pasado una vez por allí y le pareció que aquel elegante edificio de reminiscencias europeas podía ser un buen lugar donde conseguir potenciales clientes. Después de todo, tenía un gran mercado en frente y pasaban por allí muchas personas.

Habiendo vendido una sola de sus obras en todo ese tiempo y a un precio que resultaba casi una ofensa, venía analizando hacía ya un par de semanas la posibilidad de cambiar de lugar de trabajo; tal vez el mercado de San Cristóbal o el nuevo Abasto, ya que había escuchado que los vigilantes corrían a los vendedores de la Plaza de Mayo desde que habían demolido la Recova Vieja. No quería tener problemas con las autoridades, por lo que decidió darle a la estación de trenes una semana más, si lograba vender por lo menos otro cuadro a un monto suficiente como para pagarle los meses de alquiler adeudados a la signora Carmina y comprar algo de alimento para matar el hambre que le hacía doler las tripas, estaría conforme y se quedaría en ese mismo lugar.

Un par de hermosos caballos negros se detuvieron justo frente a él y, por la ventanilla del reluciente coche que tiraban, se asomó el rostro de una refinada dama, que miró directo hacia él y sus pinturas apoyadas en el piso. Mientras el cochero se disponía a descargar el equipaje de la parte trasera del vehículo e ir amontonándolo sobre la vereda, un niño con un carro se acercó para ofrecer su ayuda. Entonces, un hombre elegantemente vestido, abrió la puerta y salió del coche, haciéndole un gesto al pequeño para que comenzara a acomodar los baúles y maletas para su transporte al interior de la estación. Tras él, descendió la mujer, que lucía un gran sombrero con plumas y un vestido hecho de una tela tan reluciente, y evidentemente cara, que el joven italiano nunca había visto desde su arribo a esas tierras. Sin ninguna duda, esas eran personas de mucho dinero y la mujer no quitaba los ojos de los cuadros que había pintado un mes atrás desde una barranca, observando a las lavanderas mulatas intentando blanquear las ropas de sus amos con los pies hundidos en las lodosas márgenes del río.

La dama se le acercó sonriendo y se inclinó frente a la pintura más grande.

—¿Qué vale? —preguntó.

Giancarlo se puso nervioso y se dio cuenta de que no sabía realmente cuánto pedir por su trabajo.

—Lo que la señora quiera pagarme.

—¿Los pintó usted?

—Sí, señora —se puso de pie y se quitó la boina de la cabeza como señal de respeto—. Pinto desde que era muy chico, me enseñó un reconocido artista de mi tierra.

—¿Y cuál es su tierra?

—Lombardía, señora, Italia.

—Caro mío —la mujer se volteó hacia su marido—. Questo ragazzo viene dalla tua terra.

El hombre se acercó con cautela, echando una mirada rápida a las pinturas y luego depositando su atención en el muchacho.

—Sei da Bergamo? —preguntó.

—No, caballero —respondió en la misma lengua—, soy de Crema. Pero mi maestro era de Bérgamo, y he trabajo mucho allí, he retratado a grandes damas de esa elegante y refinada sociedad.

Era obvio que Giancarlo buscaba caerle en gracia a sus interlocutores, que se miraron con complicidad.

—¿A qué damas ha pintado usted de mi ciudad? Tal vez conozca a alguna —pareció divertirse el hombre.

—A la Condesa Frattini, a la Signora Montanelli, a la tía del Arzobispo Romilli.

—¿Domenica Frattini?

—¡Ella misma! Y hubiese pintado a la hija más pequeña, pero lamentablemente la perdimos muy joven.

La elegante dama volvió a mirar a su marido con una sonrisa cómplice.

—¿No es ella tu tía favorita?

—Tía abuela, pero sí, uno de mis familiares más queridos.

—¡Qué casualidad, qué chico es el mundo! —se entusiasmó Giancarlo.

—Un grano de sal —contestó el hombre.

—¿Y tienes algún retrato para ver? —quiso saber la mujer.

—No los he traído, porque nunca pude vender ninguno. El único cuadro que he vendido hasta ahora era uno de las lavanderas, por eso pinté dos más.

—¡Qué pena! —se lamentó ella.

El cochero se acercó hasta los señores y le hizo al hombre un comentario en voz muy baja.

—Gracias, Nicanor, acompáñelo hasta la sala de embarque y aguárdennos allí, que pronto nos uniremos en vuestro encuentro. Vea con Mr. Thompson si nos consiguió los camarotes que le pedimos, no viajaremos en otro.

El esmirriado empleado hizo una reverencia y se adentró en el inmenso hall de la estación en compañía del pequeño cargamaletas que parecía no tener suficiente fuerzas para empujar el carro con tanto equipaje.

—Entonces, pinta usted también retratos… —prosiguió la mujer.

—Es mi especialidad. Si la señora gusta, podríamos coordinar para que pintara uno suyo, ¡o de ambos! Realmente, son una pareja muy distinguida; para mí, sería todo un honor hacerlo.

—Lamentablemente, nos estaremos marchando de la ciudad en un par de horas —intervino el caballero.

—Amore… —lo interrumpió la esposa— aún no me has regalado el retrato prometido antes de nuestro casamiento.

—Lo sé, lo tengo muy presente y ya encontraremos el tiempo y el artista indicados para llevarlo a cabo.

La mujer le ofreció una sonrisa algo tensa al joven pintor y tomó de un brazo a su esposo, alejándolo algunos metros. Discutieron durante un sólo minuto; tras el cual, ella volvió a acercarse, esta vez con la mano

derecha, enfundada en un guante de seda, estirada hacia el artista y una evidente satisfacción dibujada en el rostro.

—María Teresa Casares de Durando, mucho gusto. ¿El señor es…?

—Eh… Giancarlo Rossi —respondió, limpiándose el sudor de la palma de la mano con la tela de la ropa—, encantado.

El joven le estrechó la mano a la señora e inmediatamente se estiró para saludar al señor.

—Giovanni Gaetano Durando di San Marco —respondió el otro.

—Y dígame, estimado signore Rossi, ¿qué compromisos tiene usted en la ciudad de Buenos Aires? —inquirió Teresa.

—Ninguno —dudó.

Ella abrió el abanico que hasta ese momento portaba cerrado y se refrescó el rostro mientras pensaba.

—¿Y cómo podemos hacer para ver alguno de sus, seguramente, excelentes retratos? —quiso saber.

—Los tengo en mi cuarto, en el conventillo, debería ir a por ellos. Aunque demoraría unas dos horas entre la ida y la vuelta.

—Ya veo. Y suponiendo que sus retratos sean de mi agrado, ya que me complace su paleta de colores y la técnica de su trazo, ¿tendría usted algún inconveniente en dejar la ciudad y trasladarse con nosotros hacia el interior de la provincia, hacia la estancia de mi familia, para realizar allí una serie de retratos, tanto de mi persona en solitario, como de mi amado esposo y de ambos?

Los ojos de Giancarlo se abrieron enormemente y brillaron ante la posibilidad que se le presentaba. De inmediato, trató de disimular el entusiasmo y de hacerse el comprometido con otros trabajos, tal como le había enseñado su maestro.

—El suyo es un ofrecimiento excepcional, pero dejar la ciudad… no sé si realmente me conviene, tengo otros encargos en ciernes.

Contrario a sus palabras, por dentro rogaba no perder semejante oportunidad y no echar a perder la única luz de esperanza que habóa aparecido frente a él en los últimos dos años.

—Hagamos una cosa —medió Giovanni—, nuestro chofer lo llevará hasta su domicilio, para que podamos hacer más rápido y que no perdamos el

tren. Le aconsejo que, por las dudas, vuelva usted cargando las pertenencias que desee llevar consigo, en caso de viajar con nosotros; mientras tanto, hablaremos con el encargado de la línea para ver si hay algún lugar para usted en este mismo tren o en el siguiente y, en todo caso, para que demore la partida del convoy hasta que usted vuelva, ¿le parece bien?

—Puede ser…

—Luego, discutiremos su paga —continuó.

—Caro mío, por favor —intervino Teresa—, no es educado ni cortés hablar de dinero en este momento. Si nos apeteciera contratarlo —se dirigió al pintor—, ese no sería ningún inconveniente.

Giancarlo, debió hacer esfuerzos por contener la sonrisa entusiasta que pretendía surgir en su expresión.

—Giovanni, amore, por favor, comunícale a Nicanor el cambio de planes, no quiero que demoremos demasiado la partida del ferrocarril; si lo perdemos, mi madre nos fusilará con sus propias manos, seguro que hace más de un mes que está preparando nuestra bienvenida.

Capítulo 16

4.

Rocco se encontraba fumando uno de sus cigarrillos importados apoyado en la puerta del conventillo, mientras vigilaba los movimientos del barrio. Se repetía a sí mismo que siempre había que estar atento a las actividades de los demás vecinos porque nunca se sabía cuando podía surgir una buena oportunidad para sus intereses.

De pronto, un reluciente coche negro tirado por dos caballo de pura sangre, giró en la esquina y llamó su atención. Se incorporó para mirarlo más detenidamente. Debía saber hacia dónde se dirigía semejante carruaje para después tratar de obtener mayores detalles sobre sus ocupantes.

El vehículo se detuvo justo frente a él y sus ojos se abrieron de un tamaño inhumano al ver surgir de dentro al miserable y andrajoso de su paisano.

—No voy a demorar mucho —le dijo Giancarlo al cochero, quien apenas respondió inclinando su cabeza.

Rocco se abalanzó sobre el recién llegado.

—¿De dónde has sacado ese coche? —inquirió en el idioma natal de ambos.

—Es de una pareja que quiere contratar mi trabajo —respondió el otro, sin detenerse ni prestarle demasiada atención.

—¿Qué trabajo? ¿Esos dibujos que realizas?

—Son pinturas, no son dibujos… Sí, esos mismos.

Mientras Giancarlo cruzaba el patio central del conventillo y subía de dos en dos los escalones de la crujiente escalera en dirección a su pieza en el piso superior, el otro no le perdía pisada.

—¿Y traerás aquí a esas personas? ¿Me las presentarás?

—No, paisano; yo iré a trabajar al domicilio de ellos.

—Podría acompañarte y ayudarte en lo que precises.

Giancarlo detuvo su andar acelerado al adivinar las intenciones del otro. Lo miró algo desafiante directo a los ojos.

—No preciso asistente, gracias. Además, no trabajaremos en la ciudad.

Su interlocutor se quedó sopesando la respuesta, no reaccionó de inmediato, por lo que el artista aprovechó para abrir la puerta de su cuarto y comenzar a pensar en cómo llevarse todo lo que allí tenía. La verdad es que no era mucho; sin tomar en cuenta sus elementos de trabajo, poseía apenas dos cambios de ropa, además de las prendas que llevaba puestas y un rosario de madera que le había regalado sor Pietà el día en que se marchó del orfanato. Giancarlo no creía en Dios; desde chico se había dicho que si realmente hubiera existido uno, no hubiese permitido que tantos niños fueran abandonados por sus padres. Además, qué tipo de dios tenía a su servicio a gente tan mala como los curas y las monjas que había conocido. No era por eso que conservaba el rosario, sino porque la religiosa que se lo había regalado era la única persona en el mundo que él consideraba casi como una familia. Al pensar en ella, se prometió que pronto le escribiría una carta, cuando tuviera el dinero para pagar el servicio postal.

Lo más trabajoso de llevarse serían los cuadros, los pinceles, las pinturas. El bolso de cuero que lo había acompañado en su travesía en barco apenas sería suficiente para unas pocas cosas.

Comenzó a guardar las cinco miserables ropas que poseía, se metió el rosario en el bolsillo del pantalón y seleccionó los elementos que llevaría consigo.

—¿Qué haces? —inquirió Rocco.

—Guardo mis cosas…

—¿Acaso te mudas?

—El tiempo que dure mi trabajo.

—¡¿Y te piensas ir sin avisarle a nadie adonde vas?! ¡Mal agradecido!

—Che cosa è tutto questo trambusto?! —vociferó la signora Carmina desde el otro lado de la puerta abierta del cuarto.

—Disculpe usted el alboroto dona Carmina —titubeó Giancarlo—, es que he conseguido un buen trabajo con el que podré pagarle los meses que le adeudo y cubrir también los que me encuentre ausente.

—Pero, ¿cómo? ¿Te marchas? —se sorprendió ella.

—¡Es lo que le estoy diciendo! —intervino el otro hombre.

—Scompare! —la mujer le dio un coscorrón en la cabeza al entrometido— ¡Sal de aquí, siempre con las narices donde no te llaman!

—¡Eh! —se quejó del golpe.

—Paisano, permíteme arreglar unos pendientes con la signora, luego converso contigo —pidió amable el artista.

Rocco masculló una protesta y abandonó el cuarto, aunque se quedó a unos pocos metros de la puerta, en el pasillo que unía el ingreso a todas las piezas y que daba al patio de abajo.

—Mio figlio —dijo la mujer, acercándose unos pasos y colocando una mano sobre el hombro del muchacho de manera maternal—, no te preocupes por el dinero, de aquí nadie te ha corrido; donde come mi familia puede comer uno más, no precisas marcharte.

—Lo sé, dona Carmina, y le agradezco mucho la comprensión de siempre, pero se me ha presentado una buena oportunidad que puede ayudarme para el futuro. Lamentablemente, deberé trasladarme un tiempo a las afueras, un mes tal vez. Le prometo que ni bien reciba mi primera paga, le giraré el dinero. Luego, volveré a hospedarme aquí, si usted me lo permite.

La mujer hizo chocar sonoramente sus manos que acercó al rostro regordete y dibujó en él un gesto de tristeza desmesurado.

—Claro que sí, esta es tu casa.

—Le dejaré como garantía la mayoría de mis cuadros, cualquier cosa puede venderlos —en verdad, no tenía cómo llevárselos con él.

—Ash, smettila di parlare senza senso —se quejó la mujer, exagerando la intención de comenzar a llorar—Vieni qui!

Lo apretó en un abrazo que aprisionó con demasiada fuerza su cuerpo delgado contra la rolliza humanidad de ella.

Giancarlo prometió mantener a la mujer al tanto de lo que sucediese y le advirtió que podía regresar esa misma noche, si decidían no contratarlo.

Ella le aseguró que eso no ocurriría.

El joven contempló, mientras descendía por las escaleras, el patio derruido de la vieja casona donde había pasado los últimos dos años de su vida y sintió una sombra de nostalgia. Aunque se prometió que cuando regresara, su situación sería muy diferente a la de ese momento. El de aquella tarde, era un paso cierto en el camino a afianzarse como un artista en esa nueva tierra.

Rocco insistió en ayudarlo a cargar en el coche los dos cuadros de retratos que llevaba consigo, ante la mirada impávida del cochero, que desde la primera oteada había adivinado el tipo ventajero del robusto italiano con sus falsas vestiduras de señor de bien.

Giancarlo apoyó su raído bolso en el piso del interior del coche y volvió hasta la puerta a fundirse en otro abrazo con la dueña de la casa.

—Me saluda a sus hijas y al resto de los vecinos. Prometo que volveré pronto.

—Ve con Dios, hijo mío. No dejes de escribir.

—Claro que no…

—Me envías la dirección para que pueda visitarte —lanzó Rocco, antes de estirar la mano para despedirlo.

—Claro, ni bien sepa dónde estaré afincado.

Se saludaron y Giancarlo se dispuso a subirse al coche. Una vez sentado, Nicanor, que había permanecido parado junto al estribo todo el tiempo, cerró la puerta e hizo una reverencia a la señora antes de ocupar la dirección de los caballos.

Cuando el carro comenzó a alejarse, el joven volvió a sentir una sensación de nostalgia en el medio de su pecho, la misma de un instante atrás. Idéntico sentir al que lo había invadido en el momento en que vio el buque que lo transportaba distanciándose del muelle del puerto de Génova.

En aquel momento, se preguntó si alguna vez volvería a pisar la tierra que lo había visto nacer. No supo qué responderse.

En este otro instante, trataba adivinar qué sería lo que lo aguardaba en el futuro inmediato.

“Cualquier cosa que venga, será mejor que lo que has pasado hasta ahora”, se animó.

Sin embargo, siempre había cargado consigo esa sensación de desarraigo que lo invadía. No era algo reciente. No había nacido al ver un océano interponerse entre él y su lejana Italia. Ese sentir oscuro y doloroso había venido a este mundo junto con él y lo había acompañado a todas partes.

Suspiró, mientras observaba la rutina bulliciosa del barrio tras el cristal de la ventanilla, anhelando el día en que ya no se sintiera un extraño en su propia existencia.

¿Llegaría ese tiempo?

¿O sería por siempre el hijo no deseado, el hombre que parecía no tener permiso para soñar, para desear, para amar, para elegir cómo vivir la vida del modo en que sentía?

Capítulo 17

5.

Al llegar a la terminal de trenes había otro hombre aguardando el carruaje. Casi sin pronunciar palabras, Nicanor le cedió las riendas con las que venía dirigiendo los caballos y luego ayudó a Giancarlo a descargar sus trastos. Ambos se adentraron en el inmenso y lujoso hall de la reluciente estación y, aunque ya había estado allí, el joven inmigrante volvió a sonreír pensando en cuánto le agradaban los enormes espacios de los edificios del Nuevo Mundo.

Pasaron a través de una puerta giratoria y se adentraron en un gigantesco salón atiborrado de mármoles, maderas y vitrales. En una habitación contigua, que parecía más la sala de una lujosa mansión parisina que un sector determinado en una dependencia ferroviaria, aguardaban Giovanni y Teresa. Aquella, en realidad, era una sala de espera exclusiva para cierto sector de la sociedad porteña, que en esa época hacía uso frecuente de los servicios del ferrocarril.

Teresa dibujó una amplia sonrisa al verlos ingresar y se puso de pie, mientras se abanicaba para mitigar el calor de esa jornada de octubre.

—Justo a tiempo, en media hora partirá el tren —dijo.

—Gracias, señora, he traído los retratos —se adelantó el pintor.

Nicanor, que venía cargándolos, dio dos pasos hacia el frente y los desplegó ante su ama. La mujer echó una mirada rápida y se volvió hacia su marido.

—¡Espléndidos! ¿No te parece, amore mio?

Desde un cómodo sillón de pana roja, el adinerado italiano sonrió a su mujer y se limitó a asentir con un gesto.

—Tenemos un pequeño problema, estimado signore Rossi —continuó la dama.

Giancarlo sintió su ánimo desplomarse y la expresión de felicidad que llevaba hasta ese momento se desdibujó de inmediato. Lo primero que le vino a la mente era que se habían arrepentido de llevar adelante la ventajosa propuesta planteada más temprano.

—Oh, lo entiendo —musitó—. No han sido de su agrado.

—¡Claro que sí, hombre! He dicho que son espléndidos. El problema es que el tren partirá colmado de pasajeros y no hemos podido conseguirle un camarote digno para su descanso. Mr. Thompson nos propone cederle un espacio generoso en uno de los majestuosos coche Pullman, donde viajaría usted en compañía de nuestro estimado Nicanor, o si no aguardar al servicio de la próxima semana donde podrá contar con un recinto más digno y confortable para tan largo viaje hasta el sur de la provincia.

—No se preocupe, señora, cualquier lugar está bien para mí. No tengo grandes pretensiones.

Giancarlo recordó las inhumanas condiciones de la tercera clase en que había navegado por más de dos meses; su calor sofocante, las enfermedades, el llanto constante de los niños, el olor nauseabundo por la falta de higiene tanto del lugar como de sus ocupantes.

—Debería tenerlas, signore Rossi; es usted un verdadero artista y merece mucho más que estar ofreciendo su encantador arte en las calles de esta ciudad.

—Le agradezco mucho, señora Casares de Durando, de verdad.

—Tonterías, llámeme Teresa. Cuando conozca a mi madre podrá hacer uso de todas las formalidades dictadas y por dictar. Prepárate, cariño —se volvió hacia su marido, que rio con mesura, colocando los dedos pulgares de sus manos en los bolsillos del chaleco de su traje claro.

—He tratado con lo más insoportable de la realeza europea, sé cómo manejarme, créeme. Además, no hay mujer que se resista a mis encantos.

Teresa negó con la cabeza y blanqueó los ojos; Nicanor contuvo una sonrisa sarcástica, conocía muy bien a la madre de su ama.

La elegante mujer alzó su mano enguantada y un sirviente, que había permanecido discretamente inmóvil en un rincón, se aproximó hasta ellos.

—¿Entonces, prefiere usted viajar hoy con nosotros, signore Rossi?

—Sí, sí, señora Teresa; lo prefiero.

—Estupendo. Estimado caballero, dígale usted a Mr. Thompson que tomaremos los cuatro lugares de Pullman que nos ofrece y los dos camarotes previstos para el señor y para mí, respectivamente. Y ya

pueden ir acomodando nuestros equipajes según lo convenido.

El joven empleado se inclinó levemente y salió del cuarto tan rápido como le fue posible.

—¿Dónde han dejado sus maletas, maestro Rossi?

—Sólo traje este bolso, señora —se avergonzó Giancarlo.

—¡Dios mío, qué practicidad! Deberíamos aprender de los artistas, mi querido; dicen que viajar leve es andar con libertad por la vida.

—Sobre todo tú deberías aprenderlo, amada mía —dijo el hombre poniéndose de pie y alisándose las prendas de lino con las manos mientras dejaba escapar un suspiro— Creo, que ya podemos ir acomodándonos en el tren para poder estar listos en el momento de la partida; odio andar con prisa. ¿Son puntuales los servicios aquí?

—Amore, las líneas son inglesas, funcionan con tanta exactitud como el Big Ben.

Giovanni hizo un gesto con la mano, invitando a los demás a adelantarse hacia la salida; a su vez, Giancarlo y el chofer se hicieron a un lado para permitir el paso de la señora que agradeció con una pomposa sonrisa.

Capítulo 18

6.

Nicanor y Giancarlo ocupaban dos asientos enfrentados, con un lugar libre al lado de cada uno. "Para que puedan viajar más cómodos", había dicho la señora.

Desde su ubicación, el joven podía ver los dos andenes que en ese entonces tenía la que más adelante sería llamada Estación Constitución, por entonces del Ferrocarril del Sud. No había mucho movimiento, dado que los guardas de la empresa inglesa pedían a los pasajeros que fueran abordando a medida que llegaban a la formación. Bajo ningún motivo se podía salir con atraso.

El chofer no era un hombre de muchas palabras, apenas se había limitado a pedir permiso para colocar una pequeña maleta en el portaequipajes que se disponía arriba de las ventanillas y, desde hacía diez minutos, miraba hacia afuera con el rostro carente de cualquier expresión.

Giancarlo ladeó su boca y, soltando con aburrimiento el aire por la nariz, recorrió el lujoso vagón de asientos tapizados con terciopelo, pesadas cortinas al tono enmarcando las ventanas, candelabros de cristal colgando desde el techo, y lustrosas paredes de madera decorada. Se vio rodeado de todas esas personas que lucían con tanta elegancia sombreros y ropa cara y se aseguró que pronto se sentiría más cómodo entre ellos.

"Ya no seré como un cerdo embarrado entrando en una tienda de cristales".

Afuera se oyó el chiflido estridente de un silbato y el grito de un hombre anunciando la partida. De inmediato, sonó la bocina de la locomotora y un sacudón indicó que el tren se ponía en movimiento. El flemático Nicanor sacó un reloj del bolsillo de su saco y sonrió con satisfacción al cotejar la puntualidad del servicio. Al volver a guardarlo, cruzó la mirada con la de su joven acompañante que lo observaba con disimulo.

—Tenemos largo viaje por delante —dijo.

—¿Cómo se llama el lugar al que vamos? —preguntó con timidez el italiano.

—La estancia de los señores se llama San Jacinto.

—Oh… ¿y el nombre de la estación donde bajaremos?

—La finca tiene su propia parada, dado que el pueblo más cercano queda a varios kilómetros, seguramente nos esperarán allí varios criados con dos coches o más, como es de costumbre.

—Nunca oí que una estancia tuviera su propia estación de trenes.

—Es más bien una pequeña parada, no llega a ser una estación. Vea usted que cuando los ingleses negociaron con el señor para que las vías pudieran pasar por sus tierras, el amo exigió la construcción del andén y la del edificio de espera. El convoy sólo se detiene allí cuando alguien de la casa principal viaja, sino sigue de largo y cruza por parte del territorio de los campos de la familia.

Giancarlo pensó que moría de ganas de ver tanta grandilocuencia, deseaba preguntar más, saberlo todo sobre el lugar, las costumbres, conocer algo más sobre los señores. ¿Serían esas personas tan ricas como parecían?

En cuanto al campo, ¿acaso era cierto todo lo que le había contado en el orfanato la joven monja cuando él era apenas un niño?

El vagón se sacudió de pronto, por lo que el artista miró a través del vidrio y vio que estaban pasando por un puente de acero que se extendía sobre el Riachuelo, más allá podía observarse la tarde cayendo sobre los techos de un miserable caserío que parecía interminable.

—¿Cuánto demoraremos en llegar? —quiso saber.

—Si todo sale bien, serán unas doce horas.

Pensó que podría dormir la mayoría de ellas y con eso tratar de engañar al tedio.

La luz del sol se fue diluyendo justo cuando se empezaban a distinguir las amplias planicies pampeanas. Giancarlo, que estaba ansioso por contemplar el inacabable terreno, apoyó su cabeza contra el vidrio y se dormitó pensando en que debía esperar apenas un día más para conocer el paisaje que tantas veces había delineado en su mente. Se sintió satisfecho al considerar que, además de los retratos de la señora y los familiares, buscaría el tiempo para pincelar bucólicas escenas campestres.

Una mano le rozó el hombro y, al abrir los ojos, vio que un hombre de impecable traje azul y gorra ferroviaria estaba tratando de despertarlo, miró hacia el asiento de enfrente y vio que Nicanor se había marchado.

—¿Es usted el señor Rossi?

—Sí, sí; soy yo —respondió con voz dormida.

—La señora Casares de Durando gustaría de saber si sería usted tan amable de acompañarla a ella y a su señor esposo durante la cena de esta noche en el coche comedor.

—Claro, ¿cuándo debería ir? ¿Y dónde queda ese coche?

—Ya lo están aguardando. Pasa usted el siguiente vagón Pullman, los tres de camarotes y luego encontrará el comedor de primera clase. Es hacia ese lado, si va para el otro llegará al de la clase turista.

—No me perderé, muchas gracias.

—¿Desea usted que lo acompañe?

—No está bien, le agradezco.

Esperó a que el guarda se hubiera marchado y se levantó para dirigirse al recinto donde lo esperaban. Abrió el portaequipajes para llevar consigo su bolso, pero vio que el chofer había dejado allí su maleta, por lo que supuso que la gente de dinero no andaba cargando sus cosas por todos lados por miedo a que los roben. Indeciso, volvió a cerrar la tapa y dejó sus pertenencias en donde estaban.

Empezó a caminar por sobre la alfombra del pasillo acompañando con su cuerpo el bamboleo incesante del tren. Imaginó que la señora querría comenzar a idear los motivos que usarían para las pinturas. Se sintió algo nervioso, la última vez que había hecho un retrato por encargo había sido unos cuatro años atrás y, entonces, podía recurrir cuando quisiera a los consejos de su maestro. Mientras pasaba al siguiente vagón, se prometió que todo saldría bien, recordó lo amable que el matrimonio Durando había sido con él desde que se los había cruzado más temprano y consideró que ya era hora de que el destino comenzara a inclinar el tablero a su favor.

Estar allí era un buen indicio de ello.

Capítulo 19

7.

Al llegar al coche comedor, uno de los empleados del servicio le impidió el paso.

—El restaurante para los de su clase está del otro lado —le dijo, lanzando las palabras con el mayor tono de desprecio posible.

Giancarlo se sintió tan humillado que comenzó a tartamudear y notó que de pronto se le había olvidado el apellido de los señores.

—¡Señor Rossi, estamos aquí! —lo llamó Teresa.

Aunque le cedió el paso, el camarero continuó mirándolo con la misma actitud de asco que había dibujado desde que fijó sus ojos sobre el joven artista, quien ya había pasado por situaciones similares durante toda su vida y había anhelado que en América las cosas pudieran ser diferentes; sin embargo, desde su arribo se había sentido aún más marginado; allí no sólo era pobre, sino también un recién llegado a un país pujante y rico proveniente de uno de los países más hambreados y menospreciado del Viejo Continente.

—¿Qué era lo que sucedía? —preguntó la señora cuando él ocupó el lugar en la mesa que ella le señalaba amablemente.

—Creo que me vio cara de ladrón o algo así, porque no me permitía pasar.

Teresa sacudió su cabeza con indignación y echó una mirada rabiosa hacia el camarero.

—No es culpa de ellos, han sido educados para disgregar a sus propios pares —lo disculpó Giovanni.

—Tal vez sea porque mis ropas están algo desgastadas, es comprensible —agregó Giancarlo.

—Mire, estimado maestro coterráneo —respondió el hombre—, si hay algo que he aprendido en todos estos años de tratar con gente que se cree superior a los demás, es que hay que darles un poco lo que ellos quieren, parecer un igual, para poder vencerlos desde adentro.

—Disculpe, señor, ¿a quién hay que vencer? —dudó Giancarlo.

—A tanta gente… Pero principalmente a los que se aprovechan de la necesidad de los que menos tienen y los explotan. Hay que aprender de los franceses, que desde hace cien años tomaron la delantera, haciendo rodar cabezas.

—Si me permite, señor, no creo que la violencia sea una solución para ninguna cuestión.

—No me diga que usted apoya a Humberto…

—¿El rey? ¡Claro que no! Creo que deberíamos poder elegir a quienes nos gobiernan, como sucede aquí, y también poder controlar sus acciones para poder cambiarlos.

—Pues bien, a eso me refiero. Ya no somos egipcios para estar creyendo que los reyes son seres divinos, justos e infalibles. Por eso, uno que tiene la capacidad de darse cuenta de lo que está mal, debe aprovechar la situación en que ha nacido y encontrar la debilidad desde dentro del caldero mismo del poder, cual caballo de Troya.

—¡Y aquí, ahora, ha asumido nuevamente Roca! —se indignó Teresa—, ¿puede usted creerlo? Lástima que las revoluciones contra su régimen hayan fracasado en la década pasada.

Un matrimonio de gente mayor que parecía entender el idioma italiano en el que mantenían la conversación y que cenaba en una mesa contigua, los miró de la misma manera en que el empleado de la puerta había mirado al pintor momentos antes. Los tres se percataron de la actitud hostil de sus vecinos, por lo que Teresa levantó su copa de vino hacia ellos y les sonrió irónicamente.

—Qué bueno que en Europa algunas mujeres nos hemos acostumbrado a opinar de política en público, ¿verdad?

—Teresa, por favor, no te pongas a su altura; estás haciendo lo contrario de lo que venimos hablando que hay que hacer, debes mostrarte amistosa y darles la facada cuando menos lo esperan.

—Tienes razón, querido —suspiró—, es que no puedo contener mi genio. Esperemos que con la llegada del siglo veinte, este país cambie.

—Yo no entiendo nada de política —se disculpó Giancarlo.

—Pues debe comenzar a entender, amigo mío, porque es el único medio

para hacer que esta sociedad en que vivimos sea más justa.

—Mi querido Giovanni tiene unos pensamientos muy adelantados a este tiempo y que coinciden con los míos, por eso nos hemos enamorado. El día en que lo conocí, lo escuché hablar en un meeting del partido socialista en Milán y me dije: ese hombre debe ser para mí. De modo que me acerqué y le pedí para que me invitara a un paseo.

—¿Usted se lo pidió a él?

—Como lo escucha, estimado señor Rossi. Así como la ve, mi amada Teresa es una mujer de armas tomar —bromeó el marido.

Ambos rieron.

—Lamentablemente —prosiguió la esposa—, en mi familia no se aprueban ni mis pensamientos ni mis actitudes. A regañadientes, venimos a cumplir con el compromiso de que conozcan a mi marido, principalmente quiero que lo haga mi abuela, y luego, nos volveremos a Europa tan rápido como se nos permita.

—O sea que su familia no conoce a su esposo —se sorprendió el artista.

—¡Claro que no! No sabían siquiera que había contraído matrimonio. Si se los anunciaba, no hubieran permitido la unión. Mi madre me había prometido en nupcias, hace bastante tiempo, a un militar y terrateniente muy conocido de la Sociedad Rural de este país, por lo que puso el grito en el cielo cuando la semana pasada le telegrafiamos desde el Puerto de Buenos Aires avisándole de nuestra visita y de nuestro reciente vínculo. Imagínese que me ordenó que pidiera la nulidad de "el sacramento".

—Por suerte, mi estimada familia política cambió de parecer al enterarse de mi procedencia aristocrática y de los títulos nobiliarios que podría heredar —se divirtió el hombre—. Es lo que le digo, maestro Rossi, se los endulza con la apariencia y se los vence sin que se den cuenta de qué lado del río está parado uno.

Giancarlo estaba fascinado con aquel pensamiento de los señores, tan diferente a lo que él había imaginado.

—Como ya le he dicho, mis padres no comparten nuestros ideales, mucho menos nuestra lucha —la mujer vaciló antes de continuar hablando—; por esto mismo y por tratarse de apenas un mes el que compartiremos con ellos, queremos evitar cualquier tipo de conflicto, y por esa razón me gustaría pedirle un grandísimo favor; ya lo he hablado con mi esposo y él está de acuerdo conmigo.

—Sí, claro lo que desee.

—Por favor, no se ofenda usted con lo que le voy a expresar y, mejor aún, no me malinterprete.

Giancarlo se sintió de pronto algo nervioso.

—Puede decirme lo que guste, señora.

—Llámeme Teresa, por favor.

—Claro, y ustedes pueden llamarme Giancarlo.

Giovanni palmeó el antebrazo del joven que reposaba sobre la mesa y le sonrió afablemente.

—Nos gustaría decirle a nuestra familia que es usted un pariente de mi esposo, un primo tal vez, o un hermano, ¿por qué no?

—Un hermano puede ser; ¿qué edad tiene usted Giancarlo?

—Veintitrés años, señor.

—Excelente, apenas le llevo dos; será mi hermano menor; deberemos dejar de tratarnos de usted, ¿no cree?

—Yo digo lo que los señores gusten —tartamudeó el joven—, aunque no entiendo muy bien los motivos.

—Mira, Giancarlo —habló con firmeza Teresa—. No te voy a mentir; mi familia, principalmente mi madre, representa lo más rancio, racista y anticuado de la sociedad de este país. Si le contamos que te hemos conocido apenas hoy, ni siquiera nos permitiría invitarte a la casa. Si le decimos que le hemos empleado para pintar mis retratos, deberá usted dormir en la casa de los sirvientes y no le dejarán ni siquiera sentarse a nuestra mesa; pero nosotros no queremos eso, no le hemos invitado para ser destratado, queremos y creemos que nuestra relación debe ser de igual a igual, pero, como ya mencioné, tampoco deseamos que el poco tiempo que compartamos en la estancia haya ningún conflicto, por eso, hace unos instantes se nos ha ocurrido mientras conversábamos en los camarotes, esta mentirilla piadosa que a nadie le hará ningún mal, por el contrario. Además, el único que conoce su real procedencia es Nicanor y ya lo hemos puesto al tanto de todo; él no dirá ni una palabra y hasta se divierte con estas cosas.

—Me halaga mucho que confíen en mí y que se preocupen por mi bienestar, pero ¿y si estropeo el montaje? ¿Si me preguntan algo que no

sé responder?

—Estimado, ya ha conocido a mi familia en Italia, invente usted lo que se le ocurra basado en ello; nadie sabrá que lo está haciendo. Mis suegros no tienen ni idea. Con decirle que ni siquiera saben la ciudad de dónde provengo o cómo me veo físicamente. No se preocupe, todo va a salir bien.

—Está bien, entonces; si eso les parece mejor —aceptó Giancarlo.

—¿No te sentirás ofendido si mi marido te cede algo de su ropa y te presta algunos artilugios que refuercen nuestra puesta en escena, verdad?

—No, claro. Soy una persona decente y responsable, prometo devolver todo en el mismo estado cuando estemos de regreso desde la propiedad de sus padres.

—Querido Giancarlo, los trajes serán suyos si resultan de su agrado, tengo suficientes para varias vidas y, quién sabe, en las semanas venideras, pueda usted terminar convirtiéndose en un verdadero hermano, el que siempre he deseado, y se pueda sumar a nuestra lucha, tanto sea desde aquí o volviendo con nosotros a Italia.

Teresa sonrió.

—Le has caído en gracia. Tanto, que te permitirá lo que nunca a nadie; que lo pintes por primera vez.

—¿Nunca le han hecho un retrato?

—Cuando era pequeño, porque mi madre insistió —rio—, pero cuando pude comenzar a decir que no quería, lo hice con empeño. No me gusta verme expuesto y he logrado mantenerme en mi postura hasta ahora. Aunque se hace cada vez más difícil, hoy día parece que todo el mundo quiere salir retratado en fotografías. A mí me aterra la idea.

—Yo le digo que es demasiado buen mozo para no dejar una sola imagen suya para la posteridad —sonrió Teresa, dejando una caricia en el rostro de su esposo.

—¿Les parece que comamos y luego me acompaña usted a mi camarote para que se pruebe algunas prendas y prepararlo adecuadamente para nuestra divertida puesta teatral? —propuso Giovanni.

Giancarlo asintió con la cabeza, aún tímido y sin entender demasiado todo lo que había acabado de escuchar y el porqué de lo que le proponían.

—¿No deberíamos esperar a Nicanor para cenar? —quiso saber la mujer.

—Querida, debe estar en el otro comedor jugando con sus benditos naipes; sabes cuánto le gusta apostar. Siempre pierde la noción del tiempo.

—Es verdad —rio—; todos tenemos nuestros vicios. ¿No lo cree, Giancarlo? ¿Algún día nos develará el suyo?

—Eh… no sé; pintar tal vez sea el mío…

—¿Puede haber uno más bello? —dijo Giovanni, encendiendo un cigarrillo— Yo siempre he adorado las artes, pero nunca se me han dado bien. Ya que seremos hermanos ficticios durante un tiempo, podría usted enseñarme. Nada me gustaría más que poder pintar paisajes, dicen que es muy útil para distender tensiones.

—Claro, será un honor, señor.

—No, no —agitó la cabeza Teresa—. Vete acostumbrando a tratarlo de tú y a llamarlo por su nombre de pila, hasta podrían inventarse algún apodo; mis hermanos y yo siempre nos hemos llamado por motes que nos hemos puesto cuando éramos niños.

—Creo que utilizar nuestros nombres estará bien, amore.

La mujer se encogió de hombros con una sonrisa pícara en el rostro, parecía que todo lo tramado le divertía de sobremanera. De algún modo, engañar a sus padres le hacía sentir cierto sabor a revancha debido a tantas cosas que había tenido que soportar antes de huir hacia Europa en busca de un poco de libertad. Levantó su mano derecha llamando al servicio y les dirigió una mirada cómplice a sus acompañantes. Giancarlo le devolvió el gesto y notó que, de pronto, parecía mucho más joven que aquella mujer que había conocido esa misma tarde en la vereda de la estación. Pensó que lucía un flamante brillo en el rostro. Era como si Teresa se hubiese quitado una máscara de sobriedad y en su lugar hubiera surgido un nuevo y bello semblante, más casual, más fresco. Uno que parecía ser más verdadero, que tenía mucho más que ver con ella que el anterior.

Capítulo 20

8.

Después de la cena se extendieron en una animada sobremesa hasta bien entrada la noche. Tal como había anticipado Giovanni, Nicanor no volvió, lo que hizo que Giancarlo se sintiera más a gusto únicamente en compañía del matrimonio, que se mostraba sumamente amigable y fácil de tratar. Él no sabía si era debido a la proximidad de sus edades o, tal vez, a la manera de pensar tan progresista que exponían, pero nunca se había sentido tan a gusto rodeado de personas de una clase social superior a la suya.

Durante esa conversación, se enteró de que Teresa tenía dos hermanos varones, uno mayor y otro menor que ella y que su marido no poseía ninguno.

Después del postre y de un pequeño pocillo de café que cada uno de ellos bebió, el hombre consultó la hora con su esposa e invitó al artista a acompañarlo hasta su camarote para que se probara y eligiera las prendas que usaría a partir de esa misma velada.

Teresa sacó un cigarrillo de una cigarrera de plata que portaba en su bolso de mano, lo encastró en una boquilla de marfil y les pidió que no demoraran, que se quedaría allí esperándolos para dar el visto bueno o la reprobación a la nueva apariencia del joven.

Los dos hombres abandonaron el comedor y se adentraron por el angosto pasillo del primer vagón, cuidando de hacer silencio, ya que la mayoría de los pasajeros dormía del otro lado de la fina pared de madera.

—Es en el próximo coche —susurró Giovanni.

Giancarlo, que para esa altura ya no titubeaba en hablarle a los señores de tú y en llamarlos por su nombre, se sintió de todas maneras un poco avergonzado por la "caridad" que sentía que estaba a punto de recibir.

Al entrar al dormitorio, vio que era más espacioso de lo que había imaginado: paredes y techos de madera barnizada, una cama que parecía bastante cómoda, un pequeño baño, un maletero y guardarropas, un par de espejos, lámparas de cristal y hasta una mesa con dos sillas y un par de poltronas.

—Es como en los barcos —observó.

—De bastante menor tamaño; por eso, con Teresa preferimos viajar cada uno en el suyo. Es mucho más cómodo.

—Me imagino...

El pintor recordó las mugrosas literas en las que había vivido hasta llegar hasta Buenos Aires, un espacio que compartió con un montón de otra gente y en la que pensar en comodidades, parecía un lujo abstracto.

Giovanni abrió una pequeña puerta, que también funcionaba como espejo de cuerpo entero, y sacó cuatro perchas con una muda completa de ropa dispuesta en cada una. Las arrojó sobre la brillosa manta que cubría la cama.

—¿Te gustan? —preguntó.

—Sí, Giovanni. Por supuesto.

—Pruébatelos. Yo creo que tenemos la misma talla.

El hombre bajó la mirada hasta el calzado del otro, unas alpargatas que lucían tan desgastadas que parecían estar a punto de deshacerse; buscó en el clóset dos pares de zapatos y unas botas, que colocó muy cerca de los pies del chico.

—Señor, ese calzado se ve muy caro.

—Nada de señor. Y el valor de las cosas no tiene importancia. Queremos dar una excelente impresión, ¿o no? —le guiñó un ojo.

"El valor de las cosas no tiene importancia cuando a uno le sobra el dinero; porque cuando uno no lo posee, parece que no hay nada más trascendente que el costo de lo que se necesita para sobrevivir", pensó el pintor.

—Anda, cámbiate —lo animó.

—¿Aquí?

—¿Te da vergüenza? Si lo deseas te dejo solo y regreso cuando te hayas probado todo.

—No, por favor. Es mejor que se quede, para que me dé consejos de cómo anudar los moños y las corbatas.

Con bastante timidez fue cambiándose de ropas, mientras Giovanni buscaba algo dentro de una maleta de cuero que abrió sobre la cama.

—Me queda bien el tamaño —dijo Giancarlo, tratando de llamarle la atención.

—Te queda pintado —le contestó, después de estudiarlo por unos segundos—. ¿Eres alérgico a los metales?

—No creo... —titubeó.

—¿Puedes llevar anillos, cadenas y esas cosas sin que se te haga un sarpullido en la piel?

—Eso pienso...

—¡Qué bueno! Porque yo no puedo usar nada. Ni siquiera la alianza de boda, se me inflama el dedo. Allí está, sobre la mesa de noche —señaló con la barbilla.

—No sabía que eso fuera posible.

—Pues yo tampoco hasta que me sucedió. Pruébate este anillo. Y pon este reloj en el bolsillo inferior del chaleco.

Giancarlo se estiró y tomó ambos objetos. Los contempló unos instantes.

—Parecen demasiado valiosos.

—Lo son, pero acordamos no hablar de ello, ¿recuerdas?

—¿Y si se me pierden?

—Mala suerte, se reponen. Debe dejar de pensar en eso, amigo. O quizá, deba comenzar a llamarlo "hermano" —rio, dándole una palmada en el hombro.

—El anillo me aprieta un poco.

—Aguántelo hasta que lo vea mi suegra, luego te lo quitas. La verdad es que si esa mujer es la mitad de endemoniada de como la pinta mi esposa, estaremos enfrentándonos a una Teodora de la modernidad.

Giancarlo sonrió por cortesía, aunque no tenía ni idea de quién podía ser Teodora ni de la mala fama que la historia le endilgaba.

Giovanni le acomodó el moño de lazo y dio dos pasos hacia atrás para

contemplarlo mejor.

—Podríamos presentarte en Versalles y nadie se daría cuenta de que no has nacido en cuna de oro. Es más, te pareces a mi primo el duque de Pavía.

—Gracias, señor.

—Olvídate de esa palabra. Mírate al espejo; ¿Qué dirían si te vieran tus padres?

Giancarlo agachó la cabeza.

—Mis padres han muerto —musitó.

—Oh, lo lamento tanto, estimado. Aunque es otra de las cosas que tenemos en común; los míos fallecieron de cólera durante un viaje a Canarias, hace muy pocos años.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes... Caballero, dígame, la hora por favor —habló impostando la voz.

Giancarlo sacó con torpeza el reloj de oro del ajustado bolsillo, abrió la tapa y vio que tenía tres iniciales grabadas en el interior de la misma: GDM.

—Era de mi padre, teníamos el mismo nombre.

—Es la una cuarenta y cinco.

—Muy bien —sonrió—. Tome usted un pañuelo, también con el escudo de mi familia, así nadie tendrá ninguna duda sobre nuestro vínculo sanguíneo.

El artista lo tomó y observó el bordado, notó que era el mismo blasón que había visto en el anillo.

—Todo es herencia familiar, mi querido Giancarlo. Cuídalo, por favor. Sé que están en buenas manos.

—Claro que lo haré, Giovanni.

Éste le sonrió y recorrió el camarote con la mirada.

—¿Cree que falta algo más? —preguntó.

—No creo.

—Está bien. ¿Gustaría de probarse los otros trajes? No me parece que haga falta, ya que son todos hechos por el mismo sastre y con las mismas medidas.

—No, no será necesario entonces.

—Muy bien; le daré una maleta pequeña para que pueda guardarlos y llevarlos consigo. Diremos que el resto de su equipaje ha viajado en la bodega.

—Claro... —parecía que quería decir algo más, pero se detuvo.

—Puedes hablar con confianza —lo animó Giovanni.

—Eh... me gustaría poder darme un baño, si no le molesta. Es que todo fue tan apresurado... y yo estaba en la calle.

—Claro que sí, hombre —volvió a sonreír amigablemente—. Ya entenderás que no debes ser vergonzoso conmigo.

—Es que no estoy acostumbrado.

—Pues espero que de verdad podamos ser amigos. Teresa no lo sabe, pero me gustaría quedarme aquí; comprar campos e iniciar una nueva vida, lejos de los sofocantes compromisos a los que me veo obligado en nuestra tierra. Por eso, le insistí para venir; por el mismo motivo, acepté hacer esta visita a mi familia política, que son dueños de media provincia de Buenos Aires y de tantas cabezas de ganado que ya han perdido la cuenta. Me he estado asesorando sobre latifundios en las provincias de Córdoba y Santa Fe, también hay muy buenas oportunidades en las nuevas tierras conquistadas en el sur del país.

—¿Y cree que Teresa accederá?

—Confío en estos próximos días felices para poder convencerla y en tu buena amistad venidera, porque, sin dudas, necesitaremos de gente próxima si decidimos radicarnos aquí.

—Claro que sí, Giovanni, cuenta con ellos. Yo también estoy justo en un momento en que preciso de una familia, aunque no sea de sangre.

—Pero nosotros lo somos, no te olvides —volvió a guiñarle el ojo y a

palmearle un hombro.

Giancarlo sintió su corazón acelerado y sonrió, con el sentimiento y la emoción de que algo bueno vendría.

Su acompañante parecía buscar algo en el maletero, pero no parecía decidirse.

—Hummm... Hagamos una cosa, báñate tranquilo, que yo compartiré alguna bebida espirituosa con Teresa, luego volvemos para que ella te vea y entonces te daré la maleta para que guardes todo.

—Está bien.

—Este es el baño —dijo, abriendo la puerta—, en aquel rincón encontrarás toallas. Ten cuidado que la regadera es demasiado baja y el agua caliente no dura mucho.

—Claro.

El hombre se acercó y volvió a contemplar con una enorme sonrisa de satisfacción a Giancarlo.

—Tenía razón Teresa, te mereces verte de esta manera.

—Gracias por tanta ayuda, de verdad.

—Nada que agradecer, date una ducha tranquilo y si no hemos regresado para cuando termines, ya sabes dónde encontrarnos.

El joven asintió, mientras acompañaba con una mirada cargada de gratitud a Giovanni que caminaba hacia la puerta. Éste inclinó su cabeza a modo de saludo y salió.

Apenas se encontró solo en aquel lujoso camarote, se acercó hasta el espejo que cubría la puerta del armario y miró con incredulidad su reflejo. Nunca había podido lucir telas tan caras, que se sintieran tan suaves en la piel. Contempló el macizo anillo de oro en su mano izquierda e hizo un gesto incorporando su papel de un joven de alta sociedad. Los ojos se le humedecieron al volver a contemplarse. Suspiró. Sintió que él realmente merecía esa imagen que le devolvía el espejo, deseaba verse siempre de esa manera.

De pronto, un chirrido estridente rasgó el silencio nocturno. Un fuerte sacudón lo estampó violentamente contra la pared que tenía más próxima. El espejo se quebró. Con el golpe sintió el crujir de algunos de sus huesos. En el mismo segundo, todos los muebles del cuarto se le vinieron encima. Gritos de personas afuera, ruidos de metales y maderas

estrujándose, despedazándose. Olor a tierra mojada, olor a quemado. Más gritos. Sintió la tibieza de la sangre manchándole la ropa nueva.

"No", suplicó casi en agonía.

Una pesadez desconocida le inmovilizaba la parte trasera de la cabeza.

El gusto metálico de la sangre había invadido su boca.

Sus oídos estaban tapados. Todo se escuchaba en lejanía. Un zumbido interno enmudeció todo.

Quiso pedir ayuda, sacarse de encima todo ese peso que lo aprisionaba, pero no pudo moverse.

Volvió a escuchar, parecía oírse un río corriendo.

Una somnolencia incontrolable se apoderaba de todo su cuerpo.

Más gritos agónicos.

Súplicas desgarradoras y llantos desesperados.

Notó que algo punzante le había perforado el vientre.

Dolía mucho.

Sintió cómo las fuerzas vitales parecían querer abandonar su cuerpo.

Luchó por mantenerse despierto, pero no podía.

—¡Fuego! —clamó un hombre.

Los gritos no cesaban.

—¡Se está inundando! —vociferó alguien más.

A él se le cerraban los ojos.

Se le hacía imposible respirar.

Todo se tiñó de negro.

Capítulo 21

9.

En la grabación puede escucharse cómo mi respiración se comienza a entrecortar y cómo trato desesperadamente de incorporar aire a mis pulmones. De repente, ya no podía articular palabra y apenas emitía quejidos ahogados y sollozos. Recuerdo el dolor agudo en el vientre, las lágrimas silenciosas corriendo por mis mejillas y un peso inexistente e inexplicable comprimiendo todo mi cuerpo.

María Luisa se apresuró en tratar de liberarme de lo que sentía.

—Martín, acordate que te encontrás en un lugar seguro, estás en mi consultorio. No te pasa nada, podés respirar normalmente.

Sin embargo, no podía hacerlo; no podía dejar de sentir uno de los más lacerantes dolores que había padecido jamás.

—Voy a contar hasta uno, comenzando por el diez. Cuando me escuches terminar la cuenta regresiva, volverás al presente y tratarás de recordar todo lo que me contaste.

Aún cuando pude recuperar la consciencia de mis actos y tenía pleno conocimiento de que todo lo experimentado había sido parte de la regresión de ese día, la angustia no me abandonó. Me había quedado con cierta pesadez en el pecho y algo apretándome con demasiada fuerza el estómago.

Le pedí a la psicóloga para retomar la hipnosis, pero ella no quiso hacerlo; dijo que había tenido suficientes emociones por una jornada y que de todas maneras no nos quedaba mucho tiempo para terminar aquella sesión.

—Pero preciso saber qué pasó con Giancarlo —insistí.

—Te entiendo, pero creéme que es mejor que descanses ahora.

Abandoné el consultorio todavía con aquella sensación de vacío y de tristeza acompañándome. Mis ojos se humedecían a causa de cualquier pensamiento y sentía un nudo atragantando constantemente mi garganta.

Caminé desde allí hasta mi departamento, volvería al día siguiente por la bicicleta. Crucé casi todo el barrio de Palermo buscando distraerme y

dejar atrás ese sentimiento que me embargaba, pero no lo conseguí.

Cuando entré en mi casa, vi que Julián estaba sentado en el living viendo televisión. Me acerqué hasta él y lo abracé por la espalda, asomando mi torso por encima del respaldo del sofá. Llevó una de sus manos hasta mis antebrazos y los tomó; luego se volvió hacia mí, observando el llanto mudo surcar mi cara.

—¿Qué pasó? —preguntó, con la respiración pesada.

—Nada. Preciso un abrazo nomás.

Se levantó y me rodeó con su cuerpo, apretándome fuerte.

Apoyé mi cabeza sobre su hombro y toda la tristeza y la angustia que había acumulado durante tantos años consiguió escapar de mi alma en ese instante, como el agua de un embalse al lograr romper las paredes de una represa que la contiene me sentí desbordado por el desconsuelo. Esas lágrimas eran el resultado de demasiadas cosas, tantísimos dolores que me acompañaban desde niño; de todas mis inseguridades, los recientes descubrimientos en terapia, pero, sobre todo, era la tristeza de estar viendo morir a ese amor que nos habíamos tenido. Durante los minutos que duró su abrazo, sentí el calor de su cuerpo; eso me hizo recordar nuestros comienzos, el tiempo en que éramos cómplices y compañeros, cuando las risas todavía ocupaban el lugar de los gritos, cuando nos mirábamos a cada rato, intentando saber qué le sucedía al otro, si estaba bien. Recordé cuán felices habíamos sido entonces; cuánto nos habíamos apoyado para poder superar tantas dificultades. Me pregunté en qué momento todo eso había cambiado y si aún cabía la posibilidad de volver el tiempo atrás, de ser nuevamente aquellos chicos llenos de temores, pero que creían ciegamente en un futuro juntos y en que el otro sería siempre un refugio seguro.

Me distancié un par de centímetros y lo miré en la profundidad de sus ojos grises, que parecían llenos de interrogantes y de dudas. Sin embargo, su boca no preguntó nada y agradecí aquel gesto, su discreción. Realmente no tenía ganas de hablar, apenas necesitaba no sentirme tan solo. Le agradecí el que estuviera ahí, intentando brindarle una sonrisa, que terminó siendo sólo una línea recta dibujada en mis labios apretados.

Aquella noche volvimos a ser los de antes.

Él preparó la cena por propia iniciativa y respetó mi momento a solas en el balcón, mientras observaba las luces de los edificios cercanos y de las estrellas titilando en un cielo sin luna. Tratando de buscar algo de silencio para una mente que no se detenía.

Cuando nos acostamos, me dio un beso de buenas noches, como hacía meses no ocurría. En ese momento, sentí que debía contarle sobre las regresiones y sobre esa vida pasada que venía descubriendo; sobre las pesadillas que me habían llevado a buscar respuestas en lugares impensados. Quería conversar sobre cuál creía que había sido el origen de mi tormento, que no era más que esa guerra de indiferencia en la que nos veníamos sumiendo. Pero preferí mantener mis labios apretados contra los suyos y expresarle apenas con la mirada cuánto extrañaba ese tipo de gestos entre nosotros. Porque realmente lo hacía. Se detuvo en mis ojos una vez más antes de volverse hacia la ventana cerrada, que enfrentaba cada noche para dormir. En esa última mirada, creí volver a ver a ese chico tan joven y vulnerable que había conocido algunos años atrás durante un verano en la playa. Volvieron a mí las largas charlas de los primeros días, las caminatas en la arena, las carcajadas constantes, todo el deseo de éxito que ambos teníamos para nuestras carreras. Tantos sueños todavía por concretarse. Recordé el sexo increíble que solíamos tener y que ahora había perdido la cuenta de cuándo había sido la última vez que lo habíamos hecho. No permití que ese pensamiento me alejara de las cosas buenas que estaba rememorando.

La gratificante sensación que me causaba acordarme de los buenos tiempos, me hizo comprender porqué todavía luchaba por permanecer junto a él, por salvar nuestra relación. Y es que realmente habíamos sido felices, muy felices en algún momento.

Aquella noche de tregua me devolvía las esperanzas.

Sin embargo, antes de dormirme, mi mente no quiso ocuparse de Julián o de mí, sino de Giancarlo y de su destino. Pensé en cuánto él se merecía ser feliz y, como si fuera posible modificar el pasado, pedí por su bienestar y por su seguridad. Precisaba saber que había tenido una buena vida. De repente, sentí que de su felicidad dependía la mía.

Me giré en la almohada sabiendo que los cuatro días que faltaban para la próxima visita a María Luisa se me iban a hacer eternos.

Se me cerraban los ojos y el último pensamiento que recuerdo fue para el misterioso hombre de mis sueños. Volví a preguntarme cuándo descubriría quién era en realidad y qué era lo que trataba de decirme.

Capítulo 22

10.

Aquel sábado, como todos los que no tenemos función, el trabajo en el teatro terminó temprano. Salí satisfecho del camarín, aquella había sido una jornada ardua, pero me marchaba lleno de una sensación de satisfacción por los avances que estaba consiguiendo en el rol que me habían asignado. Cada palabra de aliento del repositor o cada cosa que me parecía que no iba a poder realizar y terminaba haciendo, hacía que la confianza en mi propio trabajo se fuera afianzando un poco más. Además, después de descubrir la difícil vida de Giancarlo, comencé a sentir que si no aprovechaba las oportunidades que se presentaban en la mía, estaría actuando como un mal agradecido.

Justamente, había estado pensando en él durante los últimos dos días y, esa tarde, una idea me venía rondando y no podía sacármela de la cabeza. Caminaba por Cerrito rumbo a Plaza Vaticano para buscar la bicicleta, cuando decidí que intentaría hacer aquello que había estado conjeturando: visitar el Hotel de Inmigrantes, donde funciona el museo con los registros de aquellos años en que Giancarlo y tantos otros llegaron a mi país.

Estaba abriendo el candado numérico cuando me sonó el celular, supuse que podía ser mi madre, ya que ese día todavía no me había llamado. Miré la pantalla y vi que era Julián.

—Hola.

—Hola, ¿qué hacías?

—Estaba por subirme a la bicicleta.

—¿Venís para casa?

—No… creo que me voy a ir a dar una vuelta por Puerto Madero —dudé sobre qué excusa podía darle, ya que siempre volvía directo para el departamento—. Está linda la tarde y me gustaría aprovechar un poco el sol.

—Bueno, te encuentro allá.

—Eh… —su respuesta me desubicó—, como quieras… Si no tenés ganas,

no hay problemas.

—No, sí tengo ganas, justamente te llamaba porque no quería quedarme adentro.

—Está bien, escribime cuando llegues.

El Hotel de los Inmigrantes está apenas a quince minutos pedaleando desde el Teatro Colón, por lo que pensé que me daría tiempo suficiente como para hacer todas las averiguaciones antes de que mi novio llegara y que luego aprovecharíamos juntos los parques de la zona para pasear o tal vez podíamos disfrutar de algún café en los tantísimos restaurantes que dan hacia los diques, mientras acompañaríamos la caída del sol. Sin embargo, estaba por encadenar la bicicleta, cuando recibí el aviso de que Julián ya estaba en la zona. Dudé nuevamente sobre lo que podría decirle o qué excusa inventarle para que hiciera algo mientras yo me liberaba, pero no pude mentirle, respondí el mensaje de texto explicándole mi ubicación.

Lo esperé junto a la Dársena Norte, viendo a un ferry alejarse de la costa, partiendo las aguas marrones del río rumbo a Uruguay.

—¿Qué es este lugar? —preguntó al llegar.

—Es el museo de la inmigración.

—No lo conocía.

—Yo tampoco lo conozco. Es decir, nunca entré; por eso me pareció una buena idea visitarlo cuando pasaba por el frente.

—¿Cómo viniste a parar acá? ¿No estás un poco desviado si venís desde el teatro?

—Eh… sí, pero… doblé mal en una cuadra y terminé en Retiro —su cara me decía que no lo estaba convenciendo—. Venía pensando en los ensayos. Bueno, ¿entramos?

—Está bien —se resignó—; no era lo que tenía en mente, pero vamos, te acompaño.

—Podés esperarme en algún café si querés…

—Ya vine hasta acá, por lo menos voy a poder decir que me metí en un

museo a cultivarme.

Esa, era otra de las cosas que nos diferenciaban. Con el correr del tiempo, Julián se había ido volcando cada vez más hacia la frivolidad y el divertimento fácil: mucha noche, discotecas, alcohol, drogas y nuevas compañías de tan dudosa procedencia como reputación. Yo, por otra parte, estaba transitando el difícil camino de la aceptación personal de una manera diametralmente opuesta. Él buscaba sus respuestas en lo externo y yo encerrándome en mí, lo que había acentuado la enorme grieta que nos estaba alejando. Hoy, pensándolo desde la perspectiva que nos brinda el tiempo, no creo que ninguno de los dos senderos haya sido fácil. Aunque, entonces, juzgaba su comportamiento como algo autodestructivo, no me daba cuenta de que el mío también lo era. Tal ensimismamiento, había hecho aumentar mis inseguridades, por lo que había comenzado a creer que la única manera de no salir lastimado, era levantar una muralla entre el mundo y mi corazón. Si mis padres no conocían mi sexualidad, no tendrían motivos para sentirse defraudados o, peor aún, de arrepentirse de haberme traído a este mundo. Si no tomaba riesgos en el trabajo, nadie podría juzgar mis dotes para la danza. Si lograba salvar esa relación que tenía, aunque tantas veces me lastimara, demostraría que no había fracasado en nada. Aunque no me daba cuenta de que, en realidad, lo que trataba de evitar era de exponerme a que fuera otra la persona que también pudiera hacerme sufrir.

El museo estaba prácticamente vacío. Al ingresar, nos recibió una amplísima sala totalmente pintada de blanco, con techos de doble altura y donde funciona una suerte de exposición permanente, compuesta por fotografías, objetos antiguos, maquetas, recuerdos y contenido audiovisual sobre el período migratorio más importante de nuestra historia.

Sentí el corazón acelerarse ni bien fui adentrándome en ese salón, busqué en las imágenes e infografías, datos o rostros que me resultaran familiares, aunque nada parecía tener un significado especial para mí.

Julián se colocó unos auriculares y se detuvo frente a una de las pantallas, que le mostraba una suerte de documental animado sobre la etapa en cuestión.

Yo continué el recorrido, hasta que me encontré en otro cuarto, también todo blanco y con sus paredes cubiertas de cuadrados azulejos del mismo color. Había largas mesas con bancos de tablones de igual longitud. El murmullo de una multitud comenzó a sonar en mi cabeza. Cientos de voces conversando en su propia lengua. El golpeteo de pasos de niños corriendo junto a mí y sus risas resonando en el vacío.

La sensación me asustó y aceleré mi andar hasta la siguiente habitación, donde me encontré con un enjambre de literas hechas de caños de acero

y con una lona estirada a modo de colchón. Aquellos esqueletos metálicos con su pintura amarillenta por el paso del tiempo, me transportaron a otro momento. De repente, los vi ocupados por personas, eran todos hombres, algunos con la mirada triste y con el semblante lleno de preocupaciones. A mi lado, un joven cargaba un bebé en sus brazos que no paraba de llorar. Aquel padre debía tener apenas veinte años y la voz se le quebraba en una dulce canción de cuna que no lograba calmar el llanto de su hijo. Me miró con los ojos humedecidos y levantó sus cejas en silenciosa disculpa. Aquello lo había vivido alguna vez, estaba seguro. Lo sentía en todo mi cuerpo; ya había estado parado en ese mismo sitio. Cuando mi nombre era Giancarlo y no Martín.

Esa comprobación o sentimiento reafirmatorio debió de haberme provocado tranquilidad; después de todo, los hechos parecían confirmar mi existencia en otra vida, pero no fue así. Al igual que en el museo de Roma, una sensación de angustia me invadió. Una especie de incerteza que me causaba de todo, menos sosiego. Decidí que una corazonada no era prueba de absolutamente nada y que lo que necesitaba eran documentos, algo físico que me dijera que toda esa historia del inmigrante llegado desde Italia con el sueño de ser un gran pintor, no era apenas el fruto de mi ferviente imaginación. Entonces, me di cuenta de que para eso había ido hasta ahí, precisaba de alguna evidencia real que diera respaldo a toda esa novela transcurrida hacía más de cien años.

Me acerqué hasta una mujer que parecía trabajar en el museo y le pregunté si existía algún registro de las personas llegadas al país en aquella época. Con una amable sonrisa me pidió que la siguiera y me informó que mucha gente llegaba hasta allí intentando conocer su origen o recabar datos sobre el arribo de algún antepasado.

—¿Vos querés averiguar sobre familiares tuyos?

—Sí… —dudé—. Quiero saber sobre uno de mis bisabuelos.

—¿Sabés la fecha? ¿El barco en el que llegó?

—No. Sólo tengo su nombre y el año de arribo.

—Uy, bueno, vamos a ver qué se puede hacer.

Me guio hasta la otra punta de la antigua edificación y entramos en una especie de archivo gigante que olía a humedad y a papel viejo, donde nos recibió una señora bastante mayor que vestía el mismo uniforme de camisa blanca y pollera azul.

—Este chico viene a buscar información sobre un bisabuelo —le indicó mi acompañante—, sólo sabe el nombre y el año en que llegó, ¿se puede

hacer algo?

—Seguro que por un chico tan guapo algo podemos hacer —respondió guiñándome un ojo.

La chica que me había llevado hasta allí se sonrojó y despidió con una sonrisa, asegurándome que me dejaba en buenas manos. La otra, que se había desaparecido en la inmensa sala, volvió a acercarse con un formulario, pidiéndome que lo llenara con mis datos y con los de la persona que estaba buscando. Completé los pocos casilleros que me fueron posible. Antes de devolverle el papel, le di una última ojeada y me pareció que, en realidad, no sabía muy bien lo que estaba buscando.

—¿Giancarlo Rossi? ¿1896? —preguntó la señora, repasando mis respuestas.

—Es lo único que tengo.

—Aguardame acá. No te preocupes.

La vi adentrarse en un laberinto de estanterías polvorientas, hasta una alejada oficina con paredes de vidrio. Encendió la luz y se sentó frente a un ordenador.

Mientras esperaba, recordé que había llegado acompañado de Julián y que,, seguramente debía de estar buscándome. Intenté llamar la atención de la mujer para decirle que volvería enseguida, pero parecía abstraída en el monitor de la vieja PC.

Gracias al teléfono celular, pude encontrarme con mi novio bastante rápido, en un patio que da al río.

—¿Dónde estabas?

—Estoy en el archivo del museo, me están buscando unos datos.

—¿Datos sobre qué?

—Sobre una persona…

Hizo una expresión algo despectiva, que me preguntaba si yo era tonto y, al mismo tiempo, si le estaba tomando tiempo.

—¿Qué persona?

—Es para un personaje, de la obra que estamos montando —inventé.

—¿Está basada en personas reales?

—Algo así —mentí.

Frunció la boca. No estaba seguro de que me creyera, de lo que sí tenía certeza era de que no le importaba nada lo que yo buscara. Estudié su expresión sintiéndome culpable por mentir, y me di cuenta de que no sabía por qué no le contaba la verdad.

—¿Me esperás acá? No tardaré.

A regañadientes, aceptó.

Me apoyé con los codos sobre el mostrador del archivo, y me quedé, por veinte minutos más, observando a la mujer dentro de aquella pecera para humanos, junto a tres computadoras que debían de haber venido en los barcos con los inmigrantes. De pronto, se levantó, salió de allí y volvió a perderse en el sinfín de estanterías con papeles.

Entonces, llegó Julián.

—¿Falta mucho? —se lo notaba impaciente.

—No lo sé. Espero que vuelva la mujer y si no encontró nada, nos vamos.

Quince minutos más tarde, la señora apareció portando una sonrisa de satisfacción en el rostro y una carpeta en sus manos, que apoyó frente a nosotros y abrió con sumo cuidado. Dentro, había varias hojas amarillentas, llenas de una escritura velada y de difícil lectura.

—Un hombre llamado Giancarlo Rossi, llegó desde Génova al puerto de Buenos Aires el día siete de abril de 1894; ¿será la misma persona que buscás? Porque durante el año noventa y seis no hubo ningún ingreso con ese nombre.

—Sí, puede ser —me sentí ansioso de repente—. ¿Hay algún otro dato de él?

—Dice que llegó en un navío llamado Plata de la Navigazione Generale Italiana Società Riunite Florio & Rubattino, que hizo escalas en Barcelona, Málaga, Tenerife, Río de Janeiro y Montevideo antes de arribar.

—¿Nada sobre su vida posterior al arribo?

—Sólo que permaneció una semana alojado en este hotel, después ningún otro dato. Nunca tuvo Libreta de Enrolamiento, tampoco aparece registro

de algún trabajo formal, pero, en esa época, no era normal tenerlo.

—Claro.

La anciana debe haber leído la decepción en mi expresión, porque se apresuró en señalar:

—Solía hacerse un registro fotográfico de los grupos al alojarse aquí, ésta es la que aparece en el legajo de esos días.

Sacó de entre los papeles una amarillenta y deslucida foto.

—Tal vez lo puedas reconocer de entre todos esos rostros.

En la imagen, un grupo de unas cincuenta personas integrado por hombres, mujeres y niños, formados en cuatro niveles, posaban con seriedad poco natural ante la cámara. Fui repasando cada uno de ellos, hasta que en la última hilera, sobre la izquierda, lo vi. Aunque para ser más exactos, debería decir: me vi.

Incrédulo, acerqué la foto a mi rostro como si la imagen fuera capaz de alterarse dependiendo de la distancia e intenté descubrir algo más allá de lo que mis ojos apreciaban.

—Se parece mucho a vos, pero sin barba —se sorprendió Julián, que espiaba por sobre mi hombro.

—¿Lo encontró? —quiso saber la señora.

—Sí… sí. Aquí está —respondí, sin poder contener la emoción, que desbordó en esas pocas palabras.

Capítulo 23

11.

De todos los casetes que guardo de aquellas sesiones con María Luisa, este es el que más veces he escuchado. Suelo avanzarlo hasta que ella termina de guiarme para adentrarme en esa especie de ensoñación confusa que resulta la hipnosis. Entonces, su voz se silencia y, por varios minutos, no se escucha otra cosa más que el ambiente vacío, los sonidos lejanos y velados de la calle y el rodar de la cinta dentro del grabador.

Antes, ella me había pedido que volvamos al momento de consciencia más próximo al del último vivido en la regresión pasada.

Varios minutos después de que ella terminara de hablar, aún permanezco en silencio.

Seguramente, preocupada o insegura por mi inusual estado, la psicóloga me anima a comenzar a narrar lo que estuviera viendo:

—Recordá que estás en un lugar protegido; el accidente ya pasó. Todo está bien ahora.

Mi respiración pesada comienza a hacerse más evidente al cabo de un rato y se perciben ciertos sonidos guturales, como si estuviera intentando hablar, pero que no lo terminara de lograrlo.

—Ya todo lo malo pasó, podés relajarte —repitió.

Todavía demoré un buen rato más en hacer escuchar mi voz y cuando conseguí emitir palabra, se me oyó ronco, adormecido, pero con cierta expresión de sorpresa y de emoción:

—Es él… Es él, lo veo a mi lado…

Capítulo 24

Tercera Parte

OJOS NEGROS

1.

Con el cuerpo sumamente adolorido y apenas con energía suficiente como para respirar, Giancarlo pensó que todo debía de tratarse de un mal sueño y que al abrir sus ojos, se encontraría en la húmeda habitación del conventillo. No lograba recordar si había terminado aquel cuadro del perfil de la ciudad recortado en un atardecer de fuego, ni tampoco si ese día era laborable y debía de ir hasta la estación o podría quedarse encerrado allí para tratar de concluir la obra que le venía al pensamiento.

Se intranquilizó por esa punzada terrible que sentía en el vientre y ese peso insoportable en el pecho que le dificultaba respirar. Intentó moverse, pero no lo logró; eso lo puso nervioso, no entendía qué sucedía. Trató de levantar sus párpados, pero le resultaban tan pesados que esa simple acción parecía una tarea imposible de llevar a cabo.

—Tranquilo, tranquilo. No debe agitarse —una voz desconocida susurraba en lejanía.

¿Quién podía ser?

¿Seguiría soñando?

Sólo quería despertar, no poder hacerlo lo desesperaba.

Entonces, sintió algo húmedo y fresco sobre su frente, parecía ser un paño o algo similar. Luego, la misma voz tratando de mantenerlo en calma:

—Shhh… Quédese quieto, por favor; no le va a hacer bien agitarse.

—Q… Q… —la voz de Giancarlo sonaba rasposa, llena de aire. Le resultaba demasiado difícil hablar.

Pudo sentir la proximidad de alguien junto a sus labios, debía de ser el joven que le había hablado antes, porque al volver a hacerlo, pudo percibir el paso cálido de su respiración sobre la piel.

—¿Qué es lo quiere decir? —lo animó.

Trató de reunir todas las fuerzas que le fueron posibles para terminar de abrir los ojos, precisaba saber qué estaba ocurriendo.

En principio, la escena se le presentó borrosa y no lograba visualizar nada en concreto, aunque al cabo de unos segundos pudo distinguir, en una cercanía incómoda, el lado derecho de un rostro casi rozando el suyo. Una oreja pegada a su boca, trataba de escuchar lo que él estuviera intentando verbalizar.

—Q… Qui… Chi sei? —balbuceó.

El rostro se alejó lentamente, incorporándose para poder contemplarlo a una prudente distancia. Aún en la nubosidad de una visión precaria, creyó percibir un gesto de asombro en el chico, que moduló su boca dubitativamente, haciendo surgir un tono grave de voz, que parecía expresar alegría por verlo despertar.

—No hablo italiano, ¿qué me pregunta usted, señor?

Con algo más de empeño, trató de focalizarse en el rostro que tenía enfrente, buscó descubrir una fisonomía familiar a medida que recuperaba la nitidez de las figuras.

Lo primero que pudo distinguir, fue un par de ojos negros grandes e intensos que lo miraban con profundidad y cierta preocupación, enmarcados por las cejas y pestañas más oscuras y tupidas que nunca había visto. Se trataba de un chico joven, de poco más de veinte años, con el cabello enrulado color azabache, que le caía levemente sobre la frente de una cara con los rasgos bien definidos, con pómulos prominentes y una delicada barbilla partida.

La segunda cosa en la que reparó, fue en su vestimenta, parecía ser un sacerdote.

¿Acaso seguía soñando y divagaba con los años que había pasado en el orfanato?

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—Está en un hospital, señor. Tuvo un grave accidente.

De repente, todo volvió a su memoria.

Los ruidos, los golpes, los gritos desesperados, el fuego, el olor a quemado, el agua inundándolo todo. Las heridas y el dolor insoportable que le hizo perder el conocimiento. La horrorosa sensación de saberse al

borde de la muerte.

Quitó la vista de ese hombre y la llevó hasta su propio cuerpo, tendido sobre una cama. Vio que tenía un brazo y una pierna enyesados, que estaba sujeto por correas, supuso que para que no se moviera.

Aún sentía un dolor agonizante y cada vez que inhalaba o exhalaba, esa sensación se incrementaba.

—Acqua… acqua, per favore.

El joven se levantó de la silla en que estaba sentado junto a la cama y se acercó hasta una mesa auxiliar, donde tomó una jarra de porcelana y vertió el líquido en un vaso de vidrio.

En la distancia, pudo ver con claridad su atuendo, sí se trataba de un cura.

Este volvió a acercarse. Le tomó la cabeza con una mano, levantándola desde la nuca y acercó el borde del vaso a su boca, humedeciéndole delicadamente los labios.

—Beba con cuidado —le dijo.

A medida que incorporaba el líquido a su organismo, Giancarlo batallaba por mantenerse despierto, pero no lo lograba. Los ojos se le volvían a cerrar.

El religioso le secó la boca con un pañuelo blanco que sacó del bolsillo de su sotana y lo contempló con sus ojos oscuros, húmedos y brillantes. Luego, apretó sus labios gruesos en silencioso gesto de cordialidad y apoyó la palma de su mano en la frente del paciente para medirle la temperatura.

El italiano quería agradecer tal cuidado, pero sentía que poco a poco volvía a perder la consciencia.

—Descanse, por favor. Ya habrá tiempo para que esté despierto.

Eso fue lo último que escuchó ese día. Nuevamente, el rostro aniñado de quien tenía enfrente comenzó a difuminarse hasta perderse por completo en la negritud de un sueño insondable y vacío.

Capítulo 25

2.

Cuando volvió a despertar se encontraba solo en aquella habitación blanca e inmensa. A su lado, una silla vacía y más allá había otra cama, aunque se veía el colchón desnudo, sin sábanas, por lo que supuso que estaría desocupada.

Ya no se encontraba amarrado, pero tampoco podía moverse, debido a que su pierna derecha, cubierta hasta la mitad del muslo por un casquete de yeso, colgaba desde un armazón de metal dispuesto junto al pie del lecho.

Una brisa de aire fresco y seco entraba por una ventana abierta a su derecha, meciendo una cortina clara y leve. Estiró el cuello para ver hacia afuera, pero tras unas rejas oxidadas sólo alcanzó a vislumbrar un cielo límpido y sin nubes. Al escuchar el cantar lejano de un ave, notó que no había percibido hasta entonces ningún otro sonido, lo que le resultó extraño.

Sintió la boca seca, por lo que buscó en las cercanías un vaso, que encontró vacío sobre la mesa de luz, pero no vio ningún recipiente con agua a su alcance. No le quedó más remedio que humedecerse los labios con la lengua. Con la mano izquierda, la única que tenía liberada, levantó las sábanas e intentó otear su vientre, que era donde sentía el dolor más agudo, vio que lo tenía cubierto por vendajes y curativos.

Aquel sitio en que se encontraba le resultaba demasiado tranquilo para tratarse de un hospital.

Volvió a recorrer la habitación con la mirada, esta vez lo hizo con mayor tranquilidad y estudiando cada detalle que encontraba. El crucifijo que pendía sobre su cabeza, sujeto por un clavo a la pared, lo llevó a preguntarse si acaso aquella no sería una institución religiosa, ¿no había un cura cuidándolo la vez anterior que había recuperado su consciencia o acaso se lo había imaginado?

Resoplando, volvió a apoyar la cabeza sobre la almohada y clavó la vista en el techo impoluto pintado a la cal, buscó algunas de las manchas de humedad que había sobre su cama en el conventillo, pero ni siquiera eso encontró como para poder adivinar formas objetables y matar así el aburrimiento.

Todavía no comprendía del todo lo que le había ocurrido, ni por qué había ido a parar a ese edificio vacío y silencioso.

El sonido de alguien junto a él, lo devolvió del sueño. Se trataba de una enfermera.

—Dove sono? —preguntó, sintiendo un ardor en la garganta al hablar.

La mujer lo miró extrañada, negó con la cabeza y salió casi espantada de la habitación.

Antes de hacerlo, había dejado el vaso lleno de agua, por lo que estiró su mano izquierda, lo tomó con la punta de los dedos, temiendo que se le escapara por la escasa fuerza que tenía. Lo llevó hasta la boca y bebió todo su contenido de una sola vez. El líquido en su estómago se sintió pesado al cabo de varios minutos, por lo que terminó lamentando tal acción.

Después de un lapso bastante largo de mirar hacia la puerta y de no ver pasar a nadie, la figura delgada y frágil del mismo cura joven que creía recordar del algunos días atrás, se dibujó de repente bajo el dintel. Éste, al ver al italiano despierto y casi sentado en la cama, dibujó una amplia sonrisa que le iluminó el rostro y ahondó aún más el hoyuelo que llevaba en su mentón. Apuró el paso hasta llegar junto a él.

—¿Cómo se siente hoy el paciente? —preguntó con una voz dulce y gentil que denotaba cierta familiaridad ajena para Giancarlo.

—Mas o menos —respondió este, confundido.

—Ha estado muchos días adormecido y fuera de sí, seguro que se siente mareado o turbado.

—¿Cuánto tiempo estuve inconsciente?

—Casi dos meses.

—¿Dos meses en este lugar?

—Así es, mi familia pidió que lo trasladaran hasta aquí al día siguiente del accidente. El otro hospital, al que lo llevaron primero, estaba abarrotado de heridos y de cadáveres que nadie podía reconocer, lo causó un tumulto

de familiares, deudos y prensa. Por eso fue decidido el cambio.

—¿Qué otro hospital? ¿Su familia?

—El hospital de Paso Hondo, cerca de donde descarriló el tren.

El sacerdote observó la confusión en el rostro del hombre y adivinó que estuviera tratando de unir piezas mentalmente.

—¿Recuerda el accidente?

—Vagamente…

—Bueno, están intentando averiguar bien cuál fue la causante del mismo y a qué se debió tal gravedad de los hechos; aunque, en principio, se cree que fue por el debilitamiento de uno de los pilares del puente sobre el Río Bravo, por causa de la gran cantidad de agua que corre desde hace algunas semanas por las intensas lluvias en el oeste de la provincia.

Giancarlo lo escuchaba perplejo, hasta que recordó por qué se encontraba en ese tren y quienes lo habían invitado.

—Los señores… ¿Teresa y…?

Los ojos negros del sacerdote se nublaron y agachó la cabeza.

—Aún no han encontrado el cuerpo de mi hermana, ni tampoco el de Nicanor. No saben si estarán entre las víctimas del incendio o si se los llevó el río —los ojos del sacerdote se humedecieron—. No se los ha podido identificar por ninguna de sus pertenencias. Tal vez usted…

El pintor sintió una desazón helada paralizar su pecho y una punzada lacerarle el vientre, lo que hizo que se llevara la mano hasta esa zona de su anatomía, sin poder disimular el gesto de dolor.

—No puede ser —soltó, junto con un quejido de tormento.

—Cálmese, Giovanni, en su estado no puede intranquilizarse.

—Che ne dici?!

Lanzó, estupefacto, tratando de buscar la mirada del religioso, que había desviado hasta el suelo y ahora devolvía hacia él cargada de lágrimas.

—Esto ha sido un golpe muy duro para todos nosotros —aseguró—, especialmente para mi padre, que sentía adoración por mi hermana. Intuimos lo doloroso que debe ser la pérdida de una esposa, aún peor en nupcias tan recientes, pero le puedo asegurar que para mi familia también

ha sido espantoso e inesperado. En el fondo, uno nunca está preparado para la pérdida de un ser tan amado y le juro que todas las palabras que le suelo decir a los deudos en una iglesia, carecen de sentido en este momento, cuando soy yo mismo quien llora semejante tragedia.

—Pero, padre…

Giancarlo sentía las palabras, los pensamientos y todo tipo de conjeturas entreverarse y atorarse en su garganta, sin encontrar la punta de ese ovillo de confusión que parecía imposible de desenmarañar.

El joven cura escurrió sus lágrimas con un pañuelo blanco que sacó de uno de sus bolsillos y Giancarlo recordó que había usado esa misma pieza para secarle el exceso de agua de sus labios. Entonces, le pareció que al religioso le flaqueaba el sostén de sus piernas y que, para no perder el equilibrio, se tomaba con fuerza del respaldo de la silla que encontró junto a él. Lo vio agachar nuevamente la mirada y salir del lugar sin agregar palabra, dejando la conversación inconclusa.

Desde la cama, se sorprendió al ver la sotana desaparecer por la abertura de la puerta, sin voltearse ni vacilar en ningún momento. Aunque los pasos apurados parecieron interrumpirse casi al instante de abandonar la habitación, fue allí cuando le pareció oír un sollozo enmudecido y ahogado llegando lastimosamente desde el otro lado de la pared.

Sintió pena por ese chico que, a pesar de su investidura, parecía demasiado frágil y aniñado.

Llevó su mano izquierda hasta la frente, en un intento por buscar claridad para sus pensamientos.

Estaba aturdido, no sabía qué pensar o hacer.

“Entonces, este cura es el hermano de Teresa y resulta que se piensa que yo soy su cuñado. ¿Por qué? Tengo que aclarar semejante malentendido cuanto antes”, pensó y se dispuso a esperar a que regresara. Debía explicarle cómo eran las cosas. En cambio, volvió a escuchar sus pasos, esta vez alejándose del lugar. Su eco, retumbando en el pasillo vacío, se iba extinguiendo a medida que interponía mayor distancia, hasta que finalmente dejaron de escucharse.

Esa tarde, nadie más vino a visitarlo, salvo la enfermera del segundo turno que ingresó a la habitación en un par de oportunidades. Más tarde, un médico apareció poco antes del horario de la cena, debía cambiarle

algunos vendajes y deseaba hablar por primera vez con el paciente.

—Qué bueno que ha despertado, señor Durando; en estos casos, cuanto antes se recupera el conocimiento es mejor.

Giancarlo entendió que todos lo confundían con el marido de Teresa, pero creyó que no era al médico a quien debía aclararle tal error, por lo que lo dejó hablar.

—Sus heridas eran muy graves y no creímos que fuera a sobrevivir; tiene que agradecer a Dios que su familia política sea tan poderosa e influyente en esta zona y que lograra que lo trasladaran el mismo día del accidente a este hospital. Yo creo que si lo hubieran dejado en el otro, con tantos pacientes para ser atendidos, el resultado hubiera sido distinto.

—¿Quién pidió mi traslado?

—Su suegro y su cuñado movieron muchas influencias para poder hacerlo.

—¿El sacerdote?

—No, Américo, el hijo mayor de la familia Casares, el militar.

Sin saber qué agregar, el italiano volvió a callar.

—¿Tiene usted algún dolor?

—Sí, me duele un poco la cabeza y bastante el vientre.

—La cabeza puede ser por el estado de inconsciencia tan prolongado y por los golpes recibidos. El vientre va a demorar en curarse, un elemento punzante casi lo atraviesa de lado a lado. Vuelvo a repetir, si perteneciera usted a una familia de menores recursos, debería de preocuparse, tanto por lo ocurrido como por lo que vendrá, que no será fácil; aunque el que estemos en este instante hablando, ya es un buen comienzo. Por lo demás, como se sabe, con dinero e influencia divina todo se soluciona. Nuestro Señor debe de tenerle muy especial cariño, ha sido usted uno de los pocos sobrevivientes a tan enorme catástrofe. Todo el país ha estado de luto.

El médico se disculpó para retirarse. Antes de hacerlo, le aseguró que si seguía evolucionando de manera tan favorable, en pocos días podría ser sacado en silla de ruedas al patio del hospital para que tomara un poco de sol y aire fresco.

—Siempre ayuda a fortalecer la salud —sentenció.

Aunque su mejoría y el sol lo tenían bastante sin cuidado, lo que realmente lo preocupaba era su situación, que parecía ser bastante compleja.

"¿Cómo voy a decirle a esa familia, que todavía llora a su hija, que han estado ayudando a un completo desconocido?", se cuestionó.

De repente, su preocupación se volvió más material: ¿Y si le querían hacer pagar los gastos incurridos para su cura? ¿Cómo los costearía?

Pensó que debía de ser muy cauteloso, tratar de entender cómo habían llegado a la conclusión de que él era Giovanni Durando y dejar muy en claro que él no había tenido nada que ver en ello.

No quería meterse en problemas, menos aún con la justicia, por lo que debía de tratar de pensar la manera menos traumática de develar la verdad. No fuera a ser cosa que, enceguecidos por el dolor, los deudos de la mujer terminaran acusándolo de algo que él no había hecho.

Buscando algo de sosiego para su mente, recordó los ojos gentiles del sacerdote, que, creyéndolo parte de la familia, lo miraba desbordante de cuidado y preocupación.

Le resultaba muy extraño que alguien se interesara de esa manera por él, que nunca había tenido a nadie en el mundo, menos aún desde que su maestro había muerto tantos años atrás. Ni siquiera estaba seguro de que la hermana Pietà todavía lo recordara, encerrada en perpetuidad entre aquellas paredes mohosas de piedra del orfanato, donde tantos chicos debieron de sucederse para recibir sus amorosos cuidados desde aquella tarde en que él la había dejado para enfrentar su vida de adulto. Sintió pena por sí mismo al pensarse uno más de ellos, otra cara borrosa entre una cantidad abrumadora de huérfanos y donesnadie, hambrientos y miserables.

"¿Por qué el destino me pone en esta encrucijada? ¿Qué me quiere decir la vida con esto? ¿Y si lo que debo hacer es tomar esta oportunidad que se me presenta y callarme la verdad?"

En ese mismo segundo, se reprochó un pensamiento tan egoísta.

No podía engañarse, ni podía estafar a nadie sosteniendo esa mentira. Menos aún podía aprovecharse de tan inmenso dolor ajeno.

La enfermera volvió a entrar al cuarto, trayendo una bandeja con un cuenco con sopa para la cena.

—El médico recomienda apenas dieta líquida en un principio —se excusó al poner el recipiente sobre una mesa alta que arrastró hasta adelante del paciente, que todavía permanecía sentado en la cama.

—Está bien, no se preocupe por la comida, de cualquier manera no tengo hambre.

—Pero debe comer, señor Durando; eso lo ayudará a recuperar las fuerzas perdidas. La única manera de curarse es estando bien alimentado.

Él asintió con la cabeza, resignado, con la mirada perdida en la nada, mientras ella salía del cuarto.

"Señor Durando", se repitió.

Y pensó que ese era el problema de las mentiras y de los engaños, que cuanto más tiempo pasaba uno inmerso en ellos, resultaba mucho más complicado salir impune.

Se prometió tomar una decisión al día siguiente, o cuando volviera a ver al cura o con alguno de los familiares de Teresa. Debía conversar con ellos y conocer sus pensamientos e intereses. Entonces, iba a poder entender mejor en qué lugar se encontraba parado.

Capítulo 26

3.

Durante los dos días siguientes nadie se acercó a visitarlo; apenas un hombre que dijo llamarse Ernesto y que se presentó como "alguien de confianza de los señores, que había sido enviado para cotejar que todo siguiera bien".

A la tercera mañana, mientras dos enfermeras lo alistaban en una silla de ruedas para llevarlo hasta el jardín, reapareció la figura del sacerdote en el pasillo. Giancarlo lo miró, dudó unos instantes y luego recibió con una sonrisa, al fin y al cabo, era la única persona que lo visitaba.

—¿Adónde lo están llevando? —quiso saber el religioso.

—Me van a poner a tomar sol en el jardín, como hacer con los enfermos terminales o los pobres ancianos. Según el médico —acentuó con ironía—, será de mucha ayuda para mi sanación.

—Entonces, yo me encargo de acompañarlo, pueden dejar nomás —aseguró el recién llegado a las dos mujeres, que se miraron en consulta hasta que una de ellas se encogió de hombros, liberando a ambas del trabajo.

—Bueno, pero tenga usted cuidado con las piedritas del jardín, que hacen que se traben las ruedas y puede ser peligroso —aconsejó la de más edad.

—No se preocupe, seré cuidadoso.

La luz del sol directo encegueció a Giancarlo durante algunos instantes; después de estar tanto tiempo en el interior del hospital, se había desacostumbrado a ella. Aunque la sensación que acarreó sobre su piel le resultó agradable y reconfortante. Cerró los ojos y se dejó acariciar por los tibios rayos, mientras el religioso empujaba con dificultad la silla por los senderos de gravilla color zanahoria. Las ruedas de madera producían un sonido apaciguante al ir abriéndose paso por entre las diminutas piedras.

—¿Aquí le parece bien? —preguntó el padre, devolviéndolo a la realidad.

—Sí, muy bien —respondió de manera automática.

El sacerdote se sentó en un banco de piedra tipo romano, que quedaba lejos de cualquier sombra y junto al que había acomodado al paciente.

—¿Le duele? —preguntó, señalando con la barbilla la pierna envuelta en yeso y sostenida hacia adelante por un adminículo especial para tal fin.

—La pierna no, la mayor molestia la tengo en el vientre.

—Yo no lo vi cuando lo trajeron, pero me han dicho que llegó usted muy malherido para su atención.

—Sí, así me han comentado.

El religioso apretó sus labios en señal de empatía y luego recorrió con la mirada el campo abierto frente a ellos. Se trataba de un enorme jardín con el césped perfectamente cortado y de un verde uniforme y oscuro, interrumpido por varios senderos anaranjados, que formaban un entramado simétrico que descendían por suaves ondulaciones hasta perderse de vista. El edificio del hospital, a sus espaldas, parecía coronar esas colinas. Sendos montes de eucaliptos protegían el jardín por derecha e izquierda, en el centro del cual se veía un pequeño invernadero, cuyos vidrios reflejaban la luz del sol como un reflector hacia las paredes del nosocomio. Una fuente de hierro custodiaba la entrada de carruajes y cuatro palmeras recién plantadas se disponían a los lados del sendero que llevaba hasta la explanada de ingreso.

—Lindo, ¿no? —el religioso buscó tema de conversación.

—No sabía que hubiera sierras en las pampas de este país. Siempre me habían dicho que era más bien una llanura perfecta.

—Hay dos sistema serranos en la pampa: Tandilia y Ventania; todo lo demás es una planicie perfecta. Demasiado monótona para mi gusto.

—Y este, ¿cuál de esos dos sistema sería?

—Bueno, aquí se aprecia apenas el inicio de uno de ellos, detrás del hospital, hacia el sur, puede verse el promontorio de piedras propiamente dicho, que vendría a ser las Sierras de la Ventana.

—Es un lindo paisaje, me hace acordar un poco a mi tierra natal.

—Por cierto, habla usted muy bien el castellano, tenía entendido que no dominaba el idioma.

Giancarlo se sintió repentinamente nervioso.

Aclaró su garganta y sonrió buscando una excusa en su mente.

—Bueno, no sé por qué pudo tener esa percepción, sin dudas debe de haber sido un error —el cura lo miraba con curiosidad, esperando a que continuara—. He aprendido en España.

—Pues lo habla muy bien.

—Gracias.

Por algunos momentos, ambos permanecieron en silencio; invadidos por la incomodidad que nos provoca estar frente a un desconocido con el que no se sabe qué tema abordar.

—Y dígame, padre, ¿su parroquia queda cerca de aquí?

—Llámeme Juan Francisco, por favor. O Pancho, como me decía Teresa.

—Claro, como usted guste.

—No, en realidad, ahora mismo no estoy asignado a ninguna parroquia, estaba en una en Bahía Blanca, pero decidí venir a acompañar a mi familia. Pasar junto a ellos este momento tan difícil —ambos se miraron—. Estoy tratando de que me reubiquen en algún puesto por esta zona.

—¿Bahía Blanca queda lejos?

—Disculpe, no estoy acostumbrado a hablar con extranjeros; sí, es bastante lejos.

—Este país es gigantesco. Uno lo mira en un mapa y no puede creer el tamaño.

—Mucha tierra para unos pocos —masculló el sacerdote.

—¿Se refiere a la cantidad de habitantes?

De pronto, vio una duda asomar en los oscuros ojos del religioso, que ladeó sus labios pensando antes de responder.

—No… me refiero a que todo el país está en manos de unos pocos apellidos, que hacen y deshacen como se les da la gana, movidos únicamente por intereses personales y muchas veces por la avaricia.

Giancarlo contuvo una sonrisa que le nacía y que demostraría la simpatía por el pensamiento develado. También contenía un poco de mofa por la

evidente incomodidad de su interlocutor al verbalizarlo.

—Tengo entendido que su familia posee uno de esos apellidos a los que hace referencia —chicaneó el italiano, aunque con un tono neutral que no evidenciaba intención alguna.

El cura le clavó una mirada fugaz, aunque rabiosa y negó con la cabeza.

—Mejor cambiemos de tema, supongo que usted no entendería lo que quiero decir.

Confundido por la reacción, Giancarlo volvió a observar con atención a ese joven extraño, que, sin embargo, se había preocupado por él y demostraba interés en su recuperación.

Juan Francisco era un chico delgado y de complexión alargada, cuyas facciones, perfectamente recortadas, le daban un toque angelical, subrayado por su mirada inocente y vivaz. Poseía una tez muy blanca que contrastaba enormemente con la negritud de sus gruesas cejas, pestañas y ojos y de su brillante cabello ondulado. De repente, le pareció que ese chico no poseía suficiente edad como para llevar el hábito religioso, que, si bien parecía portar con orgullo, ante sus ojos se antojaba desubicado y completamente ajeno.

—¿Qué edad tiene usted, Juan Francisco? —inquirió.

—Veinticuatro años.

—Casi tenemos la misma edad —se sorprendió, pensando en sus veinticinco.

El sacerdote frunció el ceño, claramente extrañado.

—Pensaba que tenía usted una edad similar a la de Teresa.

Otra vez se veía enredado en esa estúpida mentira.

Se mostró dubitativo, no sabía si continuar con el engaño. Sin embargo, algo más fuerte que su propia voluntad, lo obligó a responder:

—Bueno, no es tan diferente a la suya; eso quise decir. A propósito, parece usted mucho más joven.

—Ya lo sé —rio—, siempre se creen que sigo en el seminario cuando me ven así vestido. Usted también parece tener menos años.

—Eso dicen… —mintió.

Los dos volvieron a permanecer callados por algunos minutos, en los que los chillidos de una bandada de cotorras, que parecía estar alojada en algunas de las copas de los eucaliptos, llenó el lugar.

—¿Lo atienden bien en el hospital, Giovanni?

—Sí, muy bien, gracias. Excelente servicio. Es un lugar privado, ¿verdad?

—Así es, pertenece a una congregación salesiana, con la que mi familia colabora desde hace mucho tiempo.

—Me ha dicho usted que antes estuve en otro hospital.

—Claro, el mismo al que trasladaron a todas las víctimas del accidente. Un hospitalucho de pueblo, sin ningún recurso para tal cantidad de pacientes

Giancarlo bajó su cabeza, abrumado por los recuerdos de aquella noche trágica. Sin embargo, se dio cuenta de que no poseía ninguna memoria de los dos meses de inconsciencia.

—Mejor no hablemos del accidente, es evidente que lo afecta —se disculpó el sacerdote.

Se lo agradeció con un gesto escueto, tras el cual dirigió su mirada hacia la planicie que se veía más abajo, al final de las colinas.

—Giovanni —lo interrumpió el cura—, como ya le dije, este es un momento difícil para todos, pero debe saber que no se encuentra transitándolo solo, que tiene usted mi apoyo y el de mi familia; aunque no puedo hablar por ellos, pero seguro que así será.

—Le agradezco sinceramente, Juan Francisco.

Entonces, detuvo su mirada en los ojos del sacerdote, también entristecidos, y recordó la manera en que se había marchado tres días atrás. Sintió nuevamente pena por él, aunque reprimió las ganas que lo invadieron de demostrarlo físicamente, llevando su mano libre hasta su hombro, en señal de comprensión y apoyo.

—¿Y usted cómo se encuentra? ¿Mejor que los otros días?

—Más o menos, disculpe aquella escena. Intento ser fuerte, pero la verdad es que todavía no puedo entender lo sucedido, lo que me dificulta sostener mi fe —lo miró profundamente a los ojos—. Teresa era más que una hermana para mí. Éramos amigos, confidentes, hablábamos de absolutamente todo. Ella era la única de mi familia que me resultaba de

verdad cercana y que me entendía. Siempre decía que yo era como su hijo, aunque tan sólo nos llevábamos cinco años —lágrimas surgieron de sus ojos—. Todas las noches trato de entender por qué… por qué Dios la llevó a ella, que era tan buena; y todavía no puedo aceptar su voluntad con resignación y sumisión, como se supone que debería ser.

Giancarlo se sintió conmovido por el evidente dolor en la voz de Juan Francisco y se vio compelido a realizar la acción que había reprimido un minuto antes. Ni bien colocó su mano sobre el trapecio del chico, este rompió a llorar en desconsuelo, por lo que, sin siquiera pensarlo, se estiró desde la silla de ruedas para rodearlo con sus brazos, en un intento que entendía sería insuficiente para que se sintiera mejor.

—Vamos, hombre, no se ponga así; usted tampoco está solo —ensayó.

—Le agradezco, Giovanni, y disculpe mi egoísmo, debería ser yo quien lo consuele a usted, pero realmente he perdido mis fuerzas. Teresa era toda mi familia, la única que siempre estuvo presente. Sin ella, me siento huérfano y desamparado.

El italiano tampoco pudo contener su tristeza y dejó correr el llanto por su rostro. Conocía muy bien ese sentimiento irreparable de soledad, cuando se saber que no se tiene a nadie en la inmensidad del mundo, que muchas veces le resultaba ajeno.

Supo que sus lágrimas llevaban también una gran cuota de vergüenza y de culpabilidad; no debía de estar omitiendo la verdad que el otro tenía derecho a conocer.

Se arrepintió de haber dejado que el engaño llegara hasta ese punto, cada vez le resultaba más difícil poder revertirlo.

Entonces, se le ocurrió que lo que debía hacer era marcharse cuanto antes. Si no se atrevía a reconocer el embuste, debía desaparecer.

Juan Francisco le sonrió, agradecido por la muestra de empatía.

Se detuvo en su expresión y volvió a notar que ese rostro que le resultaba que le resultaba cada vez más cercano, poseía la sonrisa de un niño desvalido. Una criatura frágil, sola y abandonada. Entonces, sintió la incomprensible necesidad de asumir la responsabilidad de enmendar tal desdicha. Aunque en el mismo instante, sintió que no podía hacerlo; que lo que debía hacer era dejar todo eso atrás y olvidarse de esos días.

Lo atormentaba su indecisión.

No sabía qué hacer.

Capítulo 27

4.

Durante todas las mañanas de la semana siguiente los dos jóvenes se reunieron en el jardín; mientras el italiano era obligado a permanecer al sol, el sacerdote le hacía compañía. Hubo, incluso, un par de oportunidades en las que este regresó más tarde y permaneció en el nosocomio hasta ya entrada la noche.

Ese viernes, la enfermera nocturna entró en el cuarto distraída, trayendo la cena en la bandeja habitual cuando se detuvo de golpe, sorprendida de que el religioso aún no se hubiera retirado.

—No esperaba encontrarlo por aquí, padre —dejó escapar, con un gesto que Juan Francisco no supo cómo leer.

—Nos quedamos conversando y perdí la noción del tiempo —se disculpó—. Debería irme ya.

—¿Por qué no se queda a cenar? —invitó Giancarlo—. De seguro, María no dirá nada si tomamos otra porción de comida para usted.

La joven mujer, que nunca miraba al sacerdote a los ojos, rio nerviosa y con la cabeza gacha se encogió de hombros. Salió asegurando que volvería enseguida con otra bandeja.

—Hombre, mire en el compromiso que ha puesto a la pobre enfermera.

—Yo creo que ella está encantada de hacernos este favor —dijo Giancarlo con una sonrisa burlona.

—No le entiendo.

—Vamos, Juan Francisco, ¿va a decirme que no ha notado cómo se pone de colorada esa pobre chica cada vez que lo ve?

El rostro del cura se encendió como la brasa.

—Claro que no. Está usted blasfemando, viendo cosas donde no las hay.

—Supongo que ustedes, los sacerdotes, no tienen permitido apostar, si no pondría una buena suma en juego y le demostraría que estoy en lo cierto.

—Por supuesto que no podemos hacer eso, tampoco nos fijamos en detalles del tipo que usted señala —se lo notaba muy incómodo.

—Bueno, no se enoje; sólo quise hacerle una broma.

El religioso lo enfrentaba con cierto dejo de reproche en su mirar, cuando María volvió a aparecer en la habitación con otra porción de comida, que colocó sobre una mesa auxiliar cerca de donde Juan Francisco estaba sentado.

—Traje dos vasos más de arroz con leche, por si quieren repetir el postre —acotó, mirando con complicidad a Giancarlo que estaba sentado en una poltrona en el ángulo opuesto del cuarto.

—El dulce favorito del padre, ¿verdad, Juan Francisco? —se mofó.

—Eh… sí, me encanta —mintió el otro apretando los dientes e intentando una sonrisa—. Muchas gracias, María; es usted muy amable.

El rostro de la enfermera perdió su típico color blanquecino y se tornó de un colorado evidente que sobresaltaba en los pómulos. Se llevó la mano a la boca para intentar ocultar la misma sonrisa torpe e infantil que había evidenciado minutos atrás y, sin levantar la mirada, volvió a salir deseándoles una buena cena.

El cura, estupefacto, la siguió con la vista y cuando se volvió hacia el italiano, vio que le sonreía socarronamente.

—¿Qué le dije?

—Giovanni, por favor, nos ha puesto en una situación muy incómoda a ambos, la pobre chica no sabía donde meterse.

—Y usted tampoco —rio.

—Qué bueno que está de buen humor —se quejó, destapando la bandeja con la comida—. ¿Por qué no come, que se le va enfriar? En vez de continuar con esa expresión burlona en la cara.

El otro también develó la cena y, sin ninguna sorpresa, vio que no era muy diferente a lo recibía cada noche. Un tazón de caldo y un plato con un trozo de pollo hervido acompañado por un puré de papas bastante grumoso; para el postre una porción de arroz con leche y canela.

El cura rio.

—¿Está pensando en María que sonríe tan pícaramente?

—No, hombre. Me río por la comida. En la parroquia de Bahía Blanca siempre comíamos pollo hervido con puré, tengo miedo de que me comiencen a salir plumas si como lo mismo una vez más.

—Entonces no querrá quedarse a cenar más veces, el menú en este lugar tampoco es muy variado.

—Si usted desea, puedo ver para que le sirvan algo de mejor calidad —respondió con seriedad.

—¡Qué va! Esta comida es un lujo comparado con… —se detuvo de pronto, al darse cuenta de que estaba a punto de decir algo que no debía.

Iba a hablar de sus días de hambre y del tiempo en Italia en que un trozo de pan duro o un vaso de leche le parecía un manjar de reyes.

Indeciso, tomó la cuchara y dio un sorbo rápido a la sopa, que estaba tan caliente que le quemó el paladar.

—¿Cómo siente la pierna? —preguntó Juan Francisco, intentando cambiar el asunto de la conversación.

—Rara, después de tanto tiempo enyesada —miró hacia el miembro por debajo de la mesa plegable—. No la siento con fuerza, pero supongo que debe ser normal, siendo hoy el primer día en que puedo usarla.

—Claro, luego recuperará la movilidad de siempre. Estuve hablando con el médico que lo atiende y estaba muy satisfecho con su recuperación, me ha dicho que si el progreso continúa igual, durante la semana próxima seguramente podrá dejar usted este hospital.

Giancarlo lo miró intranquilo.

—No me han dicho nada.

—Pues sí, pero ¿qué es esa cara? Pensé que se alegraría por la novedad.

—Sí, claro —dudó—; es que me tomó por sorpresa.

—¿Quiere avisarle a alguien para que venga a buscarlo?

—No… ¿quién vendría?

—No sé, tal vez algún familiar; algún sirviente.

—No tengo a nadie, padre —respondió con evidente mal humor.

—¿Nadie lo espera en su tierra?

—Nadie. Sólo tumbas, en diferentes cementerios —inventó.

—No lo sabía.

—No se preocupe… Tampoco tenía porqué saberlo.

Giancarlo volvió a apoyar la cuchara sobre la bandeja y sintió que ya no tenía más apetito. Pensó que hubiese preferido estar solo al momento de recibir esa noticia, así tendría la tranquilidad suficiente para poder analizar lo que haría. No se le ocurría otro lugar al que regresar más que el conventillo, aunque no decidía si antes de partir diría la verdad sobre su identidad o si se lo callaría. ¿Y de dónde obtendría el dinero para el pasaje de vuelta?

Juan Francisco, que había notado el cambio repentino de humor en su interlocutor, le dio unos momentos para transitar lo que fuera que le estaba pasando y, al cabo de algunos minutos, volvió a hablar.

—No lo ha tocado —dijo.

—No, no tengo hambre.

—Hablo del libro que le traje la semana pasada —señaló con el dedo índice—. Está exactamente en el mismo lugar que lo dejé aquel día.

—Disculpe usted. Es verdad, no lo he tocado.

—¿No le agrada leer?

—No sé leer castellano.

—¿Y por qué no me lo dijo entonces?

—Porque me dio vergüenza —se molestó.

El sacerdote volvió a reír, esta vez con más ganas y mientras lo hacía se quitó el alzacuellos y lo dejó sobre la mesa de noche que tenía a su derecha. El resultado de esa acción parecía hacerlo ver aún más joven que de costumbre.

—A veces parece usted un niño en vez de un aristócrata de la realeza europea —reflexionó el religioso.

—Disculpe si lo decepciono —rezongó el otro; a quien, evidentemente, le había cambiado el humor.

—Claro que no, por el contrario; ha sido una grata sorpresa que se pareciera usted más a mi hermana que a mi madre.

—¿Su madre pertenece a la realeza europea?

—A ella le encantaría, pero no.

—Teresa decía que era una persona difícil de tratar.

—Imposible, diría yo —su expresión se ensombreció—. Hablemos mejor de otro tema, ¿qué tiene pensado hacer cuando le den el alta?

—No lo sé, no lo he analizado.

—No se precipite, no tiene por qué decidirlo ahora.

El italiano asintió apesadumbrado.

—¿No le gustaría quedarse una temporada por estos lares?

—¿En el campo dice usted?

—Así es. Teresa me había dicho en una carta que tenía usted muchas ganas de pasar una temporada en estas tierras, que lo emocionaba el viaje.

Giancarlo recordó las palabras de su paisano aquella última noche en el tren, cuando le confesó que quería comprar tierras y radicarse en Argentina.

—Sí, esos eran los planes antes de lo sucedido.

—¿Y por qué no lo hace? Quizá le sirva para tranquilizar los ánimos y enfrentar sosegado su nuevo presente, más si nadie lo espera en su país. Y debo confesar que, sin mi hermana, creo que también sería bueno para mí tener alguien con quién hablar. ¡Y podría enseñarle a leer y escribir en nuestra lengua!

Giancarlo apretó sus labios, inseguro de lo que sería mejor para él y para todos los demás. El hermano de Teresa había sido una agradable compañía en esos últimos días, pero no había conocido a nadie más de la familia y eso lo intranquilizaba.

—No me responda ahora —continuó el religioso, entusiasmado—,

consúltelo con la almohada y después me cuenta.

—¿No preferiría usted estar con su familia y sin ningún extraño en la casa?

—En casa de mis padres, el único extraño soy yo, como ya le conté, Teresa era un poco la mediadora entre nosotros, aunque, eventualmente, también se cansó de ellos y decidió marchar a Europa; yo ya estaba en Bahía Blanca entonces y supongo que eso también la decidió, empujada un poco por la abuela.

—¿Y por qué no vuelve a su parroquia?

—No. He pedido la baja de ese lugar porque no quiero estar allí.

El italiano notó cierto resentimiento en las palabras del sacerdote y, aunque prefirió ser discreto, sintió curiosidad por la razón que pudiera originar tal pedido.

Entonces, fue la expresión del religioso la que mudó, tornándose de un gesto afable a uno compungido. Agachó la cabeza e interrumpió, sin más, la conversación.

El italiano, sintiéndose un poco culpable aunque sin saber por qué, lo observó desde su rincón, mientras el otro intentaba disimular sus pensamientos avocándose a la cena, con la mirada distraída y la frente fruncida por el algo con lo que dialogaba internamente.

Giancarlo respetó ese silencio, sabiendo que comía porque estaba evitando continuar con el asunto.

Volvió a tener la misma sensación que lo invadía cada vez que se detenía a estudiar a aquel hombre, pensó que se trataba de un ser humano triste y solitario y que, aunque esgrimiera otros motivos, regresaba cada día al hospital porque no tenía otro lugar en donde estar. Él, que desde su niñez había estado solo, forzado por el infortunio de su destino, no entendía cómo alguien que tenía una familia capaz de acogerlo y un hogar al que regresar, prefería la soledad a estar en el sitio que le correspondía por suerte y derecho.

Muy pronto iría a entender la gravedad de esas razones.

Capítulo 28

5.

Demoró algunos días más de lo previsto, pero finalmente llegó el momento en que el médico decidió otorgarle el alta a Giancarlo, que sentía que ya hacía varias jornadas que se encontraba suficientemente recuperado como para abandonar el hospital.

Ese mediodía, Juan Francisco llegó acompañado por otro hombre que el italiano nunca había visto y que le resultó mucho más gentil y menos arrogante que el tal Ernesto que se había presentado varias jornadas atrás.

—Giovanni, le presento a Ramón, uno de los capataces de la estancia de mis padres y un buen amigo. Ramón, el señor es Giovanni Gaetano Durando di San Marco, esposo de mi hermana Teresa.

El tímido hombre inclinó su cabeza y Giancarlo estiró con torpeza la mano para saludarlo, cargado de la incomodidad que le provocó el escuchar todos esos nombres que no le pertenecían.

Ramón, que vestía humildes prendas gauchas y tenía la tez agrietada y oscurecida por demasiada exposición al sol, dudó al ver la mano extendida hacia él y miró consultando al sacerdote antes de estrecharla. Éste lo animó a que lo hiciera y entonces Giancarlo sintió el contacto de una piel áspera y seca que hablaba de arduas jornadas de intenso trabajo en el campo.

—Un gusto, señor… —Ramón dudó, al no recordar tantos nombres.

—Puede llamarme Giovanni, simplemente.

—Señor Giovanni —repitió.

—Preferí que me acompañara Ramón, que es de mi absoluta confianza, para que se sintiera usted más cómodo con su trato. Gracias a Dios, el chófer de la familia había llevado a mi madre al pueblo y no hubo que recurrir a él —intervino el cura.

—¿Acaso no estamos en el pueblo? —quiso saber Giancarlo.

—Estamos cerca de un pueblo, que no es el más próximo a la estancia ni

al que mi madre suele visitar.

—¿Y cuánto tiempo de viaje hay hasta su casa?

—Medio día, aproximadamente.

Giancarlo se sorprendió por la gran distancia.

—¿Cómo hacía para recorrer tanto trecho cuando se marchaba tan tarde? Desconocía tal lejanía, si no le hubiese invitado a quedarse en esa cama —señaló el lecho que siempre había estado vacío—, o lo hubiese disuadido a no venir tan seguido.

—No se preocupe, estaba parando en una pensión aquí cerca —rio.

El italiano permaneció un momento en silencio analizando esa respuesta, le extrañaba que alguien pudiera hacer tal cosa por un desconocido. Sonrió pensando que tal detalle teñía de mayor generosidad a las visitas del religioso. Éste supo leer la mirada que le dirigía el otro y pareció sonrojarse.

—¿Tenemos algo para llevar? —consultó Ramón.

—Me temo que no tengo equipaje —se disculpó Giancarlo—. Apenas lo que traía puesto la noche del accidente, que está en esa pequeña bolsa.

El capataz se acercó hasta la cama para tomarla.

—Está bien, Ramón, no se preocupe. Yo lo llevaré —intentó detenerlo el artista.

—Y en cuanto a sus pertenencias, Giovanni, no debe preocuparse; todo lo material se recupera, lo importante es que se encuentra usted vivo —lo animó Juan Francisco, a lo que el otro agradeció con una sonrisa intranquila.

El camino hasta la estancia resultó mucho más largo y agotador de lo que había anticipado. Dentro del carruaje, el espacio estaba bastante oscuro y hacía mucho calor. El polvo seco del camino se levantaba con el paso de los caballos y permanecía suspendido formando un ambiente velado y un tanto asfixiante. El mal estado de las huellas de tierra por las que transitaban provocaba sacudidas repentinas, que los dos ocupantes de la tosca cabina no tenían cómo anticipar y terminaban con sus cuerpos zarandeados de un lado a otro. Giancarlo observó con disimulo al religioso, que estaba sentado frente a él y casi no había pronunciado palabra en todo el trayecto. Miraba distraído hacia el campo a través del

hueco cuadrado de la puerta de madera, donde había corrido una pesada cortina, que venía a reemplazar a los vidrios faltantes.

—Está usted muy callado, padre.

—Discúlpeme, debe ser el sueño. Salí de madrugada de la pensión y cabalgué varias horas para ir a buscar a Ramón y llegar a tiempo al hospital.

—No debería de haberse molestado. ¿Por qué no me dijo que no paraba en su casa?

—Porque no lo creí necesario.

—Seguramente prefería usted descansar en su propia cama…

—Giovanni, ya le dije que San Jacinto no se siente como mi casa; es el hogar de mi familia y hay gente muy querida en ese sitio, pero desde que me marché rumbo al seminario, me ha sido cada vez más difícil volver.

—Pues ha demostrado usted una generosidad que no sé cómo compensar.

—Quedándose una temporada con nosotros será suficiente.

—Estoy un poco nervioso por conocer a su familia.

—Los verá usted muy poco, créame. De cualquier manera, en la casa principal sólo viven mis padres y los sirvientes; y el lugar es tan grande que casi no se cruzará a los primeros.

Giancarlo asintió, inseguro y con evidente nerviosismo.

—En el casco viejo vive mi abuela —dijo el sacerdote, con un tono más entusiasta—; seguro que con ella será mucho más receptiva que mis padres. Ella también es europea.

—¿Italiana?

—No, francesa. Prepárese, porque le contará mil veces las aventuras de su vida; le encanta tener alguien que la escuche, aunque uno nunca sabe si las historias que salen de su boca son del todo ciertas. Ha perdido un poco la razón, la pobre.

—Debe ser muy triste eso.

—Creo que ya me acostumbré, a veces tengo la sensación de que, en realidad, nos toma el pelo a todos y se divierte al hacerlo, especialmente

tomando en cuenta las reacciones de su hijo, mi padre.

El italiano lo interrogó con la mirada, invitándolo a que se explayara.

—No nos adelantemos, ya entenderá al verlo con sus propios ojos —concluyó el otro.

—¿Y su hermano?

—Mi hermano es militar. No sé en qué territorio de la república se encontrará en este momento.

—¿No mantienen contacto permanente?

El sacerdote apretó sus labios y desvió la mirada, intentando ocultar la incomodidad que le causaba la pregunta.

—Discúlpeme, Juan Francisco; no he querido ser indiscreto.

El religioso no respondió, volvió a perderse en la llanura que se extendía fuera del carro. Esto provocó cierto sentimiento de engorro en el italiano, que intentó retomar el diálogo con lo primero que le vino a la mente.

—¿Y cuándo iniciaremos las clases de castellano?

El cura se volvió sorprendido.

—¿De verdad quiere que le enseñe?

—¿Por qué no? Además de hablarlo, me gustaría saber leerlo y escribirlo.

—Claro, y a cambio me enseña usted algo de su lengua.

—Con todo gusto. Le puedo explicar técnicas de pintura también, si desea —lanzó, en un arrebato e intentando demostrar su disposición.

—No sabía que pintara —se extrañó.

—Pues… como un pasatiempo, claro está —improvisó, dubitativo.

—Me gustaría, por supuesto. Soy un gran admirador de todas las artes —asintió sonriente.

En ese momento, escucharon que Ramón, que conducía los caballos desde la parte externa del carro, alzaba la voz para saludar a alguien.

Juan Francisco asomó la cabeza por el hueco de la ventanilla y también hizo un gesto con la mano, lo que le dio a entender a su acompañante que

se trataba de alguna persona conocida para ambos.

—Estamos llegando —sentenció el religioso, al volver al interior.

Giancarlo se acercó con cierto recelo a esa misma puerta y miró hacia afuera, donde descubrió la figura de un enorme caserón asomando al final de un camino recto y fastuoso, escoltado por plátanos de sombra.

A medida que se fueron acercando, pudo ver que la edificación era mucho más grande e imponente de lo que había supuesto. Un gigantesco palacio de dos pisos de altura y más de cien metros de frente, que, a las claras, había sido diseñado siguiendo las mandamientos del más puro del estilismo francés. La casa poseía tantas ventanas que no alcanzó a recorrerlas todas con su mirada, dado que se sintió intimidado al ver en lejanía a un pequeño grupo de personas aguardando al pie de una escalera de piedras que conducía al jardín y culminaba en una amplia galería rodada de columnas y una inmensa puerta en el centro que parecía ser la entrada principal a la casa.

El carruaje se detuvo justo frente a ellos y Juan Francisco se apresuró en descender.

—¡Mi niño! —escuchó Giancarlo gritar a una mujer con alegría, mientras se disponía a imitar los movimientos del sacerdote.

Respiró profundo, tragó saliva y reunió todo el coraje que encontró para salir a enfrentar lo que supuso que sería un recibimiento preparado para él. Ni bien asomó por la apertura de la cabina, vio al cura abrazado a una señora cuarentona que, por su vestimenta simple y por el cariño que parecían demostrarse, supuso que no debía de ser la madre.

—Herminia, él es Giovanni. Giovanni, ella es Herminia, nuestra ama de llaves, cocinera, niñera; en fin, el alma de esta casa.

La mujer dio un paso hacia adelante y tomó la bolsa que Giancarlo sostenía en su mano, mientras intentaba bajar por la escalerilla del coche sin tropezarse.

—Estoy aquí para servirle, señor —dijo la mujer, sonriendo y con mucha amabilidad.

Evidentemente nervioso, el recién llegado le devolvió el gesto, que intentó ser cordial pero que terminó quedando a medio camino.

—Herminia es la esposa de Ramón —explicó, Juan Francisco.

—Encantado —tartamudeó el italiano.

—Siento mucho lo ocurrido —lo sorprendió la mujer, haciendo referencia al accidente.

—Se lo agradezco enormemente.

—Ella es Angélica, mi hija —dijo Herminia, acercando a una joven para que saludara—, también trabaja en la casa.

—Un gusto, Angélica.

La chica sonrió tímidamente.

Al posar sus ojos en ella, Giancarlo se sintió fascinado por la naturalidad de su belleza, que parecía una mezcla perfecta de inocencia y desenfreno. Esos ojos marrones, aunque esquivos, parecían poseer el fulgor de lo incontrolable, mezclado en partes iguales con cierta melancolía.

—Él es Ernesto… —comenzó a decir Juan Francisco.

—Ya nos conocimos —lo interrumpió el hombre.

—Sí, el día en que fue usted al hospital. Un gusto volver a verlo —saludó el italiano.

Ernesto, de antipático semblante, hizo un imperceptible gesto con su cabeza.

Giancarlo volvió a recorrer los rostros de quienes lo habían recibido y se dio cuenta de que no había allí ningún representante de la familia. Entonces, reparó en la expresión adusta de Juan Francisco, que miraba hacia una de las ventanas de la planta superior.

El italiano también buscó instintivamente ese punto de la casa con sus ojos pardos y vio la sombra de una mujer dibujada sobre una cortina blanca, aunque la figura desapareció ni bien percibió que la estaban escrutando.

En ese instante, el chico, de naturaleza tímida e insegura, sintió el ardor del arrepentimiento recorrer todo su cuerpo, dejándole cierto sabor amargo en el paladar. Ya no estaba tan seguro de que hubiera sido una buena idea haber aceptado la invitación de su nuevo amigo para pasar una temporada en la estancia.

Agachó la cabeza y luego volvió en busca de la figura ausente tras la cortina, se preguntó quién podía ser y por qué los observaba desde la

clandestinidad. ¿Sería aquella una señal de que no todos los que vivían en esa casa estaban igualmente felices con su llegada?

Capítulo 29

6.

La luz del sol entró apenas iniciado el día en la habitación que ocupaba Giancarlo, filtrándose entre las finas cortinas de tejido blanco. Éste abrió sus ojos y dudó unos instantes sobre el lugar en que se encontraba. Se sentía un poco aturdido, ya que había dormido demasiadas horas. El día anterior, agotado por el largo viaje, había decidido recostarse un rato; aunque el sueño se había prolongada hasta esa mañana.

Abandonó la cama y se acercó hasta la enorme ventana.

El jardín estaba vacío, parecía demasiado temprano y supuso que el personal aún no había iniciado sus labores diarias. Escuchó su estómago quejarse y se llevó una mano al vientre recordando que no comía nada desde el mediodía de la jornada anterior, cuando habían interrumpido el viaje para detenerse largamente bajo la sombra de un tilo que encontraron solitario al costado del camino.

Volvió a vestir las mismas prendas con las que había llegado, ya que no tenía nada más para usar. El costoso traje que le regalara el verdadero Giovanni Durando, estaba manchado de sangre, roto y totalmente inutilizable luego del accidente; se detuvo un instante para contemplar la bolsa que lo contenía en el fondo del armario. Suspiró, recordando aquella noche en el tren y cómo el mundo había cambiado en apenas un instante para todos los que allí viajaban.

Al descender por la majestuosa escalera mármol que conducía a la planta inferior, pudo ver en un trabajado reloj de pie que encontró a su paso, que eran apenas las seis quince de la mañana. El gigantesco salón en que desembocaban los peldaños también se encontraba desierto y sus pasos, aún titubeantes como consecuencia del accidente, retumbaban en la inmensidad inhumana de aquella gran estancia.

Bastante desorientado, fue entrando en cuanta puerta encontró. Cada habitación resultaba más lujosa y señorial que la anterior, él nunca había imaginado que tanta opulencia pudiera ser encontrada en el medio de un campo, perdido en la nada, en el más recóndito rincón del planeta. Finalmente, mientras contemplaba con sorpresa la incontable cantidad de libros de una biblioteca, una mucama, que él no conocía, lo encontró allí parado y lo guio hasta la cocina que andaba buscando y que quedaba en los subsuelos de la mansión.

Herminia y Angélica tomaban mate en una gran y vieja mesa de madera rústica y se sorprendieron al verlo entrar.

—Señor, ha madrugado usted —titubeó la más vieja, poniéndose de pie en señal de respeto, acción que imitó la más joven.

—Por favor, pueden permanecer sentadas.

—Gracias, señor Durando.

—Llámenme Giovanni, por favor.

Asintiendo, ambas retomaron lo que estaban haciendo, aunque lo observaron con algo de desconfianza al escuchar aquello.

—¿Desea alguna cosa el señor?

—Desayunar. Estoy muerto de hambre —dijo éste, riendo y sin ninguna formalidad.

—Por supuesto —volvió a pararse el ama de llaves—, en seguida le llevaré su desayuno al comedor diario, verá que no tardo. ¿O desea que sea en su cuarto?

—No, comeré aquí con ustedes.

Las mujeres se miraron extrañadas, al tiempo que el chico ocupaba un lugar junto a ellas en la mesa.

—¿Toma usted mate? —preguntó risueña Angélica.

—Nunca tomé, pero siempre hay una primera vez, ¿no?

Parecía que el italiano se había levantado de buen humor y olvidado todos los nervios que había pasado el día anterior.

Las mujeres le enseñaron cómo debía de beberse la ignota bebida que el extranjero había visto muchas veces consumir a otras personas durante los dos años vividos en el país. Aunque las advertencias no sirvieron para evitar que se quemara el paladar en el primer sorbo dado a la bombilla y que el sabor amargo de la infusión argentina le resultara demasiado extraño, casi intragable. Madre e hija se divirtieron con su reacción, aunque insistieron en que debía de seguir intentando porque “con el tiempo uno se acostumbra”.

Lo cierto es que cuando Ramón llegó desde el establo con la leche recién ordeñada, se encontró con el italiano tomando mate con su esposa y su hija, compartiendo una charla muy amena sobre la vida en el campo y las

costumbres gauchas.

Giancarlo había intentado saber algo más sobre los dueños de la casa, pero Herminia había sabido eludir con gracia la pregunta y abordar de inmediato otro tema.

Cuando la chica que lo había guiado hasta allí llegó acompañada de otra empleada para colaborar con la preparación del desayuno, él, que ya se sentía satisfecho con los mates, las galletas y los quesos y dulces, prefirió dejarlas trabajar tranquilas y salir a dar un paseo por el jardín de la casa.

El sol ya brillaba con fuerza, aunque apenas habían pasado las ocho de la mañana. Miró hacia la claridad del cielo y luego fue recorriendo las altas copas de los plátanos de sombra, los eucaliptos y otras especies de árboles de los que desconocía el nombre.

El mínimo dolor que sentía en su pierna, no lo detuvo y siguió caminando sin dirección cierta, buscando la protección de las sombras y atraído por el murmullo de un cause de agua, que se escuchaba con suma claridad gracias a la quietud del ambiente y al silencio que lo dominaba.

Mientras se alejaba, se volvió para contemplar la estancia, que le pareció más bien un palacio digno de la realeza europea, comprendió entonces los modales y el halo que envolvía a Teresa y a su marido el día que lo abordaron en la estación de Buenos Aires. Rememorando, no pudo evitar compararlo con la sencillez y la simplicidad con la que se comunicaba Juan Francisco. Quiso atribuirlo a su hábito religioso, pero él mejor que nadie sabía cuán arrogantes e insoportables podían ser también los curas y las mojas cuando se lo proponían.

Un escalofrío le corrió por el cuerpo, cuando llegaron hasta él los años que había estado encerrado en el orfanato. Borró aquellos pensamientos de su mente, prefería no recordar ese tiempo. Hacía rato que había decidido olvidar todo lo que allí había padecido. Prefería hacer de cuenta que lo indecible nunca había sucedido, que su vida había comenzado el día que por fin pudo abandonar esos muros.

—Me dijeron que había venido para este lado —dijo Juan Francisco desde varios metros de distancia.

Giancarlo, que se había adormecido apoyado en el tronco de un sauce llorón, cuyas ramas casi tocaban el agua del arroyo que corría a su vera, se sorprendió al escucharlo y mucho más al descubrirlo ante su mirada.

El chico no vestía su sotana, sino unos pantalones color caqui sujetados por un par de tiradores claros, botas de cuero marrón hasta las rodillas,

una camisa de gasa blanca con los tres botones superiores desprendidos y una boina de lana gris en la cabeza.

Se aproximaba caminando con los brazos cruzados por detrás de la espalda, portando una sonrisa siempre amigable y mirando fijamente con el mismo brillo azabache de siempre.

—¡No lo reconocí! —lo saludó Giancarlo, parándose para recibirlo.

—Debajo de los hábitos, los sacerdotes somos simples hombres como todo el mundo.

—A veces, me temo que algunos se han olvidado de ello.

—Lamentablemente.

Giancarlo volvió a observarlo cuando estuvieron lado a lado, desvió su mirar hacia el arroyo.

—¿Le resulta extraño verme así?

—Un poco —rio avergonzado—. Parece usted mucho más joven, casi un niño.

—No soy un niño, Giovanni; tenemos casi la misma edad.

El italiano lo miró sorprendido, se suponía que el otro desconocía realmente los años que tenía.

—Lo dijo usted en el hospital —respondió.

—Ah… Sí… es verdad —titubeó.

—Me contó Herminia que desayunó con ellas en la cocina.

—Así es…

—Y que ha estado tomando mates —rio.

—Sí, no supe cómo decirles que no me gustaba. Es muy fuerte el sabor.

—Se acostumbrará enseguida.

—Eso me dijeron ellas.

—El mate es más una costumbre, un rito, que una bebida.

Giancarlo asintió pensativo, mientras volvía a escudriñar al otro, que había llevado una pajilla a su boca y, apoyado con las manos detrás de su cuerpo, miraba hacia la bastedad del campo. Pensó que si lo hubiera conocido en ese preciso instante, nunca se hubiera imaginado que se trataba de un cura. Éste, al sentir la mirada que lo estudiaba, se giró hacia él y le sonrió. El italiano, intimidado, miró hacia otro lado.

—¿Qué le parece el lugar?

—Muy bello y tranquilo. Hace un rato escuchaba el agua y sentía la suavidad de la brisa cálida en la cara, me parecía que estaba en el Cielo.

Juan Francisco rio burlón.

—Aunque no vista sotana, debería advertirle que eso es una blasfemia.

—Es verdad, disculpe. Pero usted me entendió.

—Sí, claro; sólo bromeaba. ¿Tiene ganas de caminar?

—Ganas puede ser, aunque no creo que deba esforzarme mucho todavía.

—Es verdad, el médico lo advirtió. Disfrutemos de este sitio entonces, hasta que se haga la hora del almuerzo —sentenció, recostándose sobre el césped con las manos detrás de la cabeza a modo de apoyo.

Otra vez Giancarlo se veía sorprendido por las actitudes de ese chico, que se comportaba con la naturalidad de los que se conocen de toda la vida y una desfachatez tan simple que contradecía toda la opulencia que los rodeaba.

Miró hacia las sierras, diminutas en la lejanía, luego hacia el agua que venías desde ellas y, aunque lo intentó, no pudo evitar volver al perfil de Juan Francisco, que, recortado contra el horizonte, descansaba a apenas dos metros de él.

De pronto, sintió que algo lo inquietaba. Una sensación incomprensible le causaba una incomodidad extrema.

Capítulo 30

7.

—Juan Francisco…

—¿Sí? —respondió casi instintivamente, desde donde estaba recostado, con los ojos cerrados y sin siquiera moverse.

—¿Cuán frecuentemente usted piensa en Dios?

El sacerdote levantó su espalda de la grava y, apoyándose sobre sus codos, lo miró con curiosidad. Giancarlo le sostuvo la mirada, vacilante.

—Todo el tiempo —le respondió con una sonrisa asomando en sus labios—. ¿Por qué lo pregunta?

—Disculpe; por nada. No sé por qué pregunté tal cosa —evadió.

El religioso apretó la boca, pero sus ojos seguían sonriendo; entonces, sólo para cambiar de asunto, miró hacia el cielo y se desperezó sonoramente.

—¿Ya tiene hambre?

—No, realmente.

—Debe ser cerca del mediodía; el sol parece estar por alcanzar el cénit. Vayamos a almorzar, seguramente Herminia nos ha preparado algo delicioso. Después, me gustaría que me acompañara a un lugar muy especial.

Juan Francisco se puso de pie y sacudió con las manos los restos de pasto seco que habían quedado prendidos de su pantalón. Luego, extendió la derecha hacia el italiano y lo ayudó a incorporarse. Cuando ambos estuvieron en pie, le hizo un gesto con la cabeza, pidiéndole que caminara a su lado.

Se dirigieron hacia la casa principal.

A medida que avanzaban, parecía que cada uno había quedado en su propio mundo, con las miradas distraídas y sin prestar atención a los pasos que daban, a pesar de que sus pies desaparecían entre los altos pastizales silvestres y podían tropezar con cualquier cosa. Juan, que se había adelantado, se detuvo a esperar a Giancarlo que avanzaba más

pausadamente y aún con algo de dificultad.

—¿Y usted, Giovanni? ¿Cree en Dios? —lanzó.

El italiano levantó la mirada desde el suelo y buscó los ojos del joven, aunque sin ninguna sorpresa, ya que había supuesto que su pregunta anterior daría lugar a tal interrogante.

Se detuvo cuando llegó junto a él.

—Cuando uno mira todo esto que nos rodea, cuesta no creer en alguien capaz de haber puesto cada pequeño detalle en el lugar en que está. Y todo es tan bello, que se tiende a pensar que quien lo hiciera, puso su mayor dedicación y amor. Sin embargo, todos los años que he vivido hasta hoy, me han llevado a pensar lo contrario —pensó un instante y la emoción asomó por sus ojos—. No puedo decir que he tenido muchos momentos de felicidad a lo largo de mi vida, ni que conociera la bondad o el amor de mis "hermanos" durante todo ese tiempo; muy por el contrario, las peores desdichas las padecí en la que supuestamente era la casa de Dios.

Se volvió para contemplar la bastedad de la llanura, aunque en verdad era un intento por contener o disimular las lágrimas de frustración que lo asaltaban cada vez que pensaba en ello.

Juan Francisco había quedado en silencio, mirándolo con los ojos llenos de compasión, intentando interpretar las palabras que había escuchado, más allá de su propio significado. Sabía que no podía decir nada para contrarrestar lo que el otro sentía; él mismo se veía identificado con la tristeza perenne que acunaban los ojos de su supuesto cuñado.

—Cuando le pregunté sobre Dios, hace un rato —continuó el italiano—. Lo hice tratando de entender.

—¿Qué necesita entender?

—Qué hago aquí. Cómo es que fui a parar a la sombra de ese sauce. Cómo termina uno conociendo a la gente que el camino nos pone por delante. Qué me espera a partir de hoy. Pero no se me ocurrió ni una sola respuesta para esas y otras tantas preguntas que me venían a la mente. Entonces, supuse que para un creyente debían surgir con mayor simplicidad, más aún para un cura, que supongo yo que encontrará en Dios la razón para cada cosa que sucede.

—No son cuestionamientos fáciles de develar, Giovanni. Y nadie conoce los misteriosos caminos que nos presenta la vida, pero puedo asegurarle que con fe todo es siempre más reconfortante. Algunos dicen que el Creador escribe derecho sobre renglones torcidos, quién sabe. Sin

embargo, puedo entender todas sus dudas y más aún después de lo terrible que acaba de pasar. Es normal que, ante semejante pérdida, uno se lo cuestione todo y no encuentre razones.

Giancarlo suspiró y, mirando hacia la profundidad de los ojos negros de quien tenía enfrente, sintió la necesidad de decir la verdad, de gritarla, pero no supo cómo.

Volvió a agachar la cabeza y asintió, porque no sabía qué más hacer. Lo doblegaba la pesadez de la resignación y la culpa que cargaba sobre sus hombros.

Juan Francisco llevó una mano al trapecio de su acompañante y con una leve presión lo animó a seguir andando. Ese contacto, que no era el primero entre ellos, era un intento sutil del sacerdote por comunicar su empatía, su presencia.

—Apóyese en mí, Giovanni, así camina más seguro —dijo.

El otro asintió e hizo lo que Juan le sugería. Hacía tan poco que había vuelto a andar, que todavía se sentía demasiado inseguro para hacerlo con normalidad.

Reanudaron camino.

El italiano perdió nuevamente la mirada en los pastizales resecos que eran movidos por una suave brisa. No volvió a decir palabra. Aunque percibió que el otro lo escudriñaba de soslayo, con timidez, pero también con una expresión que rebasaba de interrogantes. Es que el cura pensaba que había algo en ese hombre que no cuadraba, aunque no tenía en claro qué podía ser. Él, a quien normalmente le resultaba fácil poder leer el alma de las personas, no era capaz de dilucidar la esencia de alguien a quien, paradójicamente, había sentido muy cercano desde un primer momento. Lo intrigaba esa mezcla de melancolía con oscuridad que había permanentemente en el semblante del otro. Y se preguntaba si acaso sería por eso mismo que, detrás de las sonrisas a medias y de la mirada esquiva, parecía esconderse un hombre diferente del que aparecía a primera vista.

"Giovanni" lo había intrigado desde el instante exacto en que había depositado su atención sobre él, cuando todavía permanecía inconsciente, tendido en la cama del hospital.

Ya iban entrado en el área del casco principal y caminaban siguiendo la sombra de los plátanos que bordeaban el camino de acceso a la casa.

El religioso, que aún prestaba su hombro como una suerte de muleta improvisada, pensó que debía ser él quien tomara la iniciativa para que

ese pobre alma atormentada se sincerara y le confiara sus pesares. Se sabía capaz de ganarse su confianza. No podía fallar si lo hacía a través del único camino que creía posible: el de la generosidad y el amor fraternal.

—Yo agradezco enormemente el que nos hayamos conocido —lanzó.

Sorprendido, Giancarlo levantó la cabeza y lo miró intrigado.

—Creo que esa sería una de las respuestas a las preguntas que se hizo antes —ensayó, titubeante, Juan—. Usted está aquí por un motivo y yo agradezco que así sea y poder acompañarlo.

—¿Y cuál sería ese motivo, según usted?

—Ah bueno, aún no lo sabemos, pero será algo beneficioso, ya verá —aseguró, parecía lleno de confianza.

Giancarlo rio, le causaba gracia tanto optimismo y toda la inocencia e ingenuidad que constantemente veía en el chico.

—¡Ya quisiera yo poder ver el mundo con sus ojos, padre! —bromeó.

—¡No es difícil, créame!—se defendió, contagiado por la risa—. Y ahí, como si nada, aparece otro motivo por el cual nuestros caminos debían de cruzarse.

—¿Cuál?

—Aprender uno del otro.

—¿No querrá convertirme en cura, no?

Ambos estallaron de risa.

—¡Claro que no, hombre! ¡¿Cómo se le ocurre?!

En medio de las carcajadas, tuvieron la sensación de que alguien los estaba observando. Instintivamente, llevaron su mirada hacia la casa, ya cercana, y vieron la misma figura del día anterior recortada tras la cortina entreabierta de la misma ventana.

Giancarlo retiró su mano y la llevó hasta un bolsillo.

—No se preocupe, es mi madre. No le haga caso.

—Me preocupa verla espiando y que aún no haya querido conocerme.

—Créame que cuando finalmente lo haga, agradecerá estos momentos de sosiego. Cuánto más pueda usted postergar ese dichoso encuentro, es mejor.

Sin embargo, aquello era algo que incomodaba de sobremanera a Giancarlo, aunque no sabía por qué la esmirriada y misteriosa imagen tras la cortina le causaba tanta intriga, inseguridad y temor.

—¿Será que hoy almorzará con nosotros? —consultó.

—No creo. Cuando mi padre está de viaje, ella casi no abandona su dormitorio, su sirvienta personal le lleva todo lo que necesita.

—¿Y cuándo volverá su padre?

—No lo sé, se marchó a la estancia de Entre Ríos después de que terminara el funeral de Teresa. Supongo que volverá cuando crea que no lo afecta pasar cerca de la tumba de su hija favorita.

—No me dijo usted que había habido un entierro para su hermana.

—En realidad no lo hubo; como le he dicho, no ha sido posible encontrar el cuerpo. Ha sido mi madre la que insistió en que debía de hacerse un servicio religioso y uno fúnebre; porque, según ella, "debía haber una tumba con su nombre en el cementerio de la familia".

—¿Y dónde queda ese cementerio?

—Esta tarde, luego de la sorpresa que le hablé; si usted desea, lo acompaño hasta el lugar.

—Está bien —dudó.

Caminaron algunos metros más, casi hasta llegar a la entrada de la casa.

Giancarlo volvió a mirar hacia la ventana en que aparecía la figura de la madre de Juan Francisco. Se sintió un poco más tranquilo al descubrir que ya no estaba.

—¿Qué es esa sorpresa de la que viene hablando desde hoy? —quiso saber.

—Si se lo cuento, deja de ser sorpresa —sonrió el otro.

Giancarlo le devolvió la sonrisa, que, como siempre, le surgió a medias. Luego, le siguió los pasos, cruzando la galería de entrada y a través del

inmenso salón que servía de recepción y vestíbulo.

Juan Francisco se giró rápidamente para asegurarse de no haberlo dejado atrás. Lo buscó con sus ojos oscuros y sonrientes, y volvió su mirada hacia el reloj de la escalera que comenzaba a dar las doce campanadas que indicaban el mediodía.

Al escucharlo, Giancarlo adivinó que el otro volvería a girarse y haría un comentario ufanándose por haber estado en lo cierto respecto la hora del día.

Cuando la escena ocurrió tal cual lo había anticipado, se sintió sorprendido y a la vez asustado.

Se preguntó otra vez cómo podía sentir tal familiaridad con alguien que le era un completo desconocido. Temeroso de la respuesta, hizo lo que siempre hacía cuando un asunto lo intranquilizaba: trató de pensar en otra cosa.